

## **En torno a Valdepero**

Pedro Sevylla de Juana

Huerga y Fierro Editores

ISBN. 84-8374-414-7

Portada Juan Manuel Diaz Caneja *Tierra y cielo* 1983

Primera edición julio 2003

220 páginas

## RELATOS:

- El desvariado soliloquio de Elisa
- Tres hombres y una mujer
- Del elevado vuelo del cóndor
- Diego, Clara y el dibujante nómada
- Sueños de un niño malo
- El vasto casino del 98
- El desvelado misterio de la Casa de las Ánimas
- Navajas
- El legado del Rey

## **El desvariado soliloquio de Elisa**

Nieva sin ganas. Descienden los copos tenuemente sobre la oscuridad que avanza. Parsimoniosa viene andando la noche desde los cerros, y un día más pasa de largo sin que ellos se presenten. Va para un mes el tiempo ido desde que me dejaron en este caserón, donde debiera sentirme muy acompañada de no ser porque quienes lo habitan –hombres y mujeres que no me hablan o a los que yo no escucho- ni me comprenden ni yo alcanzo a entenderlos. Y es que ya no sé que pensar de mi cabeza: gira y gira dando vuelta a las cosas, mirándolas del revés para penetrar su secreto, enmarañándolas sin haberlas hecho mías.

Me depositaron en el vestíbulo como mantón viejo o vestido usado dejados en la prendería a la espera de ser redimidos. Cualquiera diría que no les importo ni tanto así. Cualquiera diría...; y dirán. El pueblo entero será una hablilla y murmurarán en esquinas y zaguanes: “Abandonaron a la Elisa a su negra suerte; desasistida queda en un asilo. Prisa se han dado; ayer se hicieron con su herencia y ya tienen a la anciana recluida”. Esa será la comidilla del pueblo, ¡enredadores! Esta vez van con la verdad, pero no quita para que sean unos copleiros movidos por el gusano de la envidia. Puede que Luisa sea la peor, la que mete cizaña a los otros. Porque ya ves, Fernando huye de las discusiones; y Aquilino, ni fu ni fa: es un cándido, un inocente con el alma pequeña que ni entra ni sale. Así que están los dos a lo que diga la Luisa. Pienso a Fernando dolido, y es que el muchacho me tiene ley; ¡qué buen predicador hubiera hecho!, con sus luces, de seguir a don Tirso. Deseaba mi tío dejarle la parroquia a su cese.

Diga el médico lo que se le antoje, yo sé que estoy tocada por la muerte: siento rebullir en mi interior un gorgojo que se agita como gusano en su gusanera. Sí, la pálida señora ha debido de poner lugar y fecha a mi hora. El sitio no puede ser otro que este asilo, llamado con nombres de lo más campanudos para que la conciencia de los allegados se tranquilice. Moriré, me figuro, en las escaleras que suben al cuarto; son muy pinas y un traspies a mi edad no tendría nada de sorprendente. Me encuentro achacosa y espesa como borrica trabada en la ladera del monte; no logro alcanzar las partes más altas donde crecen el espliego y la manzanilla, y si intento bajar, ruedo.

No, no quiero callarme. No hablo con usted ni con ese señor de boina; hablo sola y me cuento mis penas para hallar consuelo. Me da en la nariz que el momento de mi muerte lo ha fijado la insensible dama muy próximo; quizá lo haya atado a la madrugada de mañana mismo, cuando descienda yo, trastabillando, las escaleras. Sí, eso; a prima hora bajo amodorrada al comedor, y mis pies no aprecian con exactitud la altura de los peldaños. No, no me callo; se me da una perra chica si usted quiere o no oírme, me hablo a mi misma y no molesto a nadie. Estaba en que sucederá mañana mi muerte; siento frío en el corazón y ese aviso no yerra. Rodaré, si no lo impide un milagro, hasta el descansillo, dándome de bruces contra el muro recién enjalbegado; y se me aclarará el rostro mientras me diluyo en la nada.

¡Qué prisa se dieron los malvados!, me digo. Marcharon a escape en cuanto arreglaron las cuentas; y ahora espero en vano que se interesen por mí. No me extraña que las murmuraciones recorran la villa; el viento las trae y las oigo muy claras. Desde la cuesta de las yeseras llegan hasta la hoz del cuérnago. Los peces lo saben y van, corriente arriba, llevando la fábula. Hablan de la anciana que dio en vida sus tierras, la casa, la

tenada, el palomar cercado y el corral de las rondas: ovejas, gallinas y conejos; dicen de la boba, que entregó sus propiedades a los sobrinos y los malnacidos la llevaron a un asilo y allí la dejaron. Lo saben los pájaros y siguen su cháchara de árbol en árbol, bordeando el lecho del río. Posados en los cables del tendido eléctrico, dan aire al parloteo referido a una anciana que cometió la locura de legar en vida lo suyo, sin subrayar que deseaba permanecer en la casa hasta el fin de sus días. Las liebres corren con el chisme en los dientes, royéndolo; parten, cada una a su antojo, al encuentro de los cuatro puntos cardinales, y llegadas lo sueltan para que vaya de oído en oído y todos lo conozcan.

Nieva aún, y lo hace quedo, como si los copos cumplieran meramente con su obligación, sin poner gran empeño en cubrir la tierra. A mí, mirándola desde la galería, despojada del frío tan suyo, la nieve me parece harina, sal menuda, yeso en polvo. Es la hora de la merienda, pero aquí, con decir que cenamos pronto se ahorran el mendrugo de pan y la tableta de chocolate. ¡De qué hablo!, esa es merienda de pueblo, de cuando yo era una mocosa; han cambiado los usos y los niños comen bollitos que sus padres compran envueltos en celofana. Si por un tropiezo se les caen al suelo, dejan que dispongan moscas y hormigas. A buenas horas íbamos a abandonar el zaraballo en mis tiempos; aun tratándose de una rebanada de pan untada con miel, limpiábamos el grueso para ir escupiéndolo con sumo cuidado los cantillos. No, no se trata de pan y chocolate; a mí, mudada la merienda en cena por tacañería, me dan un vaso de leche descremada y unas galletas carentes de azúcar: hallazgos actuales que quitan la esencia de los alimentos so capa de perseguir la salud, como si fueran a enmendar la plana a quien todo lo hizo: piedras, plantas y animales.

He de volver al pueblo durante unos días, pues temo que mis sobrinos, en su intento de adueñarse de todo, hayan dejado las alcobas manga por hombro. Nunca han podido criticar con derecho a la Elisa y no les voy a dar, a mis noventa años, motivo. Tengo que ajuarar la casa; sábanas de lienzo curado, mantas de Palencia y cobertores de abrigo saldrán de su encierro, salpicados de gastadas bolas de naftalina. Reservo aún las fuerzas precisas para alzar la recia tapa que cierra el arca de la clerigalla; regalo de bodas de mi tío el cura a mis padres, junto a los manteos de la Virgen, prendas donadas por la mujer de don Ambrosio a cambio de algo intangible y futuro, una presbiteral promesa de salvación que el mal cura no dudó en entregar por escrito. Puede parecer raro, pero sucede que mi tío Tirso obraba como dueño de la iglesia y hacía y deshacía a su antojo. Si es que aún están allí, y espingándome logro alcanzarlas sin caerme dentro -resultaría terrible quedar encerrada en tal catafalco- tomaré del interior del arcón mis mudas: camisetas, polainas y justillo; soy friolera y ninguna prenda me sobra. De buena mañana, si me acompaña la suerte y no me rompo la crisma al bajar las escaleras, preguntando a los vecinos, pasito a pasito, arrastrando las rozadas alpargatas, subiré al coche de línea que cruza la Tierra de Campos y llega hasta el confín de El Cerrato después de pasar ante mi puerta, cabe la muralla en ruinas.

Sépalo la abuela y sépalo usted, madre: Mis sobrinos me han dejado corita en medio de la plaza. Madre, entérese; entérese usted que tiene un gran corazón y amó a don Ambrosio al mismo tiempo que a padre. Habladurías, seguro; en el pueblo todo el mundo acaba siendo familia a nada que se urgue, y no es de extrañar que yo sea el vivo retrato del hacendado o que tomara sus mañas. Socórranme madre y abuela, vengan las dos en mi ayuda, pregonen mi desgracia. Conózcalo el mundo:

Luisa, Fernando y Aquilino me despojan de mis propiedades y me enceldan en esta mazmorra. No escuche señora, que son cosas de familia las que relato. Soy moza a mis años, sí; ni tuve ni tengo marido que oponga su brazo a la calamidad, y a usted ¡que papel se le da en este pleito! Tengo, para que lo sepa, tres sobrinos por toda familia, y ninguno de ellos me ha salido honesto; los tres han hecho su sayo tomando la tela de mi capa, y a mí el frío me convierte en carámbano.

Manuel, ¡qué bien te salió! Adivinaste la trayectoria de la bala antes de que la dispararan los rojos, y te pusiste en medio cruzándote con ella en el momento cabal. Te proclamaron héroe y escribieron tu nombre en el atrio. Me querías, ya lo creo, y mucho; lo dijiste una o dos veces nada más -eras mesurado en el habla- pero antes de tú decirlo yo lo sabía. Qué matrimonio tan raro hubiéramos hecho ahora, Manuel; sin casa, sin heredad, asilados en este refugio de ancianos, incapacitados para el amor, torpes de andadura. Tú me llevabas a las eras cuando nos hicimos novios, y una noche de domingo volví a casa convertida en mujer; milagro de tu hombría, pues al llegar a aquellos andurriales, cuando el sol agonizaba, tres horas antes, era tan sólo una mozuela de diecisiete años. Al día siguiente te dieron un fusil que disparaba muerte allá donde apuntara su caño. A ti, que te apenaban los pardales caídos en los ardides de la chiquillería, te enseñaron a apretar el gatillo y te enviaron al frente. Desde entonces recé cada noche en la cama para que no tuviera consecuencias lo nuestro; ocurrido al amparo de la caseta de Eusebio, sobre un brazado de avena. Señora, deje de aplicar el oído que esto no le interesa; hablo con Manuel de asuntos de maridos y esposas porque en realidad soy viuda: sólo me faltó la bendición del sacerdote, mi tío, que si bien me enseñó algunos latinajos, ciencias naturales, historia y geografía, no quiso, en cambio, absolverme del pecado de amor; un amor nacido la víspera de



Reyes y martirizado en julio de aquel año triste en el que los generales pedían al pueblo soldados. Hubo una medalla póstuma, Manuel, que no valdrá nunca lo que valía tu chaleco de pana colgado de un clavo. La guardo en el fondo del arca -sacrílego regalo hecho por mi tío a mi madre- dentro de una cajita rosa, junto a tu pañuelo blanco, aquel pedazo de tela que me diste a lavar, impregnado de tu amor, cuando la ceremonia de mi iniciación hubo concluido.

Mañana, a la crítica hora de la amanecida, saldré a oscuras de la habitación y descenderé en silencio peldaño a peldaño. Llegaré al pueblo y sacaré el ajuar del arcón de nogal con herrajes de forja -cordones trenzados y sombreros de teja- alegoría del obispo que concedió el arca al templo. Colocaré cada cosa en su sitio y me quedaré a esperarte, Manuel, sentada en la estufa recién enrojada, mirando por la ventana con la idea de verte regresar de la guerra. Limpiaré tus heridas -las mortales primero- con agua hervida en la lumbré y jirones de una sábana sin estrenar. Confesaré a mi madre que en verdad fui una pécora, que le ganó al suyo mi atrevimiento; pues si ella se dio a don Ambrosio teniendo marido, yo me di a mi marido sin serlo todavía. Me iré, ya me he determinado; en este sitio estorbo y hago falta en casa. Habrán dado buena cuenta los conejos del saco de amapolas y del canasto de mielgas, porque hace ya un mes que me vine y ellos comen sin tasa para desgastar los dientes. Las ovejas sufrirán la tortura de sus ubres repletas, y los corderos esperarán en vano que el pastor los degüelle. Rebosará de miel la colmena y al pozo se le escaparán por el brocal láminas de agua pura. Imagino a las gallinas empollando los huevos en el nidal, doce, catorce, dieciséis, olvidadas del ama. Me viene a la memoria, con hilazas de niebla, la idea de que ya nada es mío; todo se lo entregué a los ladrones que me trajeron aquí con lo puesto. Malditos sobrinos hijos de mi hermano tres veces maldito, una por

cada serpiente de las tres que parió mi cuñada, la Alfonsa, que si el Señor es justo, a su gloria la habrá llevado, pues le daba el marido una vida de perro vagabundo: era su cena un mendrugo de pan y una patada en las posaderas, propinada con el sano propósito de aligerarle la digestión antes de que se fuera a la cama.

Un funesto viernes, en pleno verano, el aire inclemente se llevó media aldea en su impetuoso girar: tejados, tapiales, chimeneas, bardas, ovejas y personas. Tú no estabas Manuel; sucedió el año triste en que te fuiste a la guerra de los unos contra los otros, vecinos y hermanos que se prestaban, la víspera de los primeros tiros, hoces, lías y horcas. Recogíamos la cosecha las mujeres auxiliadas por niños y ancianos, y las tormentas enseñaban sus dientes como perros rabiosos. Don Ambrosio cedió a padre un par de mulas y un obrero, de modo que cuando las lluvias llegaron el grano estaba ya en las paneras. Otros hubo a quien la suerte mostró la cara adusta y, aún en morenas, se les nacieron las espigas.

La nevada arrecia -se arremolinan los copos unos sobre otros, cuajados, densos- y el suelo se nivela con premura. En mis adentros me alegro de haber sido engendrada por el riesgo y no por la costumbre; me complace venir de la simiente de don Ambrosio, porque padre era un simple que no movía una horca sin el permiso de madre; y es más, como si supiera el hombre que de mi venida a este mundo de pecado era mero testigo, desde que tengo memoria me trató con desprecio, igual que si me aborreciera. Pienso, y no sé si será una herejía, que el caso de Jesucristo se parece al mío. Pero ¡ca!, San José era un bendito y cumplió su papel de manera correcta, apropiada a los fines del Señor.

Ignoro la forma que ha de tener el Cielo, y las hechuras con que se presentará el Infierno. No digo que no me importe, que me importa; lo

que digo es que me da igual ir al uno que al otro. Los imagino lugares asentados a manera de casas muy amplias, cálida una de ellas, situada al remanso de los aires fríos, muy grata durante el crudo invierno; y la otra, singularmente fresca -interiores sombríos protegidos por jardines regados con aguas rumorosas- buena para pasar el verano; y si sucede que está vedado ir de la una a la otra cuando corresponde el tiempo de su beneficio, que más da donde me encuentre, la mitad del tiempo me sentiré a disgusto. Soy pecadora; el que juzga me dejará a medio camino, envidiosa de los que habitan ambas mansiones, y en esa equidistancia forzada hallaré mi perpetuo penar. Ya no ordena silencio la señora que escuchaba a mi lado; es que se calló mi voz y lleva el pensamiento el discurso a su desenlace.

No, no deseo irme aún con vosotras; digo en mi cabeza a las mujeres de mi familia cuando intentan arrastrarme, cuesta del cementerio hacia arriba, con ellas. Pálidas y delgadas representan mil años, y el respirar es tan fino que apenas se percibe. Me dan escalofríos sus manos; las invade el invierno y los dedos son zarcillos de escarcha. Pretenden llevarse a la anciana en que me he convertido sin darme cuenta; tras mi aliento débil vienen, y son legión: madre, abuela, bisabuela, tatarabuela, y así hasta mil generaciones de mujeres anteriores a mí, hembras infelices golpeadas por la vida en pleno vientre, lugar angosto que hace de puerta al misterio de la procreación y a las pasiones que la propician.

Al emprender mi desbarrado palique no me importaba marcharme, pero llegado el momento me da una pereza que no es otra cosa que miedo al más allá, a lo incógnito. Percibo el desgarró del tejido en las mangas, fibra de algodón que ya no es capaz de estirarse; siento la desunión de la urdimbre y la trama, noto que los hilos gritan con ahogo como personas en trance de pasar a otro mundo: los hacía hermanados y ya ves, ha de ser

ley de vida, a la hora de la verdad cada quien se arranca de su sitio con tal de salvarse.

No, Manuel, déjame estar aquí otro rato, hasta que termine mi delirante pensar; puede que mis despropósitos me encaminen por el lado bueno. Padre viene hacia mi con ademán de castigo, y hace mención de asirme por el brazo y mostrarme un sendero que baja la escalera y se mete en lo oscuro. Don Ambrosio, que ahora es encargado de atizar los carbones del Infierno, me mira como a hija suya y me solicita asistencia: yo -que sé freír un huevo sin que se me rompa la yema, y disponer las camisas albas y planchadas como a él le gustan- podría vaciar un dedal de agua en sus labios reseco. Don Tirso, mi tío, el sacerdote aquejado de simonía, resulta ser celestial bibliotecario y afirma que ya puede absolverme; mi pecado se manifiesta menos grave de lo imaginado, pues ha consultado los libros de Dios y lo ve todo diáfano: es el amor lo que cuenta, no lo escrito en unos impresos que cualquiera puede poner al corriente. Quisiera preguntarle si existe clemencia para la inclinación de mi madre por don Ambrosio, pero seguramente no lo ha investigado donde debe hacerse, o quién sabe, acaso no le permiten revelarlo a la hija de la interesada.

Los que me quisieron -si fue bien o mal en este instante pierde importancia- los que se interesaron por mí, idos todos ellos, puestos de acuerdo para este regreso, tiran de mis brazos, de mi cabeza, y me conducen a la madrugada, momento en que pensaba escaparme a mis labores del pueblo. Me alzan de la galería y me ponen en lo alto de la escalera empinada; parecen pretender que el peso de los años me empuje hacia abajo, y rueda de banzo en banzo como un costal de harina que toma la forma quebrada de los peldaños. Recibo una luz que deslumbra la vista y se confunde con la negrura; es curioso, cien años pensando que la

muerte es lo oscuro y resulta que oscuridad y luz, al llegar al punto de saturación, son una cosa misma. Cien años intentando huir del mal hacia el bien, y resulta que en este instante postrero los opuestos se concilian: frío y calor, suave y áspero. Entro en la nada que es una quietud sacudida hasta lo imposible, la simulada en los radios de una rueda que gira sin ningún descanso. Se unen los colores en mi único iris -los dos ojos han sumado sus fuerzas, superponiéndose, coincidiendo uno bajo el otro- se funden los distintos tintes y dan un blanco purísimo que lleva el negro en su seno, reflejo de la nevada que me rodea ocultándolo todo, resaltándolo. Los ruidos se mezclan de forma armoniosa, y en esta suprema menudencia temporal oigo las músicas estelares producidas por el equilibrado girar de los mundos. Los misterios se van aclarando; no quedan tontos cuando el enigma se abre. Se amontonan los días enteros -ayer y mañana sobre el hoy- hasta que todo es un presente ininterrumpido.

Mi desvariado soliloquio alcanza la madrugada, y en cuanto advierten su remate vienen a por mí los que me precedieron en la humana cadena. No, dejadme otro rato, les digo en mi sesera a quienes me arrastran; pero desobedecen y caminan sin pausa, guiándome, desde el enjalbegado descansillo de la escalera, al lugar sin nombre donde el tiempo y el espacio se unifican.

\*\*\*

## **Tres hombres y una mujer**

“Yo, Esteban Treviño Pomar, hijo de Esteban Treviño Maeso y de Emilia Pomar Prados, a los setenta y cuatro años, en pleno uso de mis facultades mentales...” Así, dice Esteban que debo comenzar sus memorias. Me ha encargado tomarlas por escrito tal cual las vaya él refiriendo, para luego, en una segunda lectura, someterlas a la forma literaria. Quiere conquistar la posteridad o busca prolongar su existencia porque sospecha próximo el fin. En los ratos en que su disposición lo permite, me dicta al estilo de los emperadores romanos y de los faraones egipcios.

La disculpa puesta para emplear un escribiente en vez de hacerlo por sí, es su invalidez; lleva más de un mes desganado, sin ánimo suficiente para levantarse. Riquilda, el ama de llaves, acusa de tal actitud a la innata pereza, que en los últimos tiempos se ha exacerbado; pues caza en el coto cuando le apetece, y retorna al lecho alegando una recaída. Don Tarsicio, el doctor, lo visita cada tarde en la alcoba, puerto donde el amigo ha anclado su barca, y le receta placebos bebedizos que Esteban toma como si contuvieran la esencia de la vida.

-Tú, Ricardito, no te separes de mí. En cualquier momento puedo tener una ocurrencia y debes anotarla.

A pesar de ser yo más corpulento, y aventajarme sólo en un año, me nombra como lo hacía de niño cuando jugábamos juntos. Solíamos recorrer el barrio crecido allende las huertas, nos bañábamos desnudos en el río Carrión, y ayudábamos a misa en la parroquia de San Pablo; aunque llegado el momento, comulgó separado del grupo. Niño rico, Esteban hizo

el bachiller en el mejor colegio, un liceo regido por frailes en cuya escuela gratuita cursaba yo cultura general. Un enorme deseo de progresar me llevó al reiterado esfuerzo y a la consecución de un título. A él, la holganza y el desinterés le pusieron a medio camino de todo. Lo que no fue óbice para que en la guerra civil yo combatiera en el frente, ocupando él un puesto de intendencia en la retaguardia.

Entré al servicio de su padre recién terminada la contienda. Luego, puesto él a ordenar las heredadas propiedades, me colocó a su lado para lo que se terciara: secretario, confidente y correveidile. Percibo en su trato el ejercicio de un claro imperio sobre el empleado que soy, y de un cariño ocasional hacia el amigo. Estamos solos en la alcoba, son las doce del medio día y hoy es viernes; deseo marcharme pronto y confío en que mañana y pasado no me haga venir.

-Descuida Esteban –respondo- estoy dispuesto: el oído atento, la pluma cargada y el papel a mano, por si se te ocurre alguna cosa.

Abre la alcoba a la plaza de la Catedral dos balcones, por los que recibe la luz y el rumor de la convivencia. Y es que habitamos una ciudad sosegada donde el centro medieval se desmoronó, y el nuevo se alza con el mismo espíritu; desperezándose de buena mañana y adormilándose al anochecer.

-Ricardito, pon que soy viudo, que mi mujer murió tras el parto de los mellizos, niño y niña, y me dejó muy solo. ¡Quita ese gesto de tu cara, botarate! Ya sé que no sucedió así, pero suena más heroico. Di de mi Rosita que era una santa y yo la adoraba.

-Pienso, Esteban, que debemos seguir el orden de la vida y comenzar por el nacimiento.

-De acomodarlo te encargarás luego. ¿No eres escribiente?, pues escribe; ¿no presumes de ordenado?, pues ordena.



Sufro por ustedes, lectores que irán enterándose de los sucesos sin ningún concierto, y me propongo menguar el desbarajuste en lo que sea posible. Quizá se comprenda lo escrito si añado de mi cosecha frases que sirvan de hilazón y sumo explicaciones a lo dicho por mi amo.

Continúo el dibujo de la habitación en que estamos recludos ambos: él voluntariamente, por manía de rico como asegura Riquilda; y yo por obligación de pobre, empleado que necesita el salario: tengo hijos casados de espaldas al dinero, necesitados de ayuda; y es mínima la pensión que me corresponde. También influye la amistad, seguro. Es amplia la estancia: por los pasos que admite a lo largo y a lo ancho, no baja de veinte metros cuadrados. Forma un rectángulo de lados iguales, dos a dos; y acoge los muebles precisos para permanecer en ella sin agobio.

La divide un espacio central expedito, recto sendero protegido con una alfombra alargada, que lleva a dos balcones separados por una columna y un macetero grande, asiento de un tronco del Brasil muy desarrollado. En la izquierda, del tercio más alto de la pared lateral, cuelga la representación del Gólgota. La Cruz de Cristo facilita el eje de simetría a las de los ladrones, a la cama cuyo centro establece, a las mesitas de noche y a los enfrentados armarios. A la derecha, cubriendo el esconce próximo a la entrada y la mitad de los muros, aparecen los paños en ángulo de la librería, centenar y medio de libros encuadernados en pellejo de buey; y en la bisectriz, un sillón de orejas. En el otro rincón, uno a cada lado, representando batallas navales, dos cuadros antiguos que pueden tener algún valor; e iluminada por la luz del balcón derecho, una mesa redonda de madera oscura y cuatro sillas con respaldo de piel repujada.

-Ricardito, pon que mi padre era pudiente; no vayan a pensar que me vienen las posesiones de las etapas de alcalde. Pon que tenía un negocio de vinos y dos comercios de comestibles; uno en la calle de don Sancho y otro en la plaza Mayor.

-Sí, Esteban; y en Becerril y Grijota, a más de casa abierta, tierras de labor y medio millar de ovejas. Sin olvidar el almacén de la carretera de Santander y las viñas de Cigales. Don Esteban, tu padre, efectivamente, era rico.

-Sí, sí; pero tú escribe y calla. ¡Ah!, y no añadas ni una sola palabra de tu cosecha. El que dicta soy yo.

-Claro, Esteban; pero en dos cabezas cabe más memoria que en una sola, aunque sea la tuya y te precies de acordarte de todo.

Luce una calva Esteban que avanza hasta la invasión completa, y envidia mi pelo blanco aún abundante. Un bigote respetable deja en nada a la boca, disimulada entre la pilosa espesura. El color cetrino del rostro se prolonga en el cuello estirado, nacido éste de unos hombros en curva. No es guapo Esteban, y puede que no lo haya sido, pues guardaría algún vestigio de ello.

Entra Riquilda portando en una bandeja un vaso mediado de agua, una rodaja de limón, y una servilleta primorosamente festoneada. Tropieza ligeramente en el picaporte, se agita recomponiendo el equilibrio roto, y sólo un milagro evita el desastre. Es raro; ella, siempre sosegada, parece nerviosa. Sobre la mesita de la izquierda, la más iluminada por hallarse próxima al balcón, exprime unas gotas que se unen al transparente líquido enturbiándolo. De tan sencilla manera elabora la “prodigiosa medicina” -según socarrona expresión de don Tarsicio- capaz de clarificar la sangre y excretar por vía urinaria los malos humores. Riquilda es el alma de la casa, todo lo dispone con justeza, y lleva aquí lo

que yo, cincuenta años lo menos. Amo, médico y criados pertenecemos a quintas muy próximas; yo nací en el diecisiete y ellos uno o dos años arriba o abajo; y es este aspecto de la edad, motivo de frecuentes porfías. Toma Esteban el inocuo específico con la aplicación de un niño obediente, y rechaza el gesto amable de Riquilda, destinado a limpiarle los labios con una servilleta que lleva bordadas las iniciales del dueño. Tras exclamar: “¡Jesús, vaya modales!”; sale la mujer de la estancia refunfuñando.

Alguna vez me pregunta Esteban, el porqué de los distingos que en mi trato establezco entre don Tarsicio y él. Respondo que no me sale de dentro dar el don a quien, por más que sea hombre leído, no logró diploma que lo imponga. En el barrio, en la ciudad entera, don Esteban le dicen, pero yo voy con el tú y él se resigna. No es sólo que nos conocemos desde pequeños; es que, además, se sabe mi deudor. Terminada la contienda, su padre buscaba un hombre de confianza, y lo encontró en mi persona. Entendía yo de números y de letras lo suficiente, y él, que frecuentaba a los míos, honestos todos y discretos, pensó que yo estaba hecho del mismo barro. Me empeñé en aumentar el rendimiento de la tierra, la dedicada a cereales y vino. Fue sencillo; no tuve más que vigilar las escasas cuentas y sentar otras adicionales. Reduje los desembolsos innecesarios y las pérdidas de ingresos; asigné a los obreros tareas fijas, y me cuidé, yo mismo, de seguir la marcha del mercado y decidir las ventas. Las cepas de garnacha y tempranillo, bien cuidadas, aumentaron la producción; y llevada la bodega como debe ser, produjo un vino que, embotellado, se convirtió en emblema de nuestros productos. Mientras, Esteban, el hijo tarambana, perseguía mozas por toda la ciudad.

-Ricardito, pon que la temprana muerte de mi padre me obligó a hacerme cargo de los negocios a los treinta años, que gracias al trabajo y a las buenas ideas he levantado la empresa y aumentado los beneficios.

-En esas estoy. Recuerdo las circunstancias que me trajeron a servir a tu padre, y las tareas desarrolladas a lo largo de diez años siguiendo un prolijo aprendizaje del negocio. De manera que a su muerte, lamentable desde todos los puntos de vista, cuando hubiste de tomar el mando era yo la persona mejor dispuesta para hacer de secretario y encargado general.

-Me ayudaste una enormidad, Ricardito, y lo he reconocido; pero se trata de escribir mis memorias, las que hablan de mi vida y trabajos, y asignan a los demás un papel accesorio. ¿No te parece?

-Me parece, Esteban; me parece.

Riquilda, que era por entonces una jovencita muy vistosa, limpia como pocas y rebosante de salero, atendía a doña Emilia, madre de Esteban, enferma ya del mal que en menos de un año la llevó a la tumba. Don Esteban, cazador experimentado, vio en la doncella una gacela desvalida, y la atosigaba con requerimientos aun antes de que muriera la esposa. Mas era lista la mozuela y mientras estuvo casado, señalando el compromiso, logró esquivarlo; exigiendo, una vez viudo, un descabellado matrimonio que el hombre, realista, rechazó.

Andando el tiempo, el hijo ocupó el castillo asediado por el padre sin resultados, y la esposa lo supo. Siendo este saber oculto la royega que fue minando su salud hasta consumirla. Sospecho que la relación se prolongó, y por ello, los dos hijos de Esteban y doña Rosita apenas estuvieron con los padres. Estudiaron en Madrid y Londres, encontraron trabajos lejos de nosotros, matrimoniando pronto y distanciándose definitivamente. Contaba Riquilda por toda familia con una hermana casada en la ciudad de Cartagena, a la que atendió en el parto de una niña

afectada de retraso mental, de cuya lenta evolución hemos sido testigos; pues a más de visitarla la tía a menudo, la trae aquí con frecuencia.

-Pon, Ricardito, que mi hijo pequeño, llamado Esteban como su padre, se unió a una heredera de extensas tierras y numerosa torada, allá abajo, en Andalucía; y que Emilia, la mayor, está casada con un diplomático muy considerado. Di que tengo cuatro nietos; y que dos de ellos, los primogénitos, varones, acaban de iniciar los estudios en la universidad de Cambridge, en la Gran Bretaña. Si unos y otros vienen poco a verme, es por causa de la lejanía y debido al impedimento de sus ocupaciones; no, no existe ningún desapego. Añade que me llaman por teléfono casi todos los meses, y me envían regalos el día del padre y el veintitrés de abril, fecha de mi cumpleaños.

-¡Oh! sí; viven un presente halagüeño y les espera un futuro envidiable; sobrantes de todo, felices en la abundancia, sin la hipoteca de los afectos.

-¡Qué dices, botarate! Los afectos, qué sabrás de afectos. Tú, precisamente, casado con una muchacha de clase social elevada, contrariando la voluntad del suegro que desheredó a su hija. Tú, que cediste los hijos al abuelo para que al menos ellos disfrutaran los beneficios de una fortuna esquiva. Afectos; no me hables de afectos.

-Perdóname, Esteban. Ya sé; supones a la amistad interesada, crees que sin caudales no hay amor duradero, y consideras patrañas de farsante los actos de caridad. Perdona, soy un sentimental y me hiere verte abandonado por hijos y nietos, como si fueras un pariente emigrado tras el sustento, del que nunca más se supo.

-Sabes lo que te digo, Ricardito, que te metas en tus cosas y me dejes a mí disponer las mías como guste. Nada tiene de malo que en mis

memorias suavice las aristas a los hechos. Quiero hacerlo, puedo, y lo hago. Tú no eres nadie para censurarme. Escribe y calla.

Solía leer don Esteban libros de aventuras y cualquier texto que hablase de futuro; pretendía conocer con tiempo lo que iba a venir para estar prevenido. Esteban, el hijo, heredó esa afición y la biblioteca; una biblioteca coja, desequilibrada, compuesta por ejemplares que tratan con reiteración tales temas. Muchos de los títulos pertenecientes a la obra de Julio Verne juntan sus tapas con los estudios que la interpretan. Un entusiasta se ha hecho el hombre y conoce del autor tanto como los especialistas. Pero no se detiene el conocimiento en la erudición; le sirve, además, para sacar conclusiones e ir intuyendo la deriva del mundo. Cree, hasta extremos casi místicos, en la concreción de la profecía. Se han realizado un noventa por ciento de las predicciones, según su cuenta particular, y el resto, tarde o temprano, se concretará de igual modo. El cine dotado de sonido, el batiscafo, el helicóptero, la llegada del hombre a la luna, la bomba atómica, los rascacielos, los satélites artificiales y la televisión entre otros, avances reservados al hombre, imaginados por el escritor de Nantes, son hoy día realidades útiles.

Le interesa la obra de otros dos autores, y esa circunstancia diversificadora evita la obsesión monotemática y, tal vez, la quijotesca locura. Compró buena parte de los libros de ambos, y los mandó encuadernar al modo de los más antiguos, de los que a dos pasos, si no se alcanza a leer los nombres grabados en el lomo, no se distinguen. El primero resulta ser Tomás Salvador, nacido en Villada, una población situada a menos de cincuenta kilómetros de la capital palentina. Es paisano, pero el entusiasmo no le viene a Esteban del origen común. Novelas como “El haragán” o “Cuerda de presos”, bastarían; pero está la propia vida del autor: agitada, comprometida, compleja, azarosa. La

guerra civil parte en dos la familia: al padre y al hermano mayor los sorprende en zona nacional, y el futuro escritor se encuentra en Madrid con la madre y un hermano pequeño. Tiene quince años y ha de hacerse adulto para sacar adelante la casa. Alpargatero, peón de albañil, recogedor de carbonilla para vender los restos útiles, los que no han ardido del todo; esas ocupaciones intenta y otras muchas más, aquellas que procuran sustento. Cuando el trabajo escasea y el frío aprieta, se guarece el muchacho en las bibliotecas públicas, y allí, esperándole, está la poesía, su primer amor; al momento descubre a Quevedo, a Dostoievski, a Chejov, sus mejores maestros. Posteriormente se añade a los mozos de la División Azul, y vive dos años en Rusia, de donde regresa con al menos dos heridas. Elige Barcelona para establecerse; ingresa en la policía secreta, y curioso como es, sigue aprendiendo de la vida y de los libros. La creciente sordera le incapacita para la indagación, pero le queda la literatura y a ella se entrega por completo; lee mucho y la lectura le lleva a escribir. Ha vivido y conoce la vida de cerca. Destaca en los periódicos, pero se atreve con la novela. Su conocimiento del mundo obrero, de los marginados, de los desheredados que malviven con honradez y de los que se ven obligados a delinquir o les gusta; su experiencia en sobreponerse a la dureza de la existencia, unidos a un estilo personal de escritura, le sirven para conseguir los premios más prestigiosos. Su muerte, ocurrida hace por ahora seis años, le tuvo a Esteban una temporada metido en sí mismo, como si hubiera perdido a un pariente de mucho roce. Espera, desde entonces, que alguien se atreva a dar cuerpo a una trayectoria tan jugosa; marcando los hitos conocidos, la descarnada realidad, y disponiendo alrededor la invención a modo de guata que preserve de los rasguños y el relente.

El otro es el canario Benito Pérez Galdós, de quien conoce gran parte de su vasta obra. Valora las novelas por encima del teatro, quizá porque leído, lo nacido para la escena pierde. En su opinión, alcanza Galdós la madurez narrativa en “Misericordia”; mas una obra poco conocida, cual es “El caballero encantado”, su última novela, imposible de alinear con el resto, le parece el compendio de lo creado por el autor; necesitada, por tanto, de los trabajos anteriores, que pasan a ser, en su descabellado juicio, magníficos experimentos. Guarda como un verdadero tesoro –y puede que lo sea- la primera de las cinco series de los Episodios Nacionales, aquella que ilustró el propio don Benito, gran aficionado a la pintura. Exhibe en el vestíbulo, para que la vea cualquiera, una copia del retrato que el maestro Sorolla hizo al escritor en 1893. La encargó Esteban a un pintor local muy prometedor, que por desgracia falleció de un tumor cerebral sin haber cumplido los treinta.

Había preparado mi mujer un arroz con chirulas a su propio estilo, y hemos comido felices sin preocuparnos del colesterol o el azúcar, pues el plato es, a más de sabroso, muy saludable. Vivo en la calle de doña Urraca, a dos zancadas tan sólo, y penetro en la estancia haciendo el ruido justo para despertar a Esteban de una siesta breve. A veces, acompañando a la servidumbre, almuerzo en la cocina y charlo con Riquilda de los buenos tiempos; me gustaba la muchacha, y no estando ninguno de los dos comprometido, me permitió algún acercamiento. Despliego los papeles sobre la mesa, y en la silla próxima a la pared descargo la notable humanidad de mi cuerpo.

-Espero, Ricardito, que no te hayas atiborrado de féculas y grasa. Tu salud no está para abusos, y te necesito despierto porque voy a dictarte.



-¡Oh!, siento haberte sacado de la meditación. Seguramente estabas en un tris de dar con algún recuerdo de miga. Lo que es por mi, puedes empezar cuando quieras; estoy dispuesto.

-Píntame como un patrono que ha desarrollado conciencia social; que piensa en sus trabajadores y procura adelantarse a las demandas salariales. Debes dejar claro que sigo creando puestos de trabajo, que mi casa ha estado abierta a los faltos y mi mesa puesta para los desnutridos. Cuenta que soy un demócrata convencido aunque ignore a los sindicatos. Tú sabes que los maneja la política y utilizan al obrero como pretexto de su acción interesada; monstruos que se alimentan con la carne magra de sus mismos hijos.

-Sí, claro; eso y que mataste a un perro a palos. Te condenaron a indemnizar a un trabajador, ¿recuerdas? Lo despediste porque tuvo la desfachatez de revelar los productos que mandas agregar al vino, la química malsana que convierte a un mosto de año, incapaz de mejora, en un caldo adulto que ha alcanzado su madurez. El perro chillaba buscando un escape, pero estaba atado y recibía una descarga tras otra. Ladridos y gemidos, rebeldía y sometimiento arribaron a un suspiro último que le dejó inerte, sin alma, sin vida. No quise creer que en el perro azotarás al obrero infiel. Te aprecio más de lo que mereces y en seguida olvidé lo ocurrido; pero se me viene a la cabeza ahora que presumes de ecuánime.

-¡Alza la voz, insolente! Ignoro lo que murmuras; creo que me estoy quedando sordo. ¿Me oyes, Ricardito?, pon ejemplos de mi buena actuación cívica; di que entrego dinero para la celebración de las fiestas, lo mismo en la capital que en los pueblos, y que colaboro con los ayuntamientos en lo que me solicitan.

Ya es media tarde cuando, terminadas sus ocupaciones, entra Riquilda. Vuelve a tropezar con el picaporte y zozobra; es extraño en ella,

tan ágil, tan despierta. Pienso que alguna inquietud distrae su atención. La veo disponer las agujas de punto, y la prenda a medio urdir cobijada en una bolsa de lienzo. La miro aún, intrigado, cuando deja caer al suelo un ovillo de lana que da media vuelta y se sitúa a sus pies. Al momento principia a tejer sentada en el cómodo sillón patriarcal. Nadie más lo ocupa, y le viene ese privilegio de una rara tolerancia de Esteban, que pierde vigencia en cuanto el amo abandona la cama y desea arrellanarse.

Basándose en algunas noticias que ha visto en el televisor, anuncia la mujer que el verano entra con mal pie, y al terremoto de Irán suma la ola de calor que azota los Estados Unidos. Esa intromisión en el coloquio existente tiene la virtud de romperlo, propiciando el inicio de otro nuevo donde ella empieza en igualdad de condiciones.

-Mira lo pesimista que eres, mujer; noticias buenas habrá y las callas.

-Sí, contadas y sin ningún relieve; de otro modo las recordaría.

-En Andalucía los socialistas han ganado por tercera vez, y con mayoría absoluta. -Intervengo por terciar, sin ánimo de polémica.

-Ya salió el rojo de su guarida. No me hables de los tuyos; conozco su estilo. Hasta llegar al gobierno se les llenaba la boca de honradez, y luego ¿qué han hecho?, lo de todos: colocar a los amigos y prepararse una hucha para cuando la gente los eche.

-Deja tranquilo al muchacho, Esteban; te consta, porque lo ha repetido cien veces, que rechaza sus malos modos. Teoría y práctica, a lo que se ve, caminan a cien leguas una de otra. Estos asuntos no debieran alborotarnos, al fin y al cabo ellos son políticos, y los políticos, se sitúen a la izquierda, a la derecha o en el centro, van a lo suyo. Si sucede que los sufrimos estoicamente es porque no nos queda más remedio.

Se abre la puerta y entra don Tarsicio, impidiendo con su interrupción que la cosa llegue a mayores. Inicia un gesto de saludo y se queda un instante parado mirando hacia el lecho. Es alto y conserva el señorío que tuvo de joven. Su rostro, carente de arrugas profundas, muestra la antigua armonía.

-¡Hombre!, el matasanos; ya estamos todos. A ver qué opina.

-Opino que te veo alterado y no te conviene acalorarte, te sube la presión arterial y el corazón ha de redoblar su esfuerzo.

Sobre las últimas palabras toma el sendero imaginario que lleva de la puerta a los balcones. Unidas las manos en la espalda, gira en los extremos con aire marcial y, a veces, hace chocar los tacones de sus botines.

-Claro, claro; muy metido en tu papel vienes. ¿Algún asunto grave?

-Nada nuevo, deshidrataciones de niños y ancianos, y dos casos de enterocolitis. Eso es todo. ¡Ah! Y lo tuyo, que aún no sé donde encasillarlo

-Sí, para burlas estoy. El botarate de Ricardito me habla de política, y la buena de Riquilda, que ve todo negro, disfruta repitiendo las noticias tristes.

Se muestra contento don Tarsicio de encontrarse en tertulia con los amigos. No somos santos de la devoción de su esposa, y él, por incomodarla, le anuncia que llegará tarde pues lo de Esteban es cuestión peliaguda. Han sido felices en su matrimonio mientras vivieron los hijos con ellos, pero ahora cualquier asunto que traten los enfrenta; en el fondo se culpan el uno al otro de la vida gris soportada por ambos, esclavos de una rutina irrompible. Joven médico del que los enfermos hablaban maravillas, de proseguir sus estudios hubiera llegado muy lejos. Su nombradía le puso en el camino de don Esteban, y logró suavizar los

horribles sufrimientos de su última hora. Por cuestión de edad intimó con el hijo, y por extensión conmigo y con Riquilda. Pudo trabajar en hospitales de América, pero su mujer, enemiga de cualquier aventura, lo impidió. Se piensa en una nao sin remeros, sobre un velero inmóvil, quieto en medio del anchuroso mar; ocho, diez días, dos meses, un año, aguardando la llegada del viento.

Se produce un silencio que se va alargando. Esteban cambia de postura. Don Tarsicio prosigue su paseo. Riquilda, algo inquieta, calla; posiblemente cavile acerca de asuntos suyos que no quiere compartir o que deseándolo no sabe como hacerlo. Yo pongo en orden lo dicho por Esteban; enfilo sus memorias con ocurrencias mías, recuerdos e invenciones. Alzo la cara, los miro y me veo a mi mismo en otra posición, convergente la mirada en idéntico punto. Me gustaría dar con el tema que inicie una charla animada, pero por más vueltas que doy a las cosas en la cabeza, no hallo. Es don Tarsicio quien rompe la inercia.

-Ha muerto Eustaquio, el boticario; venía a decíroslo y se me olvidaba. Sucedió de repente, al amanecer. Le llegó la hora durante el sueño; tal vez ni se ha enterado. He tenido que certificar y no topaba con el argumento. Somos lamparillas; y su óleo, cuantioso, poseía una calidad envidiable. Ardió durante ochenta y cinco años, y aceite y pabulo terminaron por consumirse.

Un buen hombre; le he visto despachar boticas de urgente aplicación, a sabiendas de que el comprador no le iba a pagar por falta de cuartos. Quizá la noticia no se preste a comentario sino a reflexión. Lo cierto es que el imperio del silencio se restaura y se prolonga. Impotente, vuelvo a lo mío; Esteban cambia de postura nuevamente, don Tarsicio pierde el ritmo y lo recobra al instante, y Riquilda progresa despacio en una tarea que requiere paciencia.

-Yo..., yo..., tengo que daros una noticia que a buen seguro os va a sorprender. -Anuncia Riquilda con tono pausado y sin levantar la vista de la labor.

-¡Bueno...! -Se oye decir a Esteban con un deje de temor que alarma a los otros.

-Mañana viene mi sobrina; y a propósito de ella debo haceros una confidencia que llega con cuarenta años de retraso. -La misma carencia de expresividad, logra, ahora, que interrumpamos nuestras reflexiones y miremos a la mujer con una atención antes ausente.

Se refiere a la hija de su hermana pequeña, una chica que hemos visto hacerse mujer permaneciendo niña, pues ha pasado aquí temporadas, paciente de una insuficiencia mental que la impide decidir por sí sola. Vive, por tanto, con su madre viuda, delicada de salud.

-Mañana, ¿dices? Y lo anuncias ahora; eres de lo que no hay. Habrás dispuesto lo preciso. -La recrimina Esteban con notable tono de enfado.

-Si no te parece mal ocupará la habitación del fondo, en vez de dormir en la mía como en otras ocasiones. Es soleada, tiene vistas al jardín y no llega a ella más que el arrullo de las palomas. Comerá de la olla del servicio, y ayudará en las tareas como una más, pues es obediente.

-Entonces, ¿viene para quedarse de manera definitiva? -Soy yo el que habla pero la pregunta es de los tres, pues veo en los rostros de Esteban y de don Tarsicio idéntica interrogación.

-Sí; mi hermana levanta la casa. Lleva años enferma, lo sabéis; y ha encontrado sitio en una residencia de ancianos.

No me he olvidado de la confidencia anunciada por Riquilda. Curiosidad y temor revela, asimismo, la actitud indecisa de los otros dos.

-Nos tienes sobre ascuas, mujer –Acierto a decir.

-Recordáis que hace cuarenta años mi hermana vivía ya en Cartagena, donde su marido, mecánico de embarcaciones, trabajaba. Tuvo un embarazo difícil, y dos meses y medio antes del alumbramiento ya estaba yo con ella, para regresar cuarenta y cinco días después.

Los tres asentimos con una leve inclinación de cabeza, ignorando el camino que seguirá el relato; inmersos en la evocación de hechos, nítidos hasta ahora, a la espera de que la mujer los modifique o confirme.

-Pues bien, lo que he venido achacando a mi hermana a mi me pasó.

Mudos y quietos, Esteban y don Tarsicio parecen no entender la verdad contenida en esa frase. Sin embargo, yo intuyo en toda su crudeza un intercambio de papeles.

-Mi hermana, infecunda y deseosa de un hijo, me acogió al llegar mi embarazo al punto de hacerse notorio. Me asistió en el parto y aceptó como suya a mi niña; inscribiéndola en el registro civil con el apoyo de un certificado cierto de la comadrona, una mujer forastera que jamás supo quien era quien entre ambas.

Seres inanimados, los tres hombres carecemos de capacidad de movimiento y de articulación de palabra. Tristes vegetales imaginando madre a Riquilda, represora de un cariño sin duda desbordado, viendo de tarde en tarde a la hija, eterna niña; y nosotros ajenos a todo, sin albergar sospechas.

-Porqué no lo dijiste, ignorante; habríamos ayudado a su sostenimiento, a que estudiara en un colegio especializado. Incluso, podría haber vivido aquí; sé que Esteban no se hubiera negado. -Es don Tarsicio quien habla de tan conmovida manera.

-Lo pensé –expresa la mujer- pero entreví un dilema. Pronunciado el nombre del padre la discordia estaba sembrada entre nosotros; callado, me acuciaríais durante años con parecido desenlace. Ahora, por fin, puedo tomar las riendas: mi hija es incapaz de vivir sola, y yo deseo con todas mis fuerzas ampararla; aquí, si Esteban lo permite, o en cualquier otro lugar.

-Que tonterías dices, mujer. Ésta es tu casa y la de ella. Hay sitio de sobra. –Expresa Esteban.

-Nosotros ayudaremos en lo que haga falta –añade don Tarsicio- ¿no es cierto Ricardo?

-Sin duda; en lo que haga falta. –Repito maquinalmente, sin pensar.

-Hacéis bien –exclama Riquilda- porque aunque no pienso revelar nunca el nombre, debo deciros que uno de vosotros tres es el padre.

Don Tarsicio, a punto de caer al suelo, se apoya en el tronco de Brasil que se desploma con ignorado alboroto. Yo debo de presentar la imagen cabal de un difunto: lívido, exangüe, sin respiro. Esteban, un niño grande, esconde la cabeza bajo la almohada. Es evidente que los tres ocultamos suficientes razones para atribuirnos la paternidad recién descubierta. No sé lo que piensan los otros, pero yo me considero con toda justicia un desalmado. Prometí el matrimonio a Riquilda, se me dio ella sin reservas, y al quedarse encinta no me obligó a cumplimiento. Tanto ella como la hija me tendrán en todo; lo prometo.

Pasado un instante de notable tensión, la voz de Riquilda descubre un juicio, una filosofía y un pensamiento correctos, incluso ingeniosos; fruto, por fuerza, de una cabeza entonada, de una mente abierta, de una inteligencia sobrada que nunca atribuimos a mujer tan próxima y tan desconocida:

-Si dijera un nombre sería injusta: os amé a los tres, os quiero todavía; no me siento capaz de elegir a uno porque rechazaría a dos. Mi silencio preserva nuestra amistad, nuestro caudal verdadero, nuestro tesoro indiviso. Mi hija tendrá tres padres; tres legados la pondrán a resguardo de la desgracia, y yo me vengo, a la postre, de tres egoístas que se aprovecharon de mi buena fe.

\*\*\*



## **Del elevado vuelo del cóndor**

Cruza Brice el ágora con mirada y ánimo de visitante ocasional, atento al entorno, ávido de sorpresas. Le llama la atención, sin embargo, la existencia de soportales afines a los que acaba de abandonar en la cercana calle Mayor, tal vez porque le parece que el techo de estos está situado más bajo. Se coloca el hombre frente al edificio del Ayuntamiento, y retrocede marcha atrás unos cuantos pasos, los necesarios para que su vista domine lo primordial de la superficie. Llegado a ese punto crítico, nada le impide la visión casi completa de la armónica plaza; ni siquiera el monumento al insigne paredoño Alonso Berruguete, uno de los imagineros más importantes del Renacimiento español, digno hijo de su padre, excelso pintor, recreador de la luz y adelantado a su tiempo. Colocado Brice bajo el pórtico que va desde la Bocaplaza al Mercado de Abastos, nada se interpone entre él y el equilibrado espacio; ni siquiera el ya señalado conjunto escultórico – bronce entregado a la piedra- obra de Victorio Macho, escultor palentino y universal de mucho nervio como puede verse; pues la belleza de la composición -erigida en el centro mismo del cuadrado- y su esbeltez, satisfacen la exigencia de la integradora mirada.

El americano Brice se observa en el espejo que compone sin pretenderlo una vitrina expositiva –virtud esta de la reflexión añadida a la principal de la transparencia- y entre sombreros de diferentes materias y anchura de ala, nota la ausencia de uno de los ejemplares que los artesanos de Catacaos tejen en paja con un acabado finísimo. En los huecos dejados por las boinas, Brice se ve alto y fuerte aunque algo

desmañado, cargado de hombros como su padre y su abuelo, cosa de familia al parecer. Se descubre extremadamente calvo, piel liberada de cabello añadida a un rostro de por sí abundante, acogedor de inexpresivas facciones, un gesto ambiguo que se ha ido labrando junto a la nariz chata, los labios gruesos, las orejas grandes y el mentón pronunciado. En resumen: una cabeza casi olmeca en un cuerpo más que andino.

Hase citado Brice en un parquecito cercano a la estación. Lo piensa en diminutivo, persuadido de que ha de ocupar el jardín una superficie breve, pues así lo sugiere el nombre de “Los Jardinillos”, dado al espacio donde ha comprometido su encuentro con un escritor muy valorado en los ambientes literarios del país. Se trata nada menos que de Cesáreo Gutiérrez Cortés, viajero recién llegado a su villa natal, un pueblo de los alrededores. Va a pedir al autor de la soberbia novela “Del elevado vuelo del halcón”, un salvoconducto o carta de acceso para una editorial castellano-leonesa. Anduvo enterándose en las oficinas, y conoce por ello que desde sus ventanas se domina el terreno arbolado y florecido llamado “Salón de Isabel II”. Le dijeron, porque así lo inquirió, que los talleres se encuentran algo alejados para ir a pie, en el extremo sur del polígono industrial de “Pan y Guindas”. Sucede que siendo extranjero Brice escribe cuentitos desarrollados en los lugares de arriba, y acaba de concluir un libro de narraciones que hablan de este paisaje árido, de esta gente recia, tópicos que apreció a las claras en cuanto llegó hace un mes. Vio una llanura no muy extensa, una vega fértil de tierra cereal y hortelana regada por el río Carrión, viejo río -si puede llamarse viejo a algo en cuya esencia la permanente renovación ocupa un lugar descollante- viejo cauce al menos, corriente cachazuda. Vio una llanura bordeada de inclinaciones suaves, monte bajo y parameras, y una ciudad que se extiende a lo largo de la corriente por el lado izquierdo.

Alfredo Briceño Gómez no es español, y su acento iberoamericano lo pone de manifiesto al instante. Da a las palabras una entonación indefinida que no las relaciona fácilmente con ningún país concreto. Vino desde Francia en cuanto terminó de ver en el país vecino las ciudades de más fuste; aquellas que elogian los folletos turísticos. A la tierra gala llegó procedente de Gran Bretaña, tras un recorrido incompleto que soslayaba visitas, tan importantes para él, como las Westminster Abbey, Windsor Castle, Minack Theatre, los megalitos de Stonehenge o Saffron Park. Fue precisamente en Londres, donde comenzó su periplo europeo, y allí volverá tras pasar unos días entre Sintra, Cascais, Estoril y Lisboa, y recorrer Italia de cabo a rabo, pues desde la capital inglesa, regresará, vía Nueva York, al punto de partida, el centro del mundo, su querida ciudad de más de medio millón de habitantes, situada al borde del Océano Pacífico, en el Norte de Perú.

Ha de proceder de gente de dinero; al menos eso es lo que parece desprenderse de su particular modo de vida: se alberga en una suntuosa residencia, frecuenta los mejores restaurantes –come lechazo casi a diario con un gran placer, porque le recuerda al “seco de cabrito” de su tierra, dice; pero qué va, el corderillo de aquí tiene un sabor más delicado- y viste ropas caras. Formaba parte de un grupo excursionista que recorre Europa, pero tanto se salió Briceño del guión definido por la agencia de viajes, que terminaron los guías por abandonarlo a su suerte. Así llegó a Palencia y va prolongando una estancia que iba a ser de dos días. En las horas que llenan el hueco existente entre la media noche y el amanecer, da forma a historias vislumbradas en el transcurso de espontáneas pláticas sostenidas con cualquiera que acepte su palique.

Por Brice, apócope de Briceño, le conocen los muchos amigos que su carácter abierto facilita, o los pocos que la inconstancia le permite

conservar. Permanece célibe sin intención consciente y sigue, mundo adelante, un discurrir errático que a nada ni a nadie conduce; y lo hace, según parece, para ocupar el tiempo, para entretenerlo, propagando el apelativo apocopado en detrimento del íntegro. Pedirá al juez la muda del uno por el otro en cuanto vuelva a su ciudad, pues la duplicidad le plantea problemas de discordancia entre lo dicho y lo escrito, entre lo bien entendido en familia y lo estimado correcto por las autoridades.

Piensa prometer al editor de sus cuentos una marca acreditada, consolidada, de escritor de prestigio: se firmará Bryce, con y griega, lo que añadido al nombre de Alfredo, le dará nada menos que Alfredo Bryce, induciendo a un favorable equívoco, pues existe un escritor así llamado cuyo segundo apellido es muy otro -Echenique, o algo que así suena; lo ha visto también escrito en vasco y no sabe- un autor hecho y derecho que redacta como vive –a impulsos de su mutable corazón- con excelente resultado. Confía en que la firma, al ser conocida, le facilite las ventas; y luego, como la calidad es buena, ya no importará que se haga la luz sobre lo cierto y lo incierto.

Se hospeda Brice en lo que fue un convento de monjas de clausura tapiado al exterior. Una celda ahora dotada de las mayores comodidades y adelantos es su alcoba. La primitiva fábrica pasa por ser una joya arquitectónica del siglo XVIII, toda ella de piedra; el añadido moderno que la convierte en hospedería combina el ladrillo cocido y el vidrio. La monacal circunstancia trastoca el pensamiento nocturno del hombre, de por sí dado a la fantasía y al relajó. Su mente, reprimida desde la niñez, se libera del rígido justillo trocando a las novicias en mujeres de la vida. Recorre con ellas la gama toda de los pecados de la carne, y por la mañana la activa conciencia restituye a su prístino estado de doncellas a hembras tan experimentadas. De día visita los pueblos de la provincia

ricos en arte románico, la parte del camino de Santiago que la cruza, el Museo Diocesano, la Fundación Díaz Caneja, el Museo Arqueológico, hasta el archivo provincial que irá al castillo de Valdepero de donde Cesáreo, el escritor de fama con el que ha quedado en verse, procede.

Un dolor abdominal manifestado de improviso, acompañado de náuseas, le puso en camino del Hospital Río Carrión. En sus salas y galerías descubre Brice un nuevo aspecto de la existencia: la lucha por recobrar la salud perdida. Ignoraba tal orientación del comportamiento humano, pues siempre gozó de una lozanía inexplicable en quien no la busca. Cercenaron la superflua tripita, porque el obstruido lumen amenazaba con males mayores. Brice tiene presente este episodio, después de todo, con cariño; porque la aventura originó dos cuentos que despliegan su argumento en el sanatorio.

En la primera de las narraciones, las enfermeras, tiranizadas por una jefa estéril a quien sólo conmueve el milagro de la procreación - parturientas y recién nacidos- son obligadas a trabajar hasta el agotamiento, doblando tres días por semana los turnos naturales. La queja se evidencia inútil, el director protege a quien nombró para el puesto por su capacidad de conseguir ahorros. Sintiendo oprimidas, jóvenes esposas casi todas, acuerdan, entre manifestación de protesta y válvula de escape, quedarse preñadas a un tiempo. Cuando treinta y ocho embarazos ponen a prueba la capacidad de emoción de la jefa, un cambio se produce en su actitud. En adelante hubo una compañera más y una déspota menos.

En la segunda historia describe Brice el avance y desarticulación de una camada de monstruos, empeñada en preservar recursos presupuestarios eliminando a los ancianos. Se movían sus integrantes por todo el país reclutando prosélitos entre el personal clínico, y mediante una teoría económica perversa, pretendían conquistar voluntades de manera

gradual, hasta lograr que, unos activamente y otros de manera pasiva, atacaran la debilitada resistencia a las enfermedades de los más añosos; clase pasiva que no aportando nada al erario público representa una carga creciente. María, enfermera alegre y audaz, ciertamente linda, comprometida con el servicio al paciente en el difícil trance de la convalecencia, descubre y denuncia las actuaciones de los confabulados y salva al sistema hospitalario de la barbarie y el descrédito. Estaba la joven pesarosa porque, encabezando la protesta de las gestantes, no pudo predicar con el ejemplo al impedirle su soltería; pero se ha resarcido con creces.

Subyace en los relatos el hecho cierto de la peligrosa disminución de recursos -sufrida en propia carne por el enfermo Brice- nacida de los dispendios que los administradores realizan en áreas menos vinculadas a la generalidad de los contribuyentes. Protagoniza ambas narraciones la enfermera María, ya que a Brice le atrae su delicada belleza. Ignora, sin embargo, el hombre, que de haber dado la cara, la muchacha hubiera consentido; pues el deje meloso contrapuesto a sus facciones rudas, a más de su origen incaico y su buen pasar, le presentan como el macho conquistador que las hembras desean.

Se trataba de una apendicetomía, nada serio. “Permanecerá hospitalizado cuarenta y ocho horas, salvo contratiempos” -le dijeron- y debieron complicar lo suyo enfermedades conexas, porque gracias a ellas o porque los gestores encontraron en él momio económico, su estancia en el hospital se prolongó hasta la semana, ocho días por ser sábado, nueve hasta la llegada del activo lunes, regresada la normalidad sanitaria a las postergadas tareas, salida del letargo de los días festivos, de la latencia mínima, momento en que le dieron el alta. Y si no le importó el retraso se

debió más que nada al hecho de estar la enfermera María de guardia ese fin de semana.

Aprendió en la clínica las costumbres, nuevas para él -hijas del reglamento y de la ley del mínimo esfuerzo- correspondientes a una actividad, en cierto modo, inescrutable. Conoció los horarios de las comidas; e indagando la composición de los platillos quedó en ayunas de los ingredientes, entre fármacos y alimentos que, en la cocina, a medias laboratorio, preparaban. Supo, valiéndose de indicios, el momento exacto en que le tomarían la temperatura o le pondrían inyecciones, el día fijo de los análisis, de la extracción de fluidos, de la práctica de radiografías.

Ocupaba la mitad izquierda en una habitación de dos camas, la suya, y la perteneciente a un anciano que, segundo a segundo, parecía recibir el hálito directamente de la técnica. Lo acechaba él con prevención, pues aparecía el hombre rodeado de elementos extraños dedicados a prolongar su existencia. Seguían los ojos de Brice el recorrido de las gotas de suero, caídas de invertidos frascos con la lentitud o presteza deseadas por la enfermera, que no decide asuntos tan nimios sin consultar previamente las instrucciones del médico. Con detenimiento miraba el vecino los cordones umbilicales por los que la química se iba incorporando al flujo sanguíneo del viejito, los cables conductores de impulsos eléctricos, alentadores de sístoles y diástoles en un corazón cansado; la mascarilla donante del oxígeno encargado de ventilar los pulmones.

Llegó a distinguir variados sonidos: desde el muy cargante producido por el chorro de gas al atravesar el agua que lo humedece, hasta el originado por la respiración desacompasada de la compañía, más llevadero. Ruidos tan diversos como el derivado del sistema de respiración asistida, cuando añadían los aerosoles -circunstancia que se



daba durante diez minutos cada doce horas- más atropellado; o el de la cisterna, corto al vaciarse -catarata caída de golpe- alargado al irse llenando lentamente hasta donde la boya acepta. Sonos que si se producen próximos son claros, nítidos; pero si nacen en otras habitaciones, situadas al principio del largo pasillo -él ocupaba una del final- precisan al experto que Brice se hizo. Algunos, no obstante, resultaban útiles en algún sentido: la disonancia de los carros portadores de alimento, los chirridos de sus ruedas metálicas, estimulaban un hambre por lo regular remisa. Logró diferenciar los pasos del personal -médicos, enfermeras y subalternos- de los correspondientes a los enfermos y a sus visitas. Los doctores nunca van solos, llevan una cohorte de ayudantes, aprendices, y escribanos que caminan en tropel y su avance es inconfundible; enfermeras y auxiliares se mueven con la agilidad de sus pasos decididos, dados por alguien que sabe adonde va, gente hecha a la economía en el gasto; Brice llegó a separarlos entre sí por el leve matiz de su cadencia, a identificar a quien los producía, a añadirles rostro. Las señoras de la limpieza y los camilleros resultan ser pesados como elefantes, y arrastran consigo, sin ningún miramiento, portaútiles o camas que al golpear en puertas y esquinas producen gran aparato sonoro. Los pacientes caminan suavemente sin dirección fija, carentes de objetivo; van y vienen al albur, dibujando un sendero zigzagueante. Por último, Brice acertaba al señalar a las visitas, porque llegan raudas y al poco se detienen, dudan, toman otra dirección y finalmente ceden velocidad al llegar ante la puerta exacta. Llenando parte de la noche, los rumores venidos del pasillo, de la habitación de al lado, del área restringida, proporcionan una cierta sensación de calma, y sucede como si alguien de peso dijera: “Aquí, por ahora, no pasa nada”. Frase de cierta importancia, porque a intervalos irregulares, más bien de madrugada, a la del alba acaso; se oye el arrastrar

del trágico biombo, frontera entre la vida y la muerte, colocada para que el vecino vivo no perciba la marcha del compañero muerto, su agonía. Se suceden en esos instantes de alteración los cuchicheos y las carreras provocados por el nerviosismo de quienes, por más que el hecho sea cotidiano, no terminan de acostumbrarse. Suelen añadirse a lo enumerado los contenidos lamentos de los parientes, y algún grito proferido por los más allegados, generalmente mujeres muy próximas. Complejo mundo que el oído de Brice percibe y su mente separa.

Dos días salvo complicaciones, le dijeron; e iba por el sexto sin recibir explicación alguna que lo justificase, y sin esperanza sólida de recibirla porque ya iba conociendo los modos que se gastan en el hospital. Allí estaba Brice en su octavo día de internamiento, total para una apendicetomía producida por una oclusión intestinal de coprolitos – siempre sufrió estreñimiento- acostado en una cama articulada que sube y baja a voluntad como las atracciones de feria. Allí estaba Brice, sabedor de que al otro lado del biombo yacía un cadáver junto a un crucifijo *tiède encore de son dernier soupir!*, recordando los versos de Lamartine. Fueron intensos los días de su estancia en la clínica, y de todas sus impresiones y aprendizajes se beneficiaron los dos cuentos allí escritos y arraigados, unidos por María, la linda enfermera de Villamartín de Campos que lo enamoró.

Briceño, Brice para todo el mundo, sin distinguos que diferencien, que discriminen entre amigos y desconocidos; Alfredo Briceño, Bryce como el escritor paisano, deseaba venir a España desde chiquito; cuando cursaba los primeros estudios de geografía y alcanzó a ver el mapa también chiquito de Europa y, la más chiquita aún, Península Ibérica. Deseaba venir a España desde que los estudios de historia le dieron a conocer la época de los conquistadores sanguinarios; guerreros ávidos de

oro y tierras, y clérigos empeñados en salvar las almas; todos ellos decididos a someter los cuerpos sirviéndose de espejuelos y abalorios para el trueque de tontos; españoles regresados a su solar patrio cargados de riquezas innúmeras con que sufragar sus guerras imperiales.

Algo tardo de entenderas resultaba Brice en la escuela para los números; su memoria no retenía la tabla de multiplicar y se le resistían los quebrados. Así, no más, andaba en dibujo: se sentía obligado a escribir al pie una descripción completa para que se entendieran sus garabatos. En cambio progresaba en historia: de los españoles lo sabía todo y conocía las andanzas de muchos caciques. Y en literatura: autores hubo de su agrado, de los que se aprendió enteritas las biografías.

Atraviesa Brice una época que por henchida no aprecia en todo su valor; pues, confundiendo lo ancho con lo largo, de puro llena le parece que no tendrá fin. Posiblemente sea mejor de ese modo, pues un leve temor la disminuiría. Ahora pasea haciendo tiempo, y del callejeo por esta capital antigua que resulta de lo más moderna, saca un placer que no sentía hace años; muchos, demasiados años. No son los alrededores de la Iglesia de San Francisco, en su ciudad de origen, los que cruza; templo donde los suyos proclamaron la Independencia un día que su memoria guarda indeleble desde los tiempos escolares, el cuatro de enero de 1.821. No resulta lo mismo seguir, parsimoniosamente, las calles de Los Gatos, Portal de Belén, Santo San Pedro o El Árbol del Paraíso, que ir, sin prisa alguna, del jirón de Lima al de Callao, o recorrer la orilla del río Piura en época de lluvias, cuando viene bravo. No es lo mismo, por supuesto, pero transitar por este rincón palentino se le acerca mucho.

Espera la hora de entrevistarse con un escritor nacido y crecido a menos de una legua, calle Mayor de Valdepero, línea de unión de la Tierra de Campos y El Cerrato, límite exacto de León y Castilla, de donde

estima el peruano que puede arrancar parte de su sangre, la procedente de este lado del charco. De manera que Alfredo Brice Gómez se imagina unido a Cesáreo Gutiérrez Cortés por algo más que una simple inquietud escritora, por algo distinto al afán de ser notario de la vida; se juzga unido al palentino por la carne y el espíritu, raíces del habla y las ideas que intentan atarle a estos pagos. Vienen ambos de una tribu cazadora de la edad de piedra -aspecto este que desconoce Brice si se dio en su país, que se daría, pero de otra manera: más desaforada, seguro; pues así es su tierra, enorme y sin meter en cintura- vienen ambos de una tribu que se fue mezclando con cuanta tribu antigua –invasora o conquistada- se topó. Ha oído hablar de la cultura Vicús, pero sucedió anteayer como quien dice. Por eso su esforzado saber llega a los Tallanes, cuya civilización pudo acoger a su antecesor más antiguo, habitante de una tribu costera próxima a donde hoy está la casa de sus padres. De Asia, de África viene, de Europa, eso es lo sabido; pero desea dar con un vestigio anterior a todo lo encontrado, para oponerlo a las antiquísimas huellas del hombre en España.

En cuanto llegue a Roma y recorra las catacumbas para impregnarse del sentir primero, piensa ver al Santo Padre. Ha solicitado audiencia exclusiva, y espera de la embajada noticias de su gestión. No es que sea devoto, pero se lo debe a su madre, que siempre deseó esa entrevista. La mamá de Brice, una chola de color prieto que murió de cien enfermedades juntas, mostraba inconfundibles rasgos religiosos desde niña. Mas el abuelo era un descreído y torció el filial deseo de profesar de monja. No recibió Brice en herencia más que el perfil inca mostrado por la mujer desde la distancia, un perfil al que cree tener derecho inalienable, pues encopetado inca se piensa y se quiere el hombre. Si no nació tan pálido como la harina de mijo, tampoco resulta del todo morocho, por lo

que no resalta entre los labradores llegados a Palencia a diario, a merced ellos de una intemperie que insiste en ennegrecer rostros y en atemperar espíritus. Hasta completar una frase mediana, en Palencia no le atribuyen un origen extraño, una procedencia lejana; y cuando lo hace despierta una ternura que le cautiva: hijo o hermano ido hace tiempo, tornado de una tierra un tanto suya, desconocida, sospechada, imaginada con detalles exóticos; reintegrado de un terreno agreste y de una vegetación desarrollada en exceso, a este jardín inculto, poblado de *insectes bourdonnants; papilions; fleurs ailées*; expresado en poéticas palabras tomadas de Lamartine.

Palencia le parece a Brice una ciudad recién edificada, a falta aún de algunos retoques que la dejen lista para la inauguración. Si algo se encuentra de tiempos idos es porque los monumentos son realmente vetustos, piedra labrada con maestría que el tiempo ha pintado de color antiguo. Todo lo percibe Brice con los ojos de ver grandote, y lo encuentra pequeño -río, vega y oteros- comparados con los que en su América se entreveran –estado de Piura, Perú oriental, serrano o costero- confundiéndose y confundiendo: montañas que son columnas del cielo, ríos inacabables, inabarcables; llanuras de verdad en las que uno puede perderse, tormentas infernales, lluvias que son casi diluvios, y sequías que duran lo suyo porque el hombre resiste la escasez hasta que su piel, cuarteada, se quiebra. Piensa que la naturaleza, acaso por no comprometerse de manera definitiva, desarrolló el mundo tras un ensayo previo, prueba de la que resultó una Europa manejable. Visto lo cual, envalentonada, tomaría un enorme pedazo de materia, quizá el resto guardado en la alacena, y tras pasar semanas amasando, bregando, dio forma a lo que iba a ser su verdadera obra: el mundo integro que conocemos por los viajeros que paran a descansar.

La calle mayor de Palencia, humanizada hasta más no poder por los soportales, por el uso exclusivamente peatonal dado a la calzada, le parece a Brice un largo corredor, un mirador cubierto de visillos que fisgan curiosos el trasiego, y reciben tímidas miradas compensadoras. Desde esa calle se eleva, cóndor de alas extendidas, y explora el vasto mundo en busca de su esencia, pues la intuye formando parte de los cuatro horizontes de un planeta que se ve azul desde la luna. Viajero incansable, trata asimismo de comprobar la esfericidad de la tierra, pues aunque desde arriba se percibe claramente, aquí abajo precisa un acto de fe o un recto caminar que llegue al punto de partida.

Se sitúa el cóndor Brice, mentalmente, en el París de los suramericanos, de los latinos llegados de América siguiendo una costumbre inveterada; un París hormigueante de escritores en ciernes o ya hechos, arribados desde un lado o de otro de los Andes, columna vertebral de un cuerpo colosal; del centro ístmico, o del sur norteño. París era una fiesta lastrada por la nostalgia, aguijoneada por la saudade, cuando Brice cambiaba sus soles por francos, sus pesos por francos, sus dólares por francos, y sus francos por un amor mentido y por aburrimiento; mientras se hacía escritor a martillazos sobre un yunque que, a veces, era un vientre de mujer varada en el Quartier Latin, entre los bulevares Raspail y Saint Michel. De aquella época romántica sacó Brice una rara afición a un poeta profundamente melancólico: Alphonse de Lamartine, cuyas *Meditations* aprendió de memoria. A mayores, el naturalismo hizo presa en él, y en esos días se convirtió en defensor acérrimo de Èmile Zola; de “La bestia humana”, de “Nana”, de “Germinal”, de “La taberna”.

Desea Brice convencerse de que en Cesáreo Gutiérrez Cortés, con quien se va encontrar en menos de media hora, escritor que promete llegar a lo más alto y a lo más profundo, confluyen las culturas europea y

africana, que se mezclaron con la fuerza de los caballos al galope, de las lanzas y de las adargas; culturas europeas y africanas que se hicieron una con la cultura india de todas las indias cultivadas e industriosas, y de las contemplativas; cien generaciones americanas dimanantes de Asia que en el propio Brice parecen converger; y así, cuando dentro de unos minutos se entrevisten, Asia, Europa, África y América tendrán en ellos su plática, vieja deuda de más de cinco siglos.

Se cree Brice hombre de raíces profundas, pues las hinca en el mismísimo centro de la tierra, ya que en épocas pretéritas fue minero. Aún niño y ya retiraba el mineral que el picador arrebatava al extremo más avanzado de la galería. En cuanto pudo, cargó vagones transportados por mulas. Fue entibador de galerías; fue picador, y dispuso de un ayudante: un niño que empezaba la carrera hacia la silicosis, hacia la incapacidad permanente y la pensión escasa. Lo sabía él y lo sabían todos; el niño, a su edad temprana, lo sabía; secreto abierto en la letra pequeña del trato.

Andando el tiempo llegó a ayudante de dinamitero, y cuando aprendió lo imprescindible acerca de las cargas y de las masas desplazadas, pasó a colocar los explosivos. Había de calcular el peso de la dinamita, el largo de la mecha, el lugar idóneo de ubicación y el número exacto de barrenos. ¡Qué hormiguillo le recorría el cuerpo durante la espera de la explosión! Cargaba de aire los pulmones, oprimía los oídos sirviéndose de los pulgares y, agachado en lugar protegido, esperaba impaciente a que todo saltara por los aires. Un placer físico iba tomando su cuerpo, célula a célula hasta dejarle en la boca un sabor acre a dinamita. Bombero fue y la visión del fuego le envalentonaba, le engrandecía. Gozaba sí, en su lucha cuerpo a cuerpo con una de las fuerzas más devastadoras de la naturaleza. Gozaba cuando las llamaradas

altas le cortaban el paso y manguera en ristre las rendía. Tenía las cualidades de un buen soldado al que un error mínimo y la medalla póstuma transforman en héroe.

Brice fue cantante de ópera y bailarín de ballet en el teatro Bolshoi de Moscú, aviador aliado en la segunda guerra mundial, y cazador furtivo en Tanganika. Brice imagina vidas como otros sueñan vuelos a media altura, rozando las bardas, las tapias de los corrales, los arbustos; o la repentina pérdida de los dientes, el caminar desnudos por la calle, o la interminable caída barranco abajo sin llegar nunca al fondo. Pescador de altura se soñó, y otras seis profesiones repetidas sin orden con variantes que las renuevan.

Llega al lugar de la cita con Cesáreo Gutiérrez Cortés, el parque de los Jardinillos, frente a la estación de ferrocarril, con dieciocho minutos de adelanto, así que le sobra tiempo para recorrer el recinto y adentrarse en el mundo del ir y venir, vías y dependencias anexas: sala de espera, ventanillas de expedición de billetes, librería, cantina y oficina de atención al viajero. De esta última no da fe, pero la intuye necesaria y la sitúa por ello en algún espacio cercano a los lavabos. Acaba el recorrido y se sienta en un banco, porque el regional procedente de León destinado a Madrid llega en ese instante, y un rebullir de viajeros llama su atención. Entra en coloquio con los que descienden de los coches, por el sencillo procedimiento de prestarles la ayuda precisa en el traslado de maletas. Un matrimonio mayor ha de descansar tras el esfuerzo, y Brice pega con ellos la hebra. Tanto, que cuando quiere darse cuenta la hora de la cita ha pasado y treinta minutos le distancian de Cesáreo Gutiérrez Cortés, el escritor autóctono que iba a aleccionarle acerca de la región, y redactarle unas líneas destinadas al editor a quien pueden interesar sus cuentos.



Las gotas del frasco de suero glucosado siguen cayendo pausadamente, carentes de prisa, sobre el cúmulo cerrado en el vasito transparente y estanco, situado a dos centímetros largos de la fuente. Amanece mucho, un sol enorme llena el este de luz, impidiendo que la mirada de Brice se dirija en esa dirección. La mirada de Alfredo Briceño Gómez es –y ya es hora de decirlo- la mirada huera de quien no está en sí mismo.

Nació en Piura, estado, provincia, ciudad y río. Tal vez el río fue primero, y al río le dieron nombre los españoles. Pedro Pizarro -hermano del célebre Francisco, el que murió trazando una cruz con su sangre- informa en un escrito que han llegado a Pirú; lo mismo dice la Crónica Anónima. De Pirúa, Piura; de Pirú, Perú: dicen los entendidos. Nació Brice en la ciudad de Piura, y de las varias etimologías existentes del nombre, se queda con la palabra que en quechua significa troje o granero, porque el quiere provenir de los incas y no de otros indios cualesquiera.

Brice no ha salido jamás de Piura; ni se le terció, ni quiso. Nació donde su madre, en pleno trajín de lavandera, se puso de parto, a la orilla misma del río. En lo poco que fue a la escuela le enseñaron a leer, a escribir y a sacar cuentas sencillas; luego estuvo en la calle haciendo mandados hasta que, ya *guambra*, medio *cari* –un mocoso con ínfulas, en realidad- empezó a vivir a su aire. Lo aceptaron como aprendiz en la portería de un edificio de la Avenida Grau, próximo a la Catedral. Tenía catorce años a los que su envergadura sumaba varios más. Un lustro después, como resulta que los muertos requieren sustituto, alto y fuerte, vistió el uniforme que tanto había ambicionado. Entonces tuvo un ayudante al que hizo cómplice de sus fechorías. Consistían éstas en hurtos llevados a cabo dentro de las casas, de las que guardaba las llaves para subir el correo y regar las plantitas.

Visitaba en aquel período la catedral, pues oyó decir que una capa de pan de oro cubría el altar mayor; y de hallarse el tesoro fuera de la iglesia o ser él menos supersticioso, lo hubiera descascarillado para llevárselo. Cruzaba a diario la Plaza de Armas, adornada de tamarindos que dan fresca sombra, y del monumento a la Libertad, llamado “La Pola”; de modo que descubrió la casa museo de Miguel Grau, sus cuatro salas y la biblioteca. En la pieza reservada a la lectura, devoró libros de temas muy variados que le permitieron viajar sin moverse.

De aquel empleo salió por la puerta falsa para no dar escándalo; y sirviéndose de su propia maña ingresó en la poderosa Administración de Fincas Urbanas. Al principio cobró recibos apoyado en su rostro fiero y su cara de pocos amigos, en su cuerpo desarrollado y en sus descomunales fuerzas. Cumplió los veinticinco en un puesto que no era el suyo, y con los ahorros depositados en la alcancía durante esos años, y el procedente de las rapiñas llevadas a cabo antes de expulsarle de la Avenida Grau, puso un negocio propio del que conocía las enormes posibilidades. Imitó los diplomas que la Administración otorga a quienes pasan los exámenes de Administrador, y situado en el puesto de máximo responsable, contando con su innata deshonestidad, cobró comisiones a los contratistas de obras y a los proveedores de útiles hasta acumular el capital que ahora lo sustenta.

Brice no ha estado jamás en Lima, y menos aún en Europa, España y Palencia. No ha esperado novia, amigo o pariente en toda su vida, cuanto menos a un escritor consagrado como Cesáreo Gutiérrez Cortés. Brice no ha salido jamás de Piura, ni falta que hace; él es un cholo piurano que supo ganarse la vida. Se hizo de sol y de verdes algarrobos; de chicha, de alfajor y de gofio; de tondero y cumanana. Se formó en la calle y en el río, en las picanterías y chicherías; y resultó alegre y burlón.

Ya de niño bailaba el tondero como nadie, y de muchacho enamoró con su ritmo a cuantas chinas formaron pareja con él. Se unió a dos comparsas que vio actuar en fiestas, y no hubieron de echarle por desmerecer del conjunto. Una de ellas tenía por nombre “Los diablicos de Huancabamba”, y la otra, esa ya de la Costa, el de “Ño Carnavalón”.

Brice es un enfermo al que doctores, muy entendidos en lo suyo, tratan sin demasiado éxito en la Clínica de Investigaciones Médicas, un hospital piurano. Lleva tres años postrado en el lecho en estado de coma. Inconsciencia que se prolonga hasta el punto de ignorar que se le murieron los padres, y que los hermanos dejaron de visitarlo hace tiempo, pues no tiene sentido pagar el billete del ómnibus para contemplar a una planta que no se sabe contemplada. Puede que jamás vuelva en sí, y si vuelve, la diferencia no será tanta porque quedará lastrado. Dicen los investigadores que vive una vida interior muy rica, que los granos sembrados con las lecturas pueden estar dando fruto. Dicen y dicen, pero las visitas se van de vacío.

Suele ocurrir al amanecer. En su estado le ilumina el alba, y comprende la incapacidad de comunicación a que está sometido. Se le viene abajo el universo donde se entrevista con personajes admirados, a los que ayuda o de los que recibe apoyo. Al clarear el día intuye que su rica vida interna es solamente fruto de la imaginación, ensanchada de niño por la lectura de enjundiosos libros como el ya nombrado “Del elevado vuelo del halcón”, escrito por Cesáreo Gutiérrez Cortés. En esos momentos lúcidos le anegan por dentro unas lágrimas que han de aflorar a fuer de profusas; y pone la cara muy triste para que, quienes observan su evolución, tomen buena nota e informen al doctor que lleva su caso e investiga con él. Pero a esa hora temprana las enfermeras comienzan su inacabable tarea, circular o elíptica si se quiere, y ya están a lo suyo; de

modo y manera que las lágrimas de Brice, portadoras de su angustiado mensaje, se vierten una vez más sin ningún resultado práctico.

\*\*\*

## **Diego, Clara y el dibujante nómada**

Domina su mirada una vista infrecuente: verdinegras montañas y un lago inverosímilmente azul. Aprecia en el agua, aquí y allá, algunas manchas; sombras proyectadas desde las blanquísimas nubes que arriba salpican un cielo, por lo demás, transparente y límpido.

Se llama Diego por voluntad de su padre, hombre de carácter recio, admirador de los gestos de los bandidos que quitaban a los ricos para dárselo a los pobres en épocas de carencias e injusticia. Su madre asegura -aunque él lo niega- que el marido le puso ese nombre en memoria de Diego Corriente Mateo, bandolero ajeno a los delitos de sangre, nacido en Utrera mediado el siglo XVIII y ahorcado en Sevilla a los veinticuatro años. Se llama Diego, es hijo de leoneses, nació en León, y aunque vive en Madrid se sabe próximo a regresar a su tierra. En otra época de mayor romanticismo, su padre hubiera muerto batiéndose en un duelo, pero sea que la vulgaridad avanza o que la cordura al fin se impone, un cáncer de próstata se lo llevó tras una temporada de sufrimiento. Quedó la madre en León asistiendo a su única hermana, pues ésta, soltera y delicada de salud, carece de amparo.

No aparenta el embalse que es; visto así, parcialmente, semeja un lago apacible originado por el deshielo de las nevadas cumbres que lo rodean. Desde la terraza del Parador, en Cervera de Pisuerga, próximo al erguido pico Curavacas, el pantano de Ruesga podría pasar por un lago situado en los Alpes. Ocurre que presa y albergue se encuentran en plena Reserva de Fuentes Carrionas, al borde del Parque Nacional de los Picos de Europa, donde surgen las fuentes que dan origen a ríos de gran

importancia. Considera Diego un privilegio el hecho de poder desayunar –mediado el mes de setiembre- en el mirador de la terraza ante tanta maravilla.

Se llama Diego y lee varias horas al día, porque de la lectura extrae lo más de sus placeres. Son las novelas su objeto, pero también disfruta adentrándose en ciertos poemarios: los más sólidos, los más sentidos, aquellos de los que su autor se desasíó con tormento. Por “Los hermanos Karamázov”, obra capital del ruso Dostoievski, está dispuesto a dar cien veces la vida. Por “Canto General” del chileno Neruda, libro de poemas del que es entusiasta, la daría otras cien. Cuando sostiene un libro en las manos suele adentrarse en la historia: participa en la trama, avanza de la mano del argumento, se convierte en actor, personaje indefinido que, en desacuerdo, modifica las páginas contiguas, la secuencia prevista, haciéndose autor por un momento.

Frutas tropicales, sí; pero también del terreno: sabrosas, en su justo punto de maduración. Zumo de naranja y té constituyen su desayuno a lo largo del año; mas ahora, en vacaciones –las disfruta en septiembre porque hay menos agobios y los precios vuelven a su ser- da cuenta de algunas exquisiteces –ahumados, *cakes*- con que el Parador le tienta. No se priva en el almuerzo de los sabrosos embutidos artesanos, de las jijjas, de los cremosos quesos que sirven de entrante, ni de la menestra de verduras, de la afamada trucha con torreznos, de la ternera autóctona o del tierno lechazo.

Pesca Diego en temporada, y el sedal es el hilo que le une a la naturaleza; durante horas observa el fluir del río, el constante temblor del líquido embalsado. Los cursos raudos o los recodos quietos reciben su paciente insistencia, sus lanzadas repetidas, anzuelo recubierto de cebo, pericia de las manos entrenadas. Lima el arponcillo, rebaja las puntas

destinadas a hacer presa, buscando que los peces puedan escapar o resulte sencillo soltarlos. Domina las corrientes interiores del país, y las del noroeste; en cada ribera conoce puestos dueños de un largo historial de excelentes capturas. Es comprensible que aquí se encuentre a sus anchas; tiene muy a mano ríos trucheros y nada menos que cinco pantanos – Compuerto, Requejada, Camporredondo, Aguilar y el propio de Ruesga- poblados de carpas, barbos y lucios.

Considerada a grandes rasgos, pintada a brochazos groseros, su existencia se puede definir como una rutina salpicada de algún que otro imprevisto. Una vida que proviene –herencia de la madre- de su manera de ser: tranquila, resguardada; pero, hay que reconocerlo, algo tediosa. De lunes a viernes, desde las cinco de la tarde a las once de la noche, ejerce de bibliotecario en el Ateneo. En el tiempo libre, el suyo de verdad, cuando puede hacer o no hacer, como los gustos no cambian, hace o no hace con una regularidad predecible. Satisfecho del equilibrio conseguido se resiste a ampliar su infrecuente horario de trabajo. Cedió las mañanas de los sábados -da charlas a escolares acerca de los fondos, sobre el interior rico de los libros- pero será por poco tiempo, pues participó en el concurso convocado por la Biblioteca Pública del Estado -sita en el mismo centro de León- con el fin de proveer una plaza de facultativo que le viene como anillo al dedo.

Por defenderse de la rutina, en Cervera, deja que el azar mande. Unos huéspedes con los que congenia, tratan de seguir la ruta de las ermitas rupestres; le invitan a acompañarlos y acepta encantado. Fueron los eremitarios horadados en piedra arenisca y la austeridad los hermana. Partiendo del Parador, el más próximo es el de San Vicente, en Vado; aunque en el entorno de Aguilar pueden verse, entre los bien conservados y aquellos que sólo son ruinas o vestigios, al menos otros diez. La ermita



de Olleros, una de las más bellas de la península, excavada en el siglo X, está dedicada a los Santos Justo y Pastor; y al lado aparecen dos habitáculos rupestres. La de San Pelayo, en Villacibio, por sus reducidas dimensiones resulta muy apropiada para la meditación y la penitencia. En Villarén, a los pies de Monte Bernorio, dan con la de San Martín, de planta irregular. Visitando ermitas, lauras y necrópolis ocupan dos días completos.

Diego permanece soltero y está a punto de celebrar el trigésimo cumpleaños. Tuvo amores limpios que no se concretaron; y no es que la indefinición viniera de su amor a los libros o de la búsqueda reiterada de afluencias; porque está convencido de que la conquista del afecto femenino justifica la lucha denodada y el esfuerzo permanente. Alcanza la mujer momentos sublimes que es necesario aguardar en silencio y sin desánimo. Un día y otro a su lado; dando cumplimiento a los deseos nada más percibidos, observando sus ojos y la unión de los labios porque allí aparecen las señales: si brillan como dos luceros, si se impregna de finísima saliva, es el momento. Suave como plumas de polluelo, aflora la hembra esplendiendo su sinuosa superficie, su desierto de colinas doradas, sus oasis. Perfumada con olores que le vienen de su femenina condición, encarna la mujer la tierra prometida y el paraíso del que fuimos arrojados; y si la amamos como le gusta ser amada, nos premia acercándonos la vida eterna hasta el presente, concentrada en breves períodos de tal intensidad compensadora que, de no estar aclimatados, sucumbimos. Es consciente Diego de todo ello, y no renuncia a habitar el edén durante extensas temporadas.

La soledad es en el hombre carencia, debilidad, imperfección, defecto; pero también cañal que, dando salida a las células muertas, purifica los propios contenidos y revitaliza el organismo. De manera tan

contradictoria camina, debatiéndose entre la felicidad estática y el doloroso progreso; para qué la una sin el otro, para qué los dos por separado. Diego trata –con frecuencia en vano- de conciliar los extremos. Ante esta realidad incuestionable, en el albergue “Fuentes Carrionas” pega la hebra con cualquiera y hace amistades fácilmente. De esa forma va tras el arte románico que se conserva en la comarca, acompañando a unos estudiantes de arquitectura que acaban de llegar con ese objeto. En Aguilar recorren el Monasterio Cisterciense de Santa María la Real, el Museo del Arte Románico y la Iglesia de Santa Cecilia. En San Salvador de Cantamuda ven la Colegiata, de finales del siglo XII. Van a San Felices, a San Cebrián de Mudá, a Salcedillo y a Villanueva de la Torre, villa medieval que cuenta con la bella estampa del campanario de su iglesia románica. En Santa María de Mave aprecian el Monasterio del siglo XII, en San Andrés de Arroyo, el claustro; y en Moarves, el friso de la Iglesia. Los estudiantes continúan por Frómista, Villasirga y Carrión, y él los sigue empapándose de sobriedad y belleza.

Vive el bibliotecario frente a la “Docta Casa” –llaman así al Ateneo madrileño- en una buhardilla dotada de claraboya y amplios ventanales. La luz lo envuelve todo; se diría que es la piel de los objetos. Domina la mirada, desde la atalaya de cristal, tejados incompletos y calles troceadas; fragmentos de vías y de plazas que, embalados de modo adecuado, pudieran ser enviados al extranjero. En su lugar colocarían, en expresión máxima de intercambio, otros llegados de fuera: un barrio de Shanghai, dos cuadras de La Habana.

En el Parador ocupa Diego una habitación individual: quiso la fortuna que un asiduo anulara la reserva, y llegó él a tiempo de beneficiarse de un precio más ajustado a sus posibles. Es amplia y luminosa, y se nota que el buen gusto era prenda del decorador. Abre un

balcón a la naturaleza, y el aire puro ensancha los pulmones del huésped, hechos al contaminado ambiente de Madrid. Hasta un libro de relatos, obsequio de los hospederos, le tienta sobre la mesita de noche; de modo que no echa de menos su buhardilla. En la página sesenta y uno, el cuento titulado “La cuestión baladí del vespertino amanecer”, le distrae con provecho hasta la hora de la cena. Acogedor y recio, el edificio ennoblece su interior con revestimientos de madera y un mobiliario acorde. A dos pasos se halla Cervera, la Cervaria romana; ¡bien vale la villa una visita! De la importancia de su pasado dan fe las ruinas de tres fortalezas, la Plaza Porticada y las numerosas mansiones: casonas de piedra blanca, dotadas de blasonados escudos y aleros de roble, que realzan las calles. La iglesia gótica de Santa María del Castillo, sobre un altozano, resulta adecuado estuche para las valiosas joyas que guarda.

Sucedió en la caseta que en la madrileña Cuesta de Moyano posee Riquelme; un conocedor del complejo mundo de los afanes humanos, de los hallazgos y las decepciones. Destinados a peritos en rarezas, ofrece volúmenes que lucen su precio alto marcado en la solapa, desgajados de bibliotecas puestas en almoneda por los herederos legítimos, ávidos de hacer oro sus derechos. Al lado presenta otros tales de encuadernación esmerada, leídos, releídos; dueños de páginas que aparecen con los bordes tostados hasta donde la luz penetra. Y por último, un aviso invita a revolver en un cúmulo de variopintos ejemplares, rimeros unificados por el atractivo precio de la oferta: veinte duros la unidad. Gancho, llamada de atención manuscrita sobre un cartoncillo; autores populares o desconocidos, variadísimas materias en azaroso desorden que incita a la búsqueda impaciente de la maravilla ignorada, pasada por alto a causa del desconocimiento o del descuido por quienes escudriñaron antes.

En el puesto de Riquelme fue. Lleva el librero allí toda la vida, desde mucho antes de la reforma de la Cuesta. Estuvo amable y, en el acto de la compra, facilitó a Diego una bolsa para que portara los ocho libros.

Ya en casa, sospechando alguna utilidad posterior, quiso conocer en cual de los tres libros ya extraídos se encontraba el dibujo recién descubierto: “Las cartas boca arriba”, de Gabriel Celaya; “La otra raya del tigre”, de Pedro Gómez Valderrama; o “El siglo de las luces”, de Alejo Carpentier.

Dejando a un lado los restantes volúmenes, dedicó su atención al estudio de la cartulina. En la posición en que la miraba, mostrando el dorso, pudo leer tres líneas manuscritas: “Para que el dibujante nómada me recuerde/ con todo el cariño de Clararey/ 24 de octubre de 1.990”. El anverso correspondía al retrato, dibujado a plumilla, de una chica joven; no más de diecisiete o dieciocho años. Aparecía sentada en una silla de masiegas tejidas, a la puerta de una casa rural, de esas que se repiten dentro de una misma región en las estaciones de ferrocarril. El cabello fue entregado a un peinado corto y natural, y el flequillo enmarcaba una mirada alta, franca, abierta, reveladora de un interior bien conformado. El rostro, bello, de una armonía ingenua, resultado de mil casualidades anteriores, trasmitía una paz serena que sólo un largo recorrido alcanza; conjunto de facciones que unos meses antes habían dejado de ser las de una niña. Contradicción que reclamó con fuerza el interés de Diego, muchacho de natural curioso.

Anotados los títulos en el cuaderno de registro, se dispuso a ordenarlos sobre los anaqueles. La inexistencia de huecos obligaba a los antiguos a comprimirse, cubierta contra cubierta, para hacer sitio a los recién llegados. Sobre la mesa dejó el de Carpentier con la intención de

empezarlo por la noche, cuando regresara del Ateneo. La cartulina del retrato señalaría las pausas, por lo que la acomodó tras el título, entre las páginas cuatro y cinco, donde escribió el autor: “Para Lilia, mi esposa”.

A las once y veinte de la noche, ya aseado, se dispuso a cenar el pisto, guarnición sobrante de la comida, al que dos huevos revueltos convirtieron en nuevo plato. Un cuarto de hora más tarde, recostado sobre la almohada, inició la lectura. El dibujo, el retrato, la mujer, el rostro, los ojos vivarachos y el fulgor de las pupilas le retrasaban. Desde la cita de Zohar, comienzo de “el siglo”, se deslizó por la agradable prosa, por la calzada recta, empedrada de cuantioso contenido; dejándose ir palabra a palabra, frase a frase, concepto a concepto, tras las ideas desarrolladas cuidadosamente, gozando. Iba ya por “el 4 Floreal del Año II”, que inicia la parte XV en el Capítulo Segundo, cuando el interés sufrió un decaimiento sostenido; algún hecho concreto de la mañana pugnaba por situarse en primer plano.

La luna se mostraba llena, y el sueño, convocado, no hacía mención de presentarse. Distráíase Diego a intervalos breves pensando en la joven del dibujo; y esa mujer tan fascinadora, síntesis de la actualidad y del pasado, fue suficiente estímulo para la fantasía. Apareció ella en el duermevela: El muchacho la soñó sentada a la puerta de la casa, dominio de la estación. Caballero procedente de lejanas tierras, llegaba en un tren de largo recorrido. Sobre la plataforma elevada sus ojos crearon la iglesia en la plaza, las calles entreabiertas, las corraladas, la casa dominio de la estación, y al uniformado jefe que, haciendo sonar un silbato y mostrando al maquinista el dibujo de un círculo, daba la salida a la unidad. La descubrió entonces. Ocupábanse las manos femeninas, unidas sobre el regazo, en desarrollar la nada; y sin prisas ni pausas iban conformando - dedos eficaces, habilidosos- una nada espléndida. Se supo Diego

descubierto, pues le alcanzó la mirada de la chica, allí donde él estaba, sobre el estribo. Intuyendo la hermosura interior, la contrastada valía, descendió ligero. Una sonrisa transparente, sin dobleces, le hablaba del agrado nacido en la muchacha; y el gesto inolvidable de la cabeza moviendo el cabello, logró que la belleza se difundiera dominando la escena por completo. En este punto, cuando creía que acababa de dormirse, un sol cuajado de hogueras recién prendidas sustituyó a la luna llena, los rayos rojos y amarillos tiñeron la habitación de luz, y la luz lo despertó.

Despejado, se acercó al libro; observó el retrato con una mirada tan nítida como la de la joven, y supo que se iba metiendo en amor hasta más arriba de los ojos y de los oídos, más alto que el cerebro y el pensamiento, muy por encima de la voluntad. Comprendió que debía buscarla, encontrarla, conocerla y sumirse en su esencia, inquietante y tranquilizadora a un tiempo. Por fortuna no se trataba, como otras veces, de una locura irrealizable. Ahora quería y podía. Terminado el paréntesis que el mes de agosto supone, en los primeros días de setiembre se supo ganador de una plaza en el concurso recién celebrado, la que ocupará a mediados de octubre. La brillantez de su examen, adornado con explicaciones no solicitadas, y el aval de la dirección del Ateneo, bastaron. Disponía, pues, de tiempo para dar con la mujer dibujada con tanto realismo.

La fecha del retrato corresponde a un tiempo ido hace casi seis años; de modo que la chica se acercará a los veinticinco y su encanto habrá alcanzado el máximo esplendor. El aparente descuido de la falda sobre las piernas cruzadas, su porte elegante, su manera espontánea de posar, la unidad de firma, nombre y apellido soldados; hablan de una formación urbana, hija estudiante del jefe de estación. Las plantas que

adornan el umbral, la fresca primavera de la blusa, nos colocan más al norte, tierra de cereales y amapolas.

A un tratado de grafología y a su apéndice, un centenar de páginas desde las que se ofrece el apoyo de la sicomorfología al estudio de las personas, les llegó la hora de mostrar su utilidad. “En la escritura clara, legible, armónica, contenida en líneas bien formadas, se expresa la búsqueda de la verdad y la sinceridad de la entrega. La mezcla de letras redondeadas y angulosas, revela una personalidad que compagina la dulzura y la afabilidad con la energía de carácter. Los signos en lazo son hijos de trazos impulsivos, y si forman bucles indican encanto, espíritu dispuesto a recibir. Su grafía, pequeña, es señal de reflexión, minuciosidad y ahorro de recursos; adorno de atractivo azoramiento”.

“Una frente amplia”, y la suya lo es, “corresponde a persona imaginativa, intelectualmente abierta a la diversidad de fuentes. Los ojos grandes y bien separados son indicio de un campo de conciencia extenso, proclive a la investigación filosófica. La necesidad de ir hacia los demás se desprende de la forma de su nariz. La boca descubre una sensualidad prometedora. El mentón, levemente pronunciado, revela la persecución infructuosa de varios horizontes en una misma lejanía”.

Estudio y acción. La búsqueda de Clara marcaba la prioridad de todo dinamismo, la dirección de la imanada brújula de Diego. Líneas que se cruzan, siguiendo el paso de los libros como pájaros que escapan del frío, él dará con ella en cualquier punto del itinerario. Aprecia en Riquelme un descuido, pero se emplea a fondo su propensión a la disculpa. Pudo comprarlos al peso o por volumen, una tonelada, dos metros cúbicos; si así fuera, queda exonerado, nadie en su lugar hubiera analizado tan compleja mercancía. La masiva compra excusa de su expurgado a Riquelme y al posible intermediario, mas no libera a quien

los compró con ilusión, los leyó con deleite y en un momento de apuro los vendió.

Ninguna hipótesis de las elaboradas por Diego se puso de parte del dibujante incógnito, persona que perdió o enajenó, cualquiera sabe, el valioso libro y, por si fuera poco, la insustituible cartulina. Hablaban sus celos de un ser mezquino y ruin; pero la natural bonhomía del bibliotecario pugnaba por salir en defensa del rival, descubriendo tras la torpe conducta una evidente paradoja. Resultaba absurdo que el lector de tales títulos, un intelectual, actuase de manera tan atolondrada.

Se encaminó Diego al territorio de Riquelme -puesto de la Cuesta y sus ramificaciones, contactos de compraventa- confiando en el librero para desentrañar el enigma. En su autorizada opinión, quien ama la lectura no vende sin causa grave aquellas páginas que le dejaron satisfecho. Recibe lotes de diversos colegas que en la busca no van más allá de su propio barrio. Concretamente los libros de los que le hablaba, por la fecha, los suponía llegados del Pasaje o de la calle Dulcinea.

-Déjame mirar, mañana te lo digo.

-He consultado mis apuntes y el de Celaya vino del Pasaje de San Ginés; dile a Antón, el librero, que vas de mi parte. Te ayudará si puede, se da mucho.

“Las cartas boca arriba”, historia de un río que cuando ya no lo espera se le viene encima el mar que tanto necesita. Uno de tres; pero el bibliotecario enamorado tenía la certeza, nacida en el corazón, de que ese iba a ser el guía.

-El inefable Riquelme, un mundo; sí, un libro de Celaya le incluí en el último envío. Releí algún poema; en otro autor, no sé, no hubiera reparado. Vente mañana; no, mejor pasado; quizá entonces sepa quien lo trajo.



-El bueno de Riquelme, un amigo; ya no nace gente así. Tengo claro lo tuyo: “Las cartas boca arriba” y algunos más, me los trajo una patrona de pensión; puede que sea la que tiene su establecimiento al cabo de Arenal, pues la veo pasar llevando bolsas repletas de comida. ¡No tiene pérdida!

“Verás como al fin voy a encontrarme ante un lector de poesía” -se dijo Diego- “ante un enamorado joven practicando su facilidad para el olvido; un idealista, quizá un poeta genuino. Ve las cosas de otra manera que el común de los mortales, con más niebla, resplandecientes. Habrá perdido a la mujer por indeciso, por teórico, a causa de la alargada espera”.

Tres pensiones hay, que se sepa, al final de la calle. Las regentan hombres y no se resarcieron de compromisos con la venta de ningún botín abandonado; al sospecharle inspector colaboraron poco. De modo que Diego regresó al Pasaje.

-Esa del moño es, la del carrito. -Señaló Antón, quien desde la escalera de mano la observaba cruzar doblada por el esfuerzo.

Con facilidad se puso el hombre al costado de la mujeruca, la saludó amistosamente tras una presentación ambigua, y acompañó su paso. Mientras le creyó un pariente que se iba a hacer cargo de las deudas, todo fueron amabilidades.

-Porque hay débitos, y largos. -Denunció con forzada solemnidad.

Compartieron ambos el acarreo de los bultos hasta el tercer piso de un edificio situado a la vuelta de la esquina, y en tanto limpiaba unas verduras de hojas verdinegras ricas en calcio: acelgas, espinacas; recuperado el resuello, la patrona le fue poniendo al corriente de la delicada situación.

-Hasta la semana pasada no logré alquilar el cuarto. Sume, sume. Cuarenta días vacío, el pago del anuncio, y el mes que me debía cuando se marchó por la mañana abrazado a su carpeta roja; por lo bajo, ochenta mil. ¡Eso reclamo!

-¿Los libros?, vendidos; diez o doce novelas al librero del Pasaje. Y los trajes raídos, algo de muda, el gabán, unos zapatos de ante, el paraguas y la maleta; un ropavejero del Rastro se los quedó por nada. No llega lo cobrado a veinte billetes. La diferencia, las sesenta mil pesetas que hacen el neto de la obligación, a mí se me arriman. Así que no me hable de los libros. Lo conozco poco, “hola y adiós, hace un día delicioso, la semana que viene cobraré unos paisajes”; Chema se llama, tengo la filiación completa, ¡qué se cree!; esta pensión es una casa seria: nadie ambulante, todos fijos.

Pasó Diego por ser uno de los damnificados –también los de la casa de comidas preguntaban- y prometiendo a la patrona descubrir el paradero del dibujante, la buena mujer le facilitó, más que nada para ayudarse, algunos datos de interés: la edad, su aspecto, la dirección del pueblo, casa de los padres donde una habitación desocupada le esperará mientras vivan.

“A los treinta años Chema mantiene íntegra su libertad; y yo”, se dijo el bibliotecario, “me domesticué de niño. Tiene alma de artista: con la plumilla en la mano crea y recrea; y a mí no me salían las elipses cuando en el bachillerato intentaba copiar un vaso, ¡y no hablemos de las sombras! Bueno, bueno, sin exagerar; que yo dejo un trabajo cuando ya tengo otro, mientras que él gana lo imprescindible si logra vender sus dibujos. Yo cierro la buhardilla que ha sido mi casa durante diez años para vivir con mi madre en León, ciudad de mi añorada adolescencia: maravillas de la Catedral y la Basílica de San Isidoro, el hostel de San

Marcos –fachada plateresca, claustro renacentista y barroco, iglesia y sacristía- donde, admirado, veía yo llegar en sus cochazos a los señorones, agradeciéndoles con una sonrisa la peseta que me daban al abrirles la puerta. *Chema es un bohemio; los últimos meses iba desaliñado, se retrasaba en el pago y apenas salía de la habitación*”. En su razonable interior comprendía Diego que el interesado juicio de la patrona era injusto con el dibujante, pero se apropió de las palabras de la posadera tratando con ellas de inclinar la balanza hacia su lado.

En menos de tres horas, la autopista primero y la autovía después lo pusieron cómodamente frente a la ciudad de Palencia. La carretera comarcal que atraviesa el Cerrato lo dejó en Vertavillo: un centenar de casas formando calles angostas, alguna plaza, un airoso arco, un rollo severo; todo bien cuidado, mirando al valle. Los padres, ya mayores, esperaban una carta, una llamada a la fonda “que nos avisa en un santiamén”. Hablaron ellos de enfermedad, más bien de achaques; de las piernas desobedientes, de los análisis revueltos.

-Es un buen muchacho. Le hizo mucho daño lo de Clara,. Desde entonces, ya ve, no para en ningún lado más de tres meses; que si Andalucía, Cataluña o Galicia, que si París, Londres o Roma. La chica resulta muy joven para él, seis años por lo menos; ya se lo decíamos, pero había perdido el sentido: tan guapa, tan distinguida... La trajo un verano cuando pensaban casarse. Simpática como ella sola; cariñosa, discreta. No supimos si hubo otro; le dio largas y ya no fue el mismo. Sale con chicas, eso dice; pero en seguida se cansa.

Encontraron un elemento de confluencia en la barba; más corta la de Diego, más cuidada; y creyéndole amigo de su hijo desplegaron ante él los preciados recuerdos: fotografías del niño haciéndose mayor, del muchacho que se va; cuadernos de la escuela, sus dibujos. Al abrir las

carpetas aparecieron calles estrechadas por los aleros, balconadas, el rollo romano, arrugados rostros campesinos, y estudios de Clara, estatua en un pedestal. Los ancianos pasaban tardes enteras –dijeron- revolviendo el arcón donde Chema guarda sus cosas.

Remontaba el río Diego hacia el origen, y los afluentes, caudalosos, eran sólidos argumentos que le hablaban de la corriente principal. En un tiempo de nada, retrocediendo, se presentó en Dueñas. Descendió del coche en la estación; vio el dibujo de la cartulina, vio el lugar de sus reiterados sueños. Qué vacío el espacio sin la presencia de la joven, qué etéreo el aire, nada el día caluroso.

-¿Clara Rey?; ¡ah!, la pequeña de Eustaquio y la Fermina. Debieron de tenerla siendo ya mayores. Se hizo maestra en la capital, y al acabar, según tengo entendido, marchó a Madrid para ampliar estudios. Me parece que trabaja en un pueblo de la Montaña; vino cuando la jubilación y se llevó a los padres a Palencia; viven en la plaza de Cervantes creo recordar. Pero no me haga mucho caso, a Eustaquio le sustituyó mi marido, nosotros vinimos de Miranda de Ebro, no sabríamos decirle.

En el arca de afectos descubrió el bibliotecario un hueco oscuro, violetas y jazmines alejados de los vivos colores, un arroyo imposible de saltar. Su interés se centraba en Clara; ponía energía y voluntad en descifrar su compleja presencia, la mirada que lo dice todo ocultando otro tanto, la boca que parece prometer el infinito y reservarse el cielo.

Ya en Palencia, a pie por resultar más práctico, dejó atrás el armónico edificio del Instituto “Jorge Manrique”, el parque de Isabel II, la acogedora calle Mayor, el bello edificio de Correos, la espléndida catedral, el firme hospital de San Bernabé; andando, preguntando, rectificando, siendo orientado; dando por último con los desafortados edificios de la plaza de Cervantes.

-Chema es un hombre de mundo que ha comido hogazas de cien hornos lo menos. Y por si fuera poco, aventaja a nuestra hija en unos años. Razonable, generoso, lo suyo es de todos; un pedazo de pan, en cualquier lugar cuenta con amigos. ¡Ah!, y un artista en eso del dibujo. Clarita, una cría descubriendo la vida, se enamoró sin remedio; la vimos crecer con él, hacerse mujer, madura, reflexiva, acortar metros a la diferencia de edad. Se quisieron de veras. Él estuvo en casa por la feria de San Antolín y no vea, se portó como si nos conociera de toda la vida, mejor que un hijo: nos llevó a todos los festejos, a los toros inclusive. Tenía unas ocurrencias chocantes que nos hacían reír a carcajadas; siempre estaba de broma. Cuando lo dejaron nos dio pena; debió de pasarlo mal, ¡pobre muchacho! Los dos; porque Clarita no ha vuelto a llegar a nada serio con ningún pretendiente. Amigos, ¡ya ve! Vive en Cervera de Pisuerga; arriba, en la Montaña. Se hizo maestra, ¿sabe?; y al acabar estudió Turismo en Madrid. Habla tres idiomas correctamente y tiene un cargo importante en el Parador “Fuentes Carrionas”. ¡Ojalá! tenga suerte y encuentre a su amigo; no creo que ella pueda ayudarle, aunque ¿quién sabe?

-Eso, ¡quién sabe!

Disfruta Diego las vacaciones, y lleva una semana alojado en el Parador de Cervera. Ha convertido el albergue en centro de sus recorridos, y va descubriendo la belleza de cuanto le envuelve, artificio y naturaleza. Desarrolla una actividad febril y adquiere innecesarios compromisos que le tienen ocupado. Y todo por miedo a encontrarse con Clara y tener que tomar una decisión difícil.

Aduciendo la reciente visita hecha a los padres, nada más llegar al Parador preguntó a la gobernanta por la señorita Rey, y obtuvo una respuesta que le dejó indeciso: “La subdirectora está fuera: la han

trasladado y dispone de dos semanas para mudarse. Es mi amiga; si ha de darle algún recado, sepa que su casa es la que linda con la casona del Camarero de los Condestables; Chema está con ella, puede que todavía no hayan acabado de empaquetar”.

En estos momentos de paréntesis, Diego sueña río a Clara, afluencia atraída por el desnivel. Cae en cascada la muchacha diluyéndose en el hombre, incorporándose indefinidamente a su esencia. Pero una vez despierto reflexiona, y la reflexión pone cordura en lo soñado. Se ve remiso a perder su equilibrada forma de vivir, su bien administrada autonomía. No ignora que Clara iniciará reformas esenciales, cuya consolidación puede precisar mayores ingresos. Se imagina extendiendo el trabajo a las mañanas, y percibe el franco retroceso de la pesca, la lectura y las visitas a las librerías de viejo. Toda su sabia filosofía, producto de años de depuración, mira a Clara con recelo.

Al llegar el jueves no existe ya actividad cultural o lúdica que gane en trascendencia a la visita. Cuando Diego se dispone a salir, el sol envía en sus rayos una luz blanca y transparente que empalidece las paredes de la habitación, resaltando la oscura sobriedad de los recios muebles castellanos. Es día de mercado en Cervera, y retrasa el encuentro observando en la Plaza Mayor los soportales, las pétreas columnas, la casona de don Félix de Cossío y los artículos expuestos. En el momento de pulsar el timbre de la casa un reloj da las once; quizás el de la parroquia de Santa María del Castillo. Al instante la puerta se abre dejando el justo espacio para ver una cara barbuda: el oponente, el rival.

La explicación de Diego resulta lamentable y parejo el entendimiento de Chema, pero cree éste oír alguna palabra de las que dan confianza –Vertavillo o Cerrato- y permite entrar a la visita. Cuando el dibujante nómada propone sentarse en los cojines situados en el suelo –el

mobiliario, desmontado, aparece envuelto en lienzo o arpillera- cuando se disculpa por la falta de sillas, lo hace con esa amabilidad suya, nacida de la fe puesta en el género humano, personas de aquí y de allá; con tanta gentileza, que se apropia por completo de la voluntad de Diego. “¿Acaso no ve mi intención de arrebatarse el cariño de Clara?”: se pregunta el invitado. Ciego o seguro de sí, consigue que el bibliotecario deje de ser el traidor que pretendía, y se muestre dispuesto a luchar en buena lid. ¡Que venza el mejor! Sirve Chema una naranjada sin demandar aquiescencia, y se acomoda frente a Diego esperando explicación.

Incapaz éste de reconocer su repentino enamoramiento, relata, expurgado, lo que aquí está escrito; y utiliza un tono suave y cálido destinado a convencer al dibujante de la honestidad de sus intenciones. Al término de la parrafada oye decir a Chema: “Clara se encuentra en León; como puedes ver, estamos de mudanza”. Habla de la muchacha en tan elogiosos términos, la explica tan idealizada que, estimulando el verbo del visitante, a punto está éste de competir en alabanzas, delatándose. Iluminado por una rápida reflexión de su mente exaltada, abandona al minuto el intento porque allí, al acecho, como una víbora que ha visto un gato, como un gato que ha visto una víbora, descubre, de pronto, la raíz del problema: Chema posee de Clara una imagen distorsionada por la admiración; adora a la diosa pero le es ajena la mujer. Puesto Diego de parte del otro, pero amando a la ausente con verdadera pasión, va del egoísmo al altruismo en un periquete; y situado en la virtud, intenta clarificar la imagen que el dibujante se ha hecho de Clara, porque intuye que tales discrepancias con la realidad lo llevarán una y otra vez al fracaso. Hasta cuando Chema le habla de sí resulta su juicio un reflejo del de ella –imagen vista en el espejo- simétrico e inverso. Ahí, también, la víbora y el gato.

Explica Diego con tanto detalle la manera de ser de Clara, sus gustos y aspiraciones; que Chema, como si una venda cayera de sus ojos, entiende en ese preciso instante las razones de un comportamiento en gran parte incomprendido. Le sorprende la claridad de la idea que Diego tiene de la chica. Asegura el bibliotecario que su saber es producto del interés científico: la letra de la cartulina, la composición del rostro; y de una intuición que le viene de su raíz celta. Crecido Diego, expone con afán didáctico elementales consejos que a Chema pueden serle útiles. “Habrás de estar atento a su mudable estado de ánimo para adaptar al cambio tu conducta. Desea un hogar permanente, pero cuidado, de paredes flexibles para que lo pueda ir haciendo y deshaciendo cada día”.

A principios del pasado julio se hallaba Chema en la ciudad de Madrid sin recursos –acumulaba deudas en la casa de comidas y en la pensión- y lo que es más grave, vagaba sin inspiración, carente de la propia estima. En momento tan inadecuado, tres amigos, nómadas como él, le propusieron un viaje a Timimoun, la puerta del desierto en Argelia; irían en un vehículo todo terreno por cuenta de un suplemento dominical. Él se encargaría de las fotos –hubo un tiempo en que le interesó tal arte- y dibujaría lo vedado a la cámara. En otras circunstancias hubiera ido sin pensarlo, pero se sentía vacío y sin fuerzas. La carpeta roja formaba todo su equipaje cuando mes y medio más tarde vino a Cervera; ni siquiera portaba “Las cartas boca arriba”, libro de poemas que andaba leyendo, o el dibujo hecho a Clara en Dueñas, con el que señalaba la página alcanzada. Llamó a la puerta de la joven desde el último peldaño de la vida, acurrucado en el umbral, caído en un hoyo, enlodado. Se apiadó Clara del gato desvalido, y le dio cobijo en su seno hasta que –alimento y caricias- pudo valerse. Pasaba el tiempo amando, adorando, ofreciendo sacrificios cruentos, su sangrante corazón en holocausto; imaginando,



trazando los más bellos, los más fuertes dibujos que su pluma era capaz de perfilar, hasta llenar una carpeta azul que superaba a la roja en serenidad y entusiasmo. Envió trabajos a concursos, a revistas, a periódicos, a editoriales. Llamó a la patrona comprometiéndose a saldar la deuda íntegra y los intereses legítimos; también a la casa de comidas. Tranquilizó a los padres mediante una conferencia puesta a la fonda.

Está en los comienzos de una existencia nueva: renace de lo que fue un joven con la mirada baja, y ya nada sigue los derroteros temidos. Chema pone al corriente a Diego de sus últimas andanzas, y le hace saber que han trasladado a Clara a León -Parador del Hostal de San Marcos- donde hará las veces de director adjunto. Ha ido a tomar posesión y a buscar vivienda; él espera su llamada para partir en una camioneta con los enseres. Eso no es todo: Clara ha conseguido para Chema un encargo de verdadera entidad: realizará las ciento dos láminas que van a ilustrar una obra de envergadura, nada menos que la historia del Parador de León. Partiendo de la época en que era albergue de peregrinos del Camino de Santiago, allá por el siglo XII, llegará hasta nuestros días; y es cosa segura, pues pretende su edición la mismísima Presidencia de Paradores.

Al abandonar la entrevista y la casa, piensa Diego que la mejora producida en la posición del dibujante restablece el equilibrio, por lo que bien puede volver al camino egoísta. De modo que sonrío poniendo en el gesto una incierta malicia, una pícaro ambigüedad, incapaces de revelar si el mohín nace de los felices recuerdos evocados por el Hostal, o de las magníficas posibilidades amorosas que el futuro presenta en León.

\*\*\*

## **Sueños de un niño malo**

"Ya verás como sí, como la luna asoma y se muestra entre las nubes y después desaparece por arte de magia, blanca y amarillenta, cenicienta y pálida. Ya verás como sí", me decía mi primo Santiago, a quien trataba yo de hermano al no tener ninguno. Efectivamente, una descolorida hogaza, amasada millones de años antes, en una tahona incomparablemente mayor que las de Florentín y Diocle, se reflejaba a intervalos en los cristales, iluminando el arco valiente y el dado de piedra emplazado en nuestra esquina, punto de encuentro de Fidel, Fortu y los Melgos reunidos en animada charla.

El día en que -recostado sobre el colchón y cantando de cuajado alborozo- mi padre me traía en el carro desde el colegio, Santiago salía a esperarme llegando hasta el palomar de don Manuel o el Altillo. Durante las vacaciones iba yo a su casa o se quedaba en la nuestra después de cenar y, entonces, dormía en mi habitación.

Era verano y las noches, indolentes y cálidas, nos veían en el balcón, de codos sobre la baranda, hablando y hablando hasta que pasaban las mulas camino de la era para acarrear las nías. Incansables bestias de carga y tiro llevadas del ramal por adormecidos labradores - acaso Eloy o Geñín, diligentes en su intención de echar tres viajes- a quienes saludábamos con voz medida, cuidando de no despertar a los nuestros, cuyo sueño debíamos interrumpir a la una menos cuarto de la mañana. Cumplido el encargo nos acostábamos en camas gemelas - idéntico colchón orondo de lana, semejantes sábanas de lienzo curado, colchas azules de repetidos dibujos- y tras las palabras no dichas

desaparecíamos en la niebla que poblaba nuestros ojos. Después, persistentes, sublimación de los infantiles temores, venían los sueños. Aún hoy, de algunos me acuerdo vivamente, lúcidamente, como de aquel que denominé

“Sueño del pez de arena”

referido al pez que se diluye cada noche en la playa extendida a lo ancho de una antigua postal, enviada por algún abuelo o tío desde una olvidada guerra o milicia, situada en la sugerente África. Tarjeta guardada entre las hojas de un libro sobre Las Cruzadas, encerrado, a su vez, en el cajón de la mesa de nogal, soporte del que mi madre se servía una vez al año, para preparar el embalsamamiento de las sabrosas tajadas del cerdo. Animal renovado y constante al que yo tomaba cariño cada temporada, quizás por alimentarlo, de ciento en ciento, con una masa humeante y odorífica, mezcla caldosa de harina de cebada y salvado de trigo; o con un hervido de patatas pequeñas como ceros mayúsculos, hechos por mi mano o las de Yayo, Lalín, Arsenio, Calleja o el Bala en la escuela de El Corro, destinada a los párvulos.

Ceros titubeantes y amorfos como patatas deformes que el cochino comía deleitándose, ignorante de su trágica y cercana muerte y posterior aderezo, especiado sobre la mesa de nogal en cuyo cajón se guardaba el libro de relatos épicos y pasionales, referidos a las comprometidas aventuras de los Cruzados, que entre sus páginas amarillentas acogía la misiva, avanzadilla probablemente de un mantel bordado con arábigos motivos, desde la impenetrable África, tan a mano en el mapa. Ilustración perfilada con estilo decidido y libre, evocadora de la placidez de una playa vista en sueños, instante intemporal en que unas manos, húmedas de espuma, modelan un pez de arena diluido en las olas.

Peje escurridizo procedente de galaxias un día cercanas a nosotros, alejadas por la expansión hacia los límites del Universo, confines de la imposible infinitud en que nosotros vivimos, vecina de sí, lugar de nuestras cuitas y desvelos, territorio del pez que se licua en mis manos cada vez que los dedos lo apresan por el lomo y la cola, tratando de llevarlo al desván de mi mente, con el único fin, ignorado por él, de ponerlo a salvo del gato y de los peces grandes que, como es sabido, se alimentan de congéneres de menor tamaño. Intento nutrirlo con flores flotantes, tan minúsculas, tan imperceptibles, que se confunden con el aire constituyendo un peligro cierto, pues nadie puede respirar pétalos aunque sean mínimos, ni estambres, ni pistilos, por más que procedan de florecillas microscópicas como las que yo he palpado, caídas quizá de otro sueño que tuve la ocurrencia de llamar

“Sueño de las flores del cielo”

que trata de las flores nacidas del polen trasladado por los insectos o por el Cierzo; viento de mi niñez que los beldadores esperaban como si se tratara de la lluvia del mes de mayo. Agosteros sentados sobre las piedras planas del vallado que, mientras llegaba el soplo idóneo, fumaban cautos un cigarro haciendo pared firme con la mano, y echaban un trago de vino recién traído de la bodega situada bajo la casa del Arrabal; aquel bodegón enorme y vacío, donde yo, juzgándome templado, tenía miedo cuando se apagaba la vela, y buscaba ansioso la mano de mi padre.

Cueva a la que descendía una escalera cubierta de la abundante paja del corral, lanzada por las gallinas en su intento de lograr los granos de trigo escondidos, escarbando, escarbando, peldaños abajo, a pesar de saber como sabían, que sentados sobre los escalones algunas tardes de primavera mi padre y yo merendábamos sardinas saladas, escogidas entre

las de mayor tamaño por mi tío Saturnino –estanquero y tendero de ultramarinos- del atabal de dorados arenques dispuestos en rosa de los vientos; o comíamos jamón, curado por mi madre al humo del hogar y a las heladas nocturnas, desde la tarde inmediata a la infortunada muerte del cerdo.

Disolvíamos la sal de las sardinas y del sazonado jamón, bebiendo un vino claro y limpio, elaborado por nosotros tras la vendimia alegre de las uvas plenas, polinizadas a tiempo, henchidas, maduradas en los meses de agosto y setiembre; pisoteadas en procesión de pies descalzos dentro de la pila del lagar, prensadas aprovechando la gigantesca viga y el pilón de piedra -en mi sueño se cimbreaba tembloroso, incierto, amenazador, colgado del extremo de un tronco inacabable- haciendo contrapeso destinado a estrujar los racimos, y conseguir el derrame del mosto hasta llenar el pocillo perforado al pie. Sucede la acción en un otoño íntegro; teñida ya la tarde de tonos ocres, y de lagarejos la piel oculta de las muchachas bellas, postrado el sol a ras del suelo, cazador del horizonte en el poniente triste, tarde-noche, alfombra de pétalos y polen, aroma de flor polinizada.

Semillas diminutas suspendidas en el aire junto a finísimas gotas de agua, haciéndolas germinar aferradas al rojizo polvo del desierto africano, arena ínfima que el viento ardiente nos envía raras veces. Florecillas crecientes hasta el tamaño de una décima de milímetro, definidas, más que por su forma, apenas manifiesta, por sus colores: rojo, amarillo, azul, rosa, mezclados. En mi percepción distorsionada de la realidad las veo aumentar de tamaño sueño a sueño, flotando a la altura de un hombre de pie sobre un carro, cayendo suavemente, dignificando las piedras del páramo, las grises yeseras de Taragudo, territorio de Heraclio; realzando los pardos barbechos de la vega, las laderas del monte, las riberas fértiles

del arroyo Mayor, y los majuelos generosos de las Altas; llenando el campo de color, floreciendo el pardo y el gris, creando primavera en enero. Mis manos procuran juntar brazados y hacer acopio de gavillas, pero al cerrarse sobre la floral cosecha, los cardos traidores y las gatuñas dañinas punzan los dedos, despertándome.

Regresaba, entonces, a la incompleta vigilia, y me apropiaba de la luz apretando el extremo de la pera que restablecía el circuito. Originábase al instante el brusco avivar de mi entendimiento, intranquilo hasta confirmar la presencia, entre los pliegues de la almohada embellecida de bordados y la azulina colcha, de la revuelta cabellera y los ojos cerrados de mi primo Santiago; y una vez comprobada la compañía y el acompasado respirar de quien no tiene penas ni preocupaciones porque no ve inmediato el peligro, tornaba a dormirme, y soñaba con trompetas de plomo sopladas por ángeles llegados del mismísimo Apocalipsis, posados con un dominio propio de águilas altivas sobre el

“Sueño de la expoliación de las trompetas del órgano”

que volvía de forma recurrente y alterna, noche sí noche no, hasta el preciso y esencial momento en que los ladrones se quitan el sombrero de paja y la máscara de lienzo raído; retazo de una sábana usada, gastada, rala en los bordes, rasgada en el lugar de los ojos y la boca para que los amigos de lo ajeno vean y respiren. Trozo hermano de pieza del pañuelo que enjuga el sudor de su esfuerzo, separados ambos por la violencia de las afiladas tijeras, y nuevamente unidos durante algunos instantes -los que dura el acto de secar la piel húmeda- cuando la desnudez, necesaria para el enjugado de la transpiración, hace inevitable el descubrimiento de la frente y las mejillas; situándome a punto de identificar sus rostros verdaderos y acaso sus auténticos nombres de ladrones de tubos de

órgano. Mas en ese preciso momento el sueño tiene su fin, seguramente adelantado de alguna manera misteriosa por los mismos que hurtan las trompetas en la iglesia parroquial o por sus encubridores.

El órgano, que desde un lado del coro llega al alto techo, es bajado pieza a pieza por quienes, esmerados, lo acaban de desarmar. Descienden ocultos tras sus caretas de agosteros o atropadoras, cuidando el paso lento: pie derecho moviéndose cuando ya el izquierdo está quieto, un escalón y luego otro, de noche y a oscuras por las gastadas y crujientes tablas de la escalera, hasta alcanzar la calle donde espera en silencio un camión, o una galera de silenciosas ruedas de caucho, tirada por calladas mulas herradas con herraduras de goma; cómplices, herrador, mulas y galera, de los disfrazados que yo estoy en un tris de concretar, cuando debido a alguna acción maligna, dirigida a distancia utilizando facultades singulares, me despierto.

Deseaba iniciarlo exactamente en el corte producido dos días antes, sin conseguirlo; eternamente condenado por algún espíritu protector de los ladrones, a ignorar en su totalidad la segunda parte del sueño, esencial, repleta de claves, imágenes directas; aprendiendo, sin embargo, la primera en sus mínimos pormenores. Una y otra vez volvía a iniciarlo por el principio con distintas variaciones en los protagonistas; grupo de personas que en el sueño aparece, ofreciéndose al azar o a las matemáticas para que jueguen sus mezclas y combinaciones: un padre y tres hijos varones parecidos en el lienzo de sus carátulas; una madre con dos hijas y un hijo, dos jóvenes ayudando a sus padres. Tienen en común las permutaciones una conmovedora escena familiar, que hubiera servido de ejemplo a las generaciones actuales y futuras de ser su propósito confesable, invalidándola sin remedio el empeño puesto en llevarse lejos, a otra dimensión probablemente, las melodías elevadas hasta lo



sobrenatural de la Consagración, o las no menos sobrecogedoras del Sanctus; evitando, con su malhadada actitud, que la eufonía propicie ardores espirituales de feligreses tibios.

A pesar de su argucia, los tomadores para sí de la propiedad impropia, hallan en el pecado su penitencia. Sin duda pasan las de Caín, sudorosos bajo las máscaras de lienzo y los sombreros de paja, forzados a fundir el plomo de los huecos cilindros que con el concurso del viento logran maravillas sonoras; obligados a alimentar el fuego del horno y a ofrecer los pesados lingotes resultantes a Pedro Botero -único postor- en dilatadas negociaciones oficiadas entre calderas de azufre fundido que - como bien conocen quienes utilizan torcidas para desinfectar las carrales- exhala un hedor insoportable.

Y en ese álgido momento, con el olor a alcrebite y el calor extremo, despertaba, o llegaba sin rupturas a aquel sueño horrible conocido como el

“Sueño del niño malo iniciador de la tromba”

que a más de acongojarme me ponía remordimientos en la sensitiva conciencia, porque el niño malo era yo en la época funesta que quisiera olvidar. Mi nombre de niño malo era Pedro Demonio, puesto en justicia por una mujer íntegra, la esposa del señor Agustín, el albañil, debido a que en reiteradas ocasiones obraba mal, a veces sin quererlo, como aquella vez que junto al arroyo de Valdegayán jugaba con el perro de mi abuelo y lancé una piedra que, cual equilibrada saeta, alcanzó su objetivo: el rabo inquieto y vivaracho del can, hueso exacto sobre el que la rueda pequeña de la segadora pasó el día anterior.

Lejos de mí para intentar morderme, ladra el herido a las cañas que están cerca. Y las cañas -bien porque se asustan, que menudos ladridos

son, o bien por el impulso de los agudos sonos- entran en movimiento y con su nervioso temblor alteran la quietud del viento cercano y circundante. De tal modo vibran que causan una ligera brisa vespertina, impulsora, como en broma, de las cañas del arroyo; que, excitadas, agitan al viento que, instigado, zarandea a las cañas. Inician éstas, con su enérgico vaivén, un vendaval que dobla a las cañas hasta un punto cercano a la ruptura. Varas que, al liberarse un instante de tan alta presión, empujan violentamente al viento, situándolo al borde mismo de la galerna, y recibiendo su brutal azote en las tiñas, en las acintadas hojas y en el erguido tallo. En lanzas, flechas y arcabuces los convierten, y como catapultas lanzan el viento huracanado contra los árboles y las paredes de las casas, de las casetas, de los palomares, de los cercados que, como los endeble naipes de las casitas infantiles, se desmoronan.

Íntegros tejados cruzan las calles, perros y gatos huyen despavoridos, hombres, mujeres y niños son alzados en volandas por el ventarrón, y dejados caer sin ningún miramiento. Relación que es tan sólo una muestra de efectos de la airada tromba, concluida, en apariencia, al detenerse las piedras más alejadas junto a la pequeña parva del arroyo. Renovada súbitamente al quedar una de ellas, y no precisamente la mas liviana, sobre el rabo dolorido del perro, cuyo aullido mueve a las cañas que habían tornado al reposo y, al moverse de nuevo, agitan al viento motor de las cañas, y así, tiempo y tiempo, hasta que de las paredes no queda piedra sobre piedra ni adobe sobre adobe, y nada hiere al dolorido rabo y todo se calma.

Sosegado el entorno abandonaba el sueño, como si el sosiego no fuera de mi interés o me escociera la conciencia, arrepentida de la época en que yo era un niño travieso y, sin querer, ofendía. Por esta razón, tratando de mejorar mi ánimo, me alejaba hacia otro sueño que llamo

“Sueño de la ermita de los desesperados”

iglesia de erguida espadaña, edificada hace cientos de años por piadosas gentes que, en añadidura, plantaron los árboles del Rabanillo, cuya fronda cortábamos los chavales -ramas verdes de hojas nuevas- transformando las de grosor adecuado en chiflitos. Dábamos valor al sobrante doblando arcos de enramada en las calles recorridas por el Santísimo -interior sagrado de la custodia de plata- el día del Corpus; y por el señor Obispo, repartidor de sopapos llegado el momento de la Confirmación.

Chopos y ermita eran testigos, la tarde de los jueves, del sorteo abastecedor de chavales a dos bandos opuestos, moros y cristianos, dirigidos por don Roque, el maestro bueno que venía de Monzón en bicicleta. La tarde gozne de la semana olvidábamos la enciclopedia y el "paramijo", para convertirnos en héroes de simuladas aventuras. Descendíamos por el interior de la chimenea negra y roja al horno de la tejera romana -fuego extinto hace veinte siglos- atacándonos con toscos palos a modo de espadas y lanzas. Disputábamos luego el resumido campanario, y los valientes que allí se encaramaban sustituían el culto de los vencidos por el de los vencedores.

Santuario ceñido a las novenas encargadas por cofradías devotas de la Madre de Dios y de su hijo el Cristo Crucificado; propio -por razón de proximidad con el Camposanto- de las misas de difuntos, repetidas hasta conseguir la eterna salvación del encausado. Solemnidades celebradas frente al altar mayor, consagrado a la Virgen del Consuelo, refugio final de los desahuciados por el médico del pueblo y los especialistas de la capital. Rodean su efigie múltiples ofrendas de apariencia inquietante, que

en mi mente nocturna, en mi sueño agitado, llenan la estancia y pueblan la cama.

Cuelgan los exvotos del techo del altar, cubren las paredes, abarrotan la bóveda sobre la imagen venerada de la Virgen. Cabezas, piernas, brazos, niños enteros semejando infantiles muñecos de figura patética, que en la pesadilla invaden el dormitorio y se alzan hasta donde yo estoy, asiéndose con fuerza a mis manos, a mis pies, a mis cabellos; hasta que la Virgen del Consuelo -inspiradora de fe tan desmedida- los aparta y me arropa restableciendo la calma.

Ofrendas hijas de ese crédito inextinguible que mueve montañas, alegóricas donaciones como la muñeca de madera colgada más alta que ninguna, correspondiente al cuerpecito de la niña que en un descuido de su madre, mientras enroja la trébede de la estufa, prende sus ropas en la más violenta llamarada -cambiante, esquiva, devastadora, amarilla, rojiza- y arde como una antorcha, víctima inocente en inútil holocausto. Crepúsculo escarlata cuyo significado los médicos no saben descifrar, dadas las confusas explicaciones de la angustiada madre, que teniendo siete hijos más quiere viva a la infanta, y entra en las llamas como si fueran las aguas de la acequia. Sale al instante, forzada por el insoportable vulturno, y cuenta que el encargado de los trueques no admite el cambio de su vida por la de la hijita, inmolada sin objeto en el ara de la hornacha.

O como aquel pedazo de madera labrado a mano usando un cuchillo doméstico, representación fiel de un torso masculino, armónico y vigoroso, esculpido y donado a la ermita por una moza a la que de pronto poseyó una manía incurable, tras ser durante veinte años sensata y reflexiva. Conmovedora historia recreada por mi mente, inquieta de suyo, en el

Sueño de la muchacha que va con frecuencia al río

en busca del mozo que representaba el papel del novio en el teatro de la vida, quien en un momento muy apurado decidió iniciar la estirpe de pobladores de las aguas. Creyó de buena fe el joven que las profundas simas arañadas por los remolinos, guardaban la llave del equívoco y podían demostrar mejor que él su inocencia. Pensó que el líquido fluido disolvería la calumnia como si se tratara de los dulces terrones traídos de la azucarera, al reemplazarle el compañero del siguiente turno y salir corriendo, corriendo, impulsado por el deseo irrefrenable de ver a la novia.

La moza toma cada tarde el camino de Husillos y baja la cuesta con un sentimiento cambiante, movedizo entre la esperanza y el abatimiento. Arrepentida del crédito dado a las hablillas que lo dibujaron amando a otra; pesarosa de la momentánea duda que la hizo mostrarse hosca con la sangre de sus venas y el aire de sus pulmones; camina como si no existieran más galanes, como si la vida se fuera apagando en cada vela consumida ante el altar de la Virgen del Consuelo; como si creyera ajada y pálida la tersa y rosada piel y la edad se manifestara gris en sus dorados cabellos. Llega a la orilla, busca en la agitada corriente y no ve con claridad el amor que la estimula; no se muestra con total nitidez pero, en ocasiones, el torpe torbellino semeja un rostro, un cuerpo hundido en las revueltas aguas que arrastran tierra de torrenteras desnudas y estériles.

De vez en cuando se bosqueja el semblante sereno y el talle joven que, atraídos por el profundo silencio de los misterios oscuros, navegan río adentro hasta el centro de la tierra. Se evapora en el núcleo el jugo de las nubes cuando toca el fuego volcánico, y sube lentamente formando burbujas, violentos borbotones simuladores de un rostro identificado por la moza, que toma confianza en el hallazgo y regresa de nuevo a la

corriente en busca del prometido, diluido en el agua con el único y exclusivo fin de ser buscado por ella mil veces y otras mil más. Plena de firmeza, arrastrando su fe y su pasión desesperadas, pregunta la moza a los barbos, y sabe por ese conducto que su amor bracea eternamente entre dos aguas, una cálida y otra fría. Corrientes opuestas que no se mezclan jamás, porque si lo hicieran, los cuerpos de hombres y mujeres, jóvenes y viejos, infantes y doncellas, ahogados desde que el mundo es mundo, saldrían a flote y los que buscan perderían la expectativa.

Angustiado por el temor de estar dando cumplimiento a un sino inevitable, abría los ojos a la realidad y me agitaba durante minutos que se me hacían horas; hasta soñar con la vieja que me causaba un desasosiego distinto a todos los sentidos en mi niñez, mezcla de temor y lástima; añosa desdichada, habitante del

“Sueño de la anciana que comía barbojas del campo”

invasor de mi mente cada vez que llenaba yo el estómago más de la cuenta. Acostado en la casa solariega del barrio del Arrabal, frente al arco, escuchaba el tictac del reloj de pared, monótono e incansable, y seguía con los ojos cerrados el vaivén del péndulo, hasta caer lentamente en un sopor que progresando imperceptiblemente anulaba los sentidos. Parece ser que la oscuridad envolvente y la pesada digestión intrigaban para forzarme a imaginar las zigzagueantes andanzas de la andrajosa protagonista del sueño.

Vive sola en una casuca de las afueras, y aparece nubosa su faz arrugada, manzana marchita de áspera piel, pasada la época de vegetal esplendor, cuando el abierto bocado se llena de jugo y produce placer a los dientes, a las encías, al olfato, a la mirada. Vieja renegrada lanzadora de venganzas envueltas en fórmulas mágicas que, por fortuna, no surten

efecto inmediato. Sabe conjuros que abren los sedimentos prietos del misterio y, cuando habla sola, no hay tal; conversa con invisibles interlocutores. Existen testigos confesos que aseguran haberla oído en horriblos coloquios con pájaros negruzcos, que la responden profiriendo graznidos terribles o con lobos de ígneos ojos y aires esquivos que aúllan incomprensibles discursos.

No tuvo amores de joven y siendo ya mayor acumula odios y desconfianzas; amargura y recelo visibles en el brillo apagado de los ojos, dormitorio de su enigma. Esquivada por los vecinos que ella misma trata de evitar, camina por las orillas de la vida en común para alimentarse de gallinas enfermas que le tiran al paso: aves de corral de vientre vacío -sin claras ni yemas, sin prendeduras de macho que prolonguen la casta- víctimas de la difteria y la peste que los perros respetan y ella descuartiza con sus manos huesudas. Otros días devora, como inficionada alternativa, cadáveres recientes de conejos de ojos hinchados, inflamados globos glaucos, esferas viscosas a punto de estallar, que tratan de salir de las cuencas, de escapar de sus órbitas para irse a circunvalaciones lejanas donde la epidemia que los mata sea ignorada, evitando así un triste final al borde del camino de Valdespina, junto a los molederos de más allá de las bodegas. Lugar exacto en que ella, decrépita y repudiada, en defecto de la carne que las enfermedades le entregan, busca, para comerlas, barbojas que limpia de tierra e insectos con enérgicas sacudidas impropias de su edad, y rocía con aceite de lubricar charnelas, contadas gotas de bálsamo verde y amarillo. Vegetal sustento, manjar de menesterosa cuando los vientos frescos y saludables alejan la peste que abate a los animales domésticos: gallinas cluecas, pollas ponedoras y lucidos conejos.

Me inquieta el sueño cuando me imagino llevando a la anciana la ración de matanza en una cesta de mimbre, y en un puchero de barro el chichurro. Para llegar a su casucha he de seguir un tenebroso sendero que cruza el monte, adentrándose en las Covalañas repletas de salteadores armados con pistolones antiguos. Quédanse los bandidos la mitad de las viandas, y la vieja agradece la otra mitad con una sonrisa mal dibujada debido a la falta de costumbre. Regreso con el regalo de la piel de un cordero devorador de barbojas que la anciana -a quien el destino mostró siempre el envés- supo desollar sirviéndose de sus manos descarnadas como garfios. Lanudo pellejo que hace de alfombra tendido a los pies del lecho.

Un ruido de carros me pone en guardia, desvelándome, hasta que sumido yo en un letargo desparramado y tierno navego en círculo por la vasta noche, sorteando escollos rocosos de un mar aventado en exceso. Desde las abisales profundidades llego a interminables desiertos sembrados de diamantes gélidos y esmeraldas de un verde codiciado. En los infinitos espacios situados al otro lado de las estrellas incontables, lo Imposible y lo Inexistente se deslizan francos vistiendo sendas capas de impoluto armiño, y entablan conversación con el que Soy y el que No Soy, fundidos en una sola pieza. Del candoroso manantial de mi mente brota lo diverso en sus formas más dispersas y alejadas, líquido que mi legitimidad bebe hasta ahogar su contenida sed de figuraciones, de imaginaciones, dando rienda suelta a la nocturna pluralidad que torna al día monótono y vacío. Temeroso del alba, aguerrido y esforzado, me abrazo a los instantes seguidores del caprichoso albur; luchando a muerte en defensa de una entelequia que, aún hoy, no acierto a abarcar. Y continuo soñando hasta que me extravió en algún sueño, confundiendo los puntos cardinales durante el resto de la noche.



Cansado de tanto trajín imaginario acababa despertándome y me levantaba a las mil, cuando entraba el sol a raudales por las rendijas de la ventana, golpeándome insistentemente en los ojos y forzándome a abrirlos. Mi primo Santiago había desayunado sopas hervidas en cazuela de barro, rebañando la sabrosa tosta que tanto le gustaba. La realidad se hacía un hueco sumándose al bando enemigo, y aprovechaba mi débil posición para obligarme a poner la vista sobre su espalda polvorienta y su caminar rectilíneo. Inmisericorde y tozuda se empeñaba en hacerme seguir los marcados surcos, ajena a otras posibilidades abiertas que yo veía y ella simulaba no percibir, con afán de alejarme definitivamente de mis deseados y temidos sueños; dando fin al verano y situándome, de pronto, en el día del regreso, con la compañía grata de Honorio, Vicente y José, al internado de los frailes del babero donde ella, la realidad invariable, era señora.

Animaba mi padre a la mula Francesa con interjecciones que sólo los dos entendían, y yo, recostado en el colchón, iba dejando con aflicción creciente el viejo casón de La Hermandad, el corral de Baldomero, la Casa Grande donde nací, la Iglesia en la que fui monaguillo con don Jesús el bueno, y el recio Castillo de mis juegos más audaces, para iniciar la borrosa vista del encuentro de San Bernardo y Colón, confluencia en que imaginaba erguidos y amenazadores la torre del Colegio y el pabellón alto del dormitorio común. Incluso cabizbajo como iba, percibía detalles cada vez más nítidos, apoyada la cabeza en las manos y los codos en las rodillas, hablando tristes palabras con mi primo Santiago que, en su despedida, me acompañaba hasta el Altillo.

\*\*\*

## **El vasto casino del noventa y ocho**

Ignoro sus conocimientos en lo tocante a los casinos de socios. Por si resultara que desconocen íntegramente asunto tan complejo, les expondré en cuatro palabras mi definición. Posiblemente no es la ortodoxa, pero tiene a su favor la virtud de ajustarse a la realidad. Se trata de centros acogedores, dotados de salas destinadas al solaz de sus socios, quienes, en su interior, charlan, leen o practican juegos de mesa alejados de los personales ajetreos. Los casinos más cabales tienen algo de círculo exclusivo, un poco de ateneo y algo de sociedades inglesas. Son selectivos: prosapia y nobleza cuentan en el plácet otorgado a los aspirantes; dando a la nobleza un contenido amplio, que admite el saber aunque no vaya acompañado de dinero, y rechaza el dinero si es de acumulación reciente y camina solo. Se restringe la entrada a las mujeres, y no hay razones que vayan más allá de las confesadas: buscan tranquilidad los socios, el sosiego que no encuentran en sus hogares. Por sentado se da que los niños no tienen cabida.

Entre los asiduos puede que exista un sabio admirado por la mayoría; capaz de llevar a primer término de la actualidad los temas que aborda, únicamente por mor de su fama de entendido. Le suelen acompañar varios estrategas, que no coinciden en sus peritaciones sobre los peliagudos asuntos a los que ha de enfrentarse el país, ni en sus recetas para salir del atolladero. En ocasiones se les une un tarambana, producto del empobrecimiento físico y mental que sucesivos matrimonios consanguíneos propician; dilapidador de fortunas que le llegan desde diversas ramas familiares sin otros herederos, pero cautivador y de fácil

palabra, dueño de una crecida facultad para hacer amigos. Categoría, ésta última, en la que cabe encuadrar a don Segismundo, de quien les hablaré más adelante.

Socios hay que no destacan a diario; y otros que asisten, meramente, a la ordinaria junta general y pagan su cuota a tiempo, sin más pretensión que figurar en la prestigiosa nómina y poder anunciar tal particularidad. Fauna, en verdad, heterogénea -dentro de la similitud de casta- que contribuye, de uno u otro modo, a que tengan lugar las reputadas tertulias, verdadero motor de la opinión pública. Debo advertirles -con el solo objeto de que puedan usarlo en detrimento de la credibilidad inspirada por mis palabras- que yo soy el conserje de uno de tales casinos, concretamente del que corresponde a la clase preeminente de nuestra ciudad. Existe una réplica de tamaño reducido, un remedo conocido como el “Mercantil” -evitando por comodidad la palabra Círculo- que algunos comerciantes y oficinistas intentan, con resultado escaso, dar apariencia de elegante. En él admiten el dinero aunque no tenga compañía, siempre que vaya limpio de irregularidades. Si bien es verdad que en esto del aseo son poco exigentes, y en la prueba de admisión no participan más allá de dos o tres de los cinco sentidos. En una sola frase: llega a parecer suficiente, que se disimule la suciedad o que no desprenda olores irritantes. La nueva institución -también este apelativo le nombra, en contraposición evidente con el nuestro, arraigado en lo inmemorial- el Moderno, digámoslo así, ocupa la planta alta de un viejo edificio, aún de buen ver, situado en una plazuela recoleta que tiene cierto encanto. Una iglesiuca de ladrillo contribuye al trasiego de beatas y clérigos ante su puerta, tres bancos de madera y cuatro acacias dan sosiego a quién lo busca, y dos abarrotos facilitan el avituallamiento del vecindario. No faltan en la plaza desocupados que pierdan el tiempo a

manos llenas, ni pardales que picoteen migajas o vuelen a la copa de los árboles en cuanto alguien se aproxima. No es el palacete de tres plantas y patio interior ocupado por el Casino -piedra antigua y escudo nobiliario en la fachada, alzado en el paseo de la Acera, frente al Campo Grande- pero puede que quienes lo integran le encuentren asaz meritorio.

Conozco al portero que lo defiende de intrusos, y es buena persona; de pocas luces, pero trabajador y serio. Sé de buena tinta que lleva una participación del número 34.341, y en el cercano sorteo de la lotería le ha tocado un buen pellizco. Don Aldibundo Peña, el empresario de toros, socio del Casino, tiene a su cargo la administración que se encuentra en la calle Santiago, y fue quien lo anunció. Se da la trasmigración entre ambas sociedades, mas solo en un sentido: basta que el solicitante haya pertenecido al Círculo para que la puerta del Casino se cierre a sus pasos; y suele ser suficiente para entrar en el Mercantil, la condición de antiguo miembro de nuestra sociedad.

Mi tarea es muy sencilla, me encargo de todo; tengo un asistente, y hasta de él me ocupo. Llego al lugar a eso de las once, y en la puerta me esperan Jacinto y Encarna: el joven a quien trato de enseñar un oficio de provecho, y la señora que limpia la fundación. Debo añadir, modestamente, que desempeño las funciones de secretario desde hace dos años cumplidos; veinticinco meses y siete días para ser exacto. Sucedió, entonces, que quien ostentaba el título renunció al cargo para irse a defender las colonias. Un idealista, un quijote era según dicen, pues no llegué a conocerlo a fondo: él circunspecto y yo escudado tras el cristal de recepción. Llevado por el entusiasmo ocupé su escritorio en cuanto me fue posible; y en calidad de ordenanza se contrató a un aprendiz, un mozalbete algo tímido que separé de una veintena de aspirantes. Le di aviso para que se presentara al examen, y ensayamos juntos las diversas

pruebas hasta alcanzar un riguroso dominio; y todo porque es sobrino de mi mujer, y después de pasar tres años preparando unas oposiciones al Ayuntamiento se rebeló incapaz de sacarlas. Pese al parentesco, en el Casino, de común acuerdo, actuamos como extraños. Jacinto –tal es su nombre- debía establecerse en el cuarto de vigilancia que yo dejaba vacante, y ayudarme en lo relativo a la teneduría de libros y a la escritura caligráfica, pues sabe de oficina.

Perdonen la cisura, pero resalto este acontecimiento porque a partir de él se incrementó la trascendencia de mi cometido, y conocerlo facilita la comprensión de la historia. En mi despacho asigno las tareas al personal y estudio el correo: cartas y periódicos que deben ser valorados para actuar según corresponda. Sobre la mesa de nogal del señor presidente -situada en una habitación espléndida que por el mirador da al paseo- dispongo las cartas abiertas según un orden de importancia que sólo un experto es capaz de establecer con justeza. A su lado coloco las contestaciones pasadas a pulcro, una lista de posibilidades que no son sino sugerencias de quien domina el oficio. La sala de juntas, cuando la sesión está próxima, merece mis cuidados directos; la oblonga mesa ha de acoger cuadernillos en blanco y lapiceros recién afilados. Sitúo, bien visibles, cabe el frontispicio, un atril de lectura y un viejo encerado. Sobre los pupitres de la biblioteca y en el salón de lectura, distribuyo diarios y revistas en los que las noticias de interés aparecen convenientemente remarcadas. Atiendo en persona a las visitas; desanimando a los que desean afiliarse y no veo adecuados, o rellenando la solicitud de aquellos a quienes reconozco caballeros.

Entre esto y aquello se hace la hora de las primeras llegadas, las seis de la tarde. Don Justo -un coronel retirado, henchido de medallas y honores; descalabrado en tres guerras lo menos, que me llama Balbino y

pone la mano en mi hombro cuando me hace confidencias- suele ser uno de los primeros en presentarse. Posee acendrado el verdadero espíritu castrense, y opinión muy clara respecto a las campañas de ultramar; no hace distinciones entre ellas, lo mismo le da Cuba que Filipinas, perderemos ambas como él perdió el dedo meñique de la mano derecha, me dice muy serio. En Puerto Rico tiene puestas más esperanzas; al igual que el gobierno, confía en la autonomía recién iniciada.

Mientras Jacinto se encarga de cerrar el postigo a los intrusos, atiende a los socios que vienen y los acompaña a su lugar de acomodo, tomando pronta nota de lo que desean beber para pasar el pedido al ambigú, atendido por Ricardo, el marido de Encarna; cocinera ella de los sencillos guisos que aquí se consumen. Enraizados en Monzón de Campos, pegando a mi pueblo, en la provincia de Palencia, forman un matrimonio de sobrado acuerdo; y a más de por eso, los coloqué porque me parecieron solícitos y sumisos. Me quedo luego al tanto de las mesas, de los sillones, de los divanes; oyendo las conversaciones variadas que van creciendo en fuerza. Paseo sin intervenir de no ser requerido, y entonces, como quien no quiere la cosa, voy soltando a modo de palomas las últimas noticias procedentes de los periódicos o de los mentideros. Son los rumores mi fuerte, los que suenan más colmados; aquellos que llegado el momento previsto se hacen noticia. Aprendo mucho en mi puesto, se lo aseguro; he visto y oído, en mis veinte años largos de dedicación -desde que, con la filosofía acabada, abandoné el seminario- las historias de más trascendencia y las más peregrinas. Algún día no lejano daré gusto al deslizar de la pluma entintada sobre el blanco papel. No ha de preocuparme el estilo -ramplón o artificioso de quien no es erudito- pues el interés de las historias hará perdonar la endeblez de su

relato. A un hijo de pastores que gateó entre corderos y no aprendió a leer hasta los nueve años, no puede pedírsele más.

Afirmar que en los días que corren, Navidad de 1.897, España entera sufre pesar por la marcha de las contiendas, puede resultar exagerado; el común de la gente se ha ido adaptando a las desdichas. Por desgracia llueve sobre tierra húmeda, y estas pérdidas, de darse, formarían parte del ocaso de un sol que nos iluminó sin descanso; del fin de una serie interminable de quebrantos que en Cuba –al decir de don Justo– empezó acaso en el primer cuarto del siglo XVIII cuando la rebelión de los vegueros se apoderó de La Habana y expulsó al gobernador Raxa. No obstante, las fuerzas vivas, quienes vigilan de cerca el futuro, y los que en cavilaciones cultas pasan lo más de su tiempo, se muestran sinceramente afectados, y una gran controversia se abre en las tertulias. Hablan mucho los oradores, manifiestan con vehemencia su pensar, se lamentan de la situación, pero raramente suelen ir más lejos.

Lo que cuento en estas líneas amplía la sucinta definición que les di de un casino de socios, y no es otra cosa que lo sucedido a diario en uno de los más señoriales. La acción acontece en la admirable ciudad de Valladolid, antiguo asiento de la corte española, en cuya calle de la Verbena del barrio de San Juan habito; tan sólo a cuatro pasos del teatro Cervantes, donde ustedes tienen su casa y a mi persona para lo que gusten mandar. Urbe mediana es mi patria adoptiva, una más entre las capitales de provincia si nos atenemos al número de habitantes, pero cargada de historia como la primera. Aquí se comentan, mezclándose, las noticias más dispares: las vicisitudes de las guerras de ultramar y la huelga de los panaderos; o el robo a un tendero de sus mercaderías y el voraz incendio prendido en un establo; y cada uno las ordena en su lista particular según la importancia atribuida.



Apasionados en las discusiones suelen ser los contertulios; si bien, muy pocas veces actúan en consecuencia. Ocurre que los españoles de finales de este confuso siglo diecinueve -intelectuales, hombres de armas, individuos del pueblo llano- somos de esa manera, críticos pero pasivos; vemos derrumbarse la casa y nos mantenemos a prudencial distancia, a salvo del desagradable efecto de los escombros. Los hay que se dicen dispuestos a dar su sangre por la renovación, a favor de un futuro que a la vez sea pasado o a cambio de un despejado porvenir: regeneracionistas cargados de ideas contradictorias y muy poco prácticas. En fin, otros, como sabemos, sin abrir la boca, se alistan en la defensa de las colonias y luchan por modificar la realidad adversa.

En mis muchos años de servicio -tantos, que ya son cinco las presidencias que he conocido, y duran cuatro años- en ese tiempo largo, digo, he congeniado con todos los socios, en particular con los que una u otra vez han pertenecido a la Junta de Gobierno. A las órdenes del presidente actual, el señor don Julio Saelices, liberal, me encuentro muy cómodo y mi posición se refuerza día a día. Es un hombre equilibrado y cabal; un gran estratega que posee la virtud de aproximar sin fuerza los polos positivos de dos imanes. Del anterior, don Rufino Molpeceres, conservador, he de decir que posee un carácter lógico, práctico y escasamente intrigante para ser el hábil político que es. Liberal y conservador, don Julio y don Rufino se apoyan, turnándose en la presidencia al conseguir que los socios voten a uno de los dos, el uno de los dos decidido previamente por ambos. Siguiendo el encargo del que ostente la presidencia, acerco mi opinión a los oídos más interesantes, los pertenecientes a quienes marcan la senda a su grupo de afines.

La tarde de la Noche Buena, cerramos; y es que hace dos años no acudió nadie. En Valladolid, al contrario de lo que, según tengo

entendido, sucede en otras partes de la nación, las fiestas son muy familiares; se suspenden las funciones de teatro, y los cafés están tan desiertos que reducen el servicio a la expresión mínima. La velada se desarrolla en casa, pero con las puertas entornadas; de modo que unidos los parientes de distintas ramas, ponemos gran alborozo en los cánticos de villancicos y jotas. La cena se inicia a tiempo medido, once y treinta de la noche, minutos arriba o abajo. De esa manera el pescado se sirve antes de llegar a la frontera de las doce, y la carne, después, ya en el día siguiente; pues somos muy cumplidores de lo preceptuado por la Santa Madre Iglesia, aun en lo que respecta al mandato de vigilia. Más tarde recorreremos las calzadas tocando tambores y panderetas camino de la Misa del Gallo, que tiene sus más vistosas ceremonias en la Catedral y en el convento de monjas dominicas de Porta Coeli, templo recatado donde se adora al Niño. El día de Pascua un sol radiante iluminó la mañana, y las soleadas calles se vieron concurridas por familias enteras, animadas y conversadoras. Al salir de la iglesia parroquial de Santiago, tanto en la misa de doce como en la de una, el paseo de la Acera se vio muy concurrido. Tarde y noche, los teatros se llenaron; llegando a faltar entradas para el Zorrilla, que tenía un programa más cercano al gusto de los entusiastas del género. En la Tienda-Asilo se distribuyó una comida extraordinaria a los menesterosos, y las asociaciones benéficas repartieron cuantiosas limosnas. Hasta en los cuarteles hubo mejor rancho; sumaron los cocineros carne de un mulo a la menestra de verduras.

La Noche Vieja tuvo un discurrir distinto; después de tomar las uvas la alegría desbordó las paredes de las casas y salió a las calles, inundando la ciudad en un intento de arrinconar las desgracias, y propiciar que el año nuevo traiga la paz que con tanto ahínco buscamos. Por ser un día tan señalado, a las cuatro de la tarde di el satis al muchacho

y a la señora, puesto que a su marido ya le había anunciado la vacación al finalizar la jornada precedente y despedirnos. Lo saben de sobra, pero me gusta ser yo el que les dé aprobación, pues de esa manera parece más oficial y se van tranquilos.

Hoy es dos de enero, inicio laboral del año, y por causa de las festividades se ha acumulado la correspondencia: cartas atrasadas, avisos y diarios llegados en grupo; de modo que he de hacer un esfuerzo largo para ponerme al día. Ojeo la prensa como siempre hago, tratando de sumergirme en la actualidad. Descubro en sus páginas noticias que han perdido interés y no serán, como consecuencia, objeto de debate en las veladas. Comienzo por el ejemplar más antiguo de “El Norte de Castilla”, en parte debido a la costumbre y en parte tratando de conocer con detalle el crimen de Villanubla. Ayuno yo de referencias escritas, me veo obligado a seguir una hablilla que va subiendo de tono como la crecida del río. No estoy dispuesto a darla por buena, pues confío tanto en la letra de molde, que si no veo impresa la exposición de los sucesos -ya sea una comadre quien lo diga, ya una autoridad digna de confianza- aún no han acaecido. Uno de los jueces instructores -es voz común- hubo de trasladarse al pueblo próximo con objeto de redactar el sumario oportuno. Hoy leo el minucioso relato del diario, que da nombres, pelos y señales. Ya puedo considerarlo verdad, y estar seguro de que ha ocurrido arropado de todas sus circunstancias.

La página contigua acoge la descripción del huracán padecido durante la noche del treinta. Asegura el periodista -y es una verdad confirmada por mi experiencia- que en reducidas ocasiones se producen borrascas tan desmesuradas por estas latitudes, y menos en invierno. Cincuenta años han pasado, manifiesta, desde que se desató una tormenta equiparable con la que, hace tan sólo unos días, azotó a la ciudad.

Primero llegó una nubada impropia de los meses de diciembre y enero. Vino como a hurtadillas, tintando el cielo de un azul prieto; oscureciéndolo más a cada momento transcurrido, parsimoniosamente, con la lentitud propia del agua callada de un arroyo manso al cruzar la vega. Un torbellino la acompañaba por gusto, a manera de un galán con su dama. Iban cerca el uno de la otra pero sin juntarse, por las habladurías; él le cedía a ella la acera y caminaba entonces por la calzada, un palmo más bajo, igualando estaturas. Ambos se enseñorearon de la ciudad situando tropas en lugares estratégicos: sobre la Iglesia de la Antigua, encima de San Pablo; cubriendo de azabache la Plaza Mayor, regio salón del trono. Las techumbres enrojecían con un color teja vivo, brillante. Las gotas chocaban contra los lomos de arcilla cocida, desmenuzándose, uniéndose unas a otras para descender en reguero por los senos reverdecidos de musgo esmeralda, planta que se aferra al polvillo allí acumulado como el labrador a la tierra pobre de los páramos.

Las campanas de todas las iglesias, de todas las torres y espadañas, se reunieron como lo habían hecho las nubes, y se fundieron en un abrazo amoroso, ardiente, del que resultó una campana inmensa que no cabía en ningún campanario, en ninguna atalaya, insoportable para cualquier gozne, para cualquier picacho; y se quedó sobre el techo oscuro de la ciudad. Comenzó un repique de badajo y, al poco, se puso a doblar con energía, volteada por un gigante invisible que bien pudiera ser el viento todo que en el mundo sopla. Su sonido estaba conformado por los truenos que ensordecían las calles, las casas; cortando, nublando las conversaciones, las lecturas, los pensamientos íntimos. Agua y ruido fueron sorprendidos por la luz alba de los relámpagos que traían el clarear de la madrugada, el medio día encendido en un cielo abierto a la espuma de las olas y a la sal de las salinas. Chispazos saltaban como posesos

negados a la calma, yendo de un horizonte a otro; fuegos de artificio, hogueras de un solo instante apagadas por el agua del copioso diluvio.

Así como lo cuento creo haberlo visto, con la forma de mi relato debe de haber sucedido. Durante una hora larga, durante dos, durante tres horas largas habrá aireado, llovido y tronado como nunca antes, desempolvando la ciudad de malos humores, de ideas insanas. Ya eran las once de la noche, perfil del día; ya las doce, umbral del próximo, puerta del siguiente; ya era la una de la mañana, día último del año. Tres horas de violencia se dispersaron con sus inacabables minutos y segundos por el cielo, desde el Este hasta el Oeste, desde el Norte hacia el Sur.

Desplegó el ventarrón una colcha de encajes negros, fúnebre cobertor tejido para las exequias de la hija adolescente, afligida muchacha a quien un joven turbado por la cortedad de carácter no dijo lo mucho que la amaba. Extendió a la par un tejido blanco que cubría toda la mesa del cielo, un mantel de bodas, destinado al convite de los esponsales de la hija que, rebosante de salud, dio al enamorado el tiempo preciso para jurarle amor eterno. Una colcha fúnebre y un mantel níveo se descubrían en el cielo a intervalos pequeños, desorientando a las aves que cruzaban aturdidas las calles de tejado a tejado.

Aclaró el cielo nocturno, y durante un rato breve el negro fue menos lóbrego; llegó la luna rodeada de un séquito de estrellas ocupando una porción de cielo mínima, con la indecisión de quien reclama un derecho que no da por cierto del todo. Fue un momento, como digo, una pausa obligada en el caminar, reposición de fuerzas, planteamiento de una nueva táctica dentro de la estrategia guerrera. El viento, que zarandeaba arriba la enorme campana, quiso estar presente en el combate y llevarse un fragmento de gloria, una porción del triunfo que, con certeza, iban a alcanzar los elementos frente a la ciudad, a costa del propio hombre. Un

airón recio arrasó tejados, levantó cubiertas, derribó chimeneas, mástiles de banderas ya desgarradas, cobertizos de techado pajizo, tenderetes de feria, chozas de pobreza; desportilló tiestos que ornaban balcones, se hizo con la zona superior del campo de batalla, aliado del aguacero y del nublado. Tropa de refresco que viene a demostrar su ardor, su lealtad a la causa, entró por las guardillas de los desvanes, aulló en paneras mediadas de grano, en alcobas donde dormían las asustadas esposas unidas a los esposos valientes, quienes asidos a su propio miedo le plantaban cara a las fuerzas libres de la naturaleza. Bajó a la calle el viento y se hizo el amo; dominó esquinas, levantó aldabillas, giró fallebas, golpeó puertas mal cerradas, deslució farolas mustias, lanzó al celeste espacio sombreros y paraguas abiertos; arrancó de sus recios clavos sólidas tablas que mostraban nombres de tiendas distinguidas, carteles publicitarios que hablaban en favor de productos de contrastada utilidad; quebró postes negruzcos del tendido eléctrico como si de rubias espigas se tratara, hizo lazadas con los hilos de la luz, abatió cuerpos envueltos en gabanes, liberó de vestidos femeninos unas desnudeces temblorosas y pálidas que pugnaban por ocultarse; y como un ejército bárbaro que asola las costas de los mares, campo de sus correrías, fue acumulando un variopinto botín. El viento huracanado, subido a su propio orgullo turgente, iba elaborando con el producto de su rapiña un grosero ovillo que lanzó rodando calles abajo, calles arriba, hasta que en un reloj -milagrosamente intocado, abrazado a una torre prodigiosamente intacta- sonaron las tres de la madrugada.

Tan irreal lo vi que no daba crédito a mis ojos; es natural, los sé acostumbrados a engañarme en cuanto se presenta la menor oportunidad, y desconfiaba. Mas ahora, leyéndolo en el periódico, cualquier duda se disipa. Los sombreros y los paraguas planeaban a la altura de los aleros,

de los alféizares más altos, explica el redactor; algunas personas vinieron a caer a tierra después de haber sido izadas en volandas durante unos instantes; carrillos de los barrenderos y puestos de quincalla desencajaron sus piezas obligados por la pujanza indómita, diseminándolas por calzadas y aceras. El número de chimeneas arrancadas -prosigue el periodista- de persianas deshechas, cristales rotos, faroles apagados y otras averías análogas, es incalculable. El arbolado ha sufrido un gran deterioro en los jardines de El Campo Grande y en otros paseos: ramas desgajadas, tallos tronchados, descuajadas raíces. El servicio telefónico se vio interrumpido debido a la rotura de los hilos que el abatimiento de los postes produjo; el telégrafo, del mismo modo, sufrió retrasos y tardó en reponer las suspendidas comunicaciones. Abunda en este recuento de anomalías ocasionadas por el vendaval, la Sociedad Electricista, que asegura haber registrado en sus líneas importantes destrozos; y aunque varias brigadas de obreros intentaron repararlos, fueron obstaculizados por la propia tormenta, que rompía los arreglos recién hechos como si quisiera que lo anómalo sustituyera al estado natural de las cosas. Por esta razón, los teatros Calderón y Zorrilla no estuvieron iluminados con la intensidad de otras noches. Volcó el viento algunas casetas de los consumidores, y hubo de suspenderse la circulación del tranvía. Era ya bien entrada la mañana, cuando el barómetro comenzó a detectar el aumento de la deprimida presión.

No por anunciado con antelación el suceso deja de hacer mella o resultar indiferente; incluso convencido de su precariedad, la paz alcanzada en Filipinas me procura alegría. Cualquier español sentirá, creo yo, como dice el periódico, verdadero y hondo regocijo. Hombres y dinero sin cuento nos cuesta esta ofensiva en tierra tan remota, y está echada la suerte sobre el archipiélago como sucede en las provincias

americanas. Afirmado el honor de nuestro ejército por las repetidas victorias en innumerables revueltas de los insurgentes; embarcados hacia Hong-Kong los hermanos Aguinaldo, Llanera y otros cabecillas principales; firmada una paz honrosa en Biac-na-bató; sólo queda negociar la independencia.

Si conociera mis pensamientos don Justo, al que yo digo, porque sé que le gusta, mi coronel; me llamaría derrotista, acusándome de ser uno de tantos responsables de la pérdida de las provincias de ultramar. “Se perderán, sin duda, como se perdió mi dedo meñique; y hay que buscar la razón en los malos patriotas, en las asociaciones masónicas, en los liberales vendepatrias, y en los militares sin arrojo que capitulan para salvar la vida, sin importarles un ápice la unidad nacional y el honor de un ejército heredero de gloriosas hazañas libradas en cualquier rincón de la tierra –picachos, colinas, llanos y hondonadas- testigos de su valor y receptores de su sangre”. El revuelo derivado de los sucesivos telegramas publicados en la Gaceta, ha sido extraordinario; y la figura del artífice de la pacificación, el General Primo de Rivera, está siendo ensalzada mucho más allá de sus merecimientos. Y no es que tenga yo nada contra el militar de Estella, pero la solución de las armas se me antoja ficticia y efímera, pues las revueltas aplastadas generan un odio que se traduce en sublevaciones nuevas, más solapadas y sanguinarias, si fuera posible, que las anteriores. Dícese que allá sólo queda de la insurgencia habida, algunas partidas de tulisanes o bandidos; ignoran que el pueblo habrá tomado conciencia de la situación colonial, y llevará en su ánimo, germinada, la semilla de la independencia esparcida por Rizal y Pinar, y el deseo natural de regir su destino. Cuántos ejemplos dimos nosotros de ello a lo largo de la historia, cuántas veces sacudimos el yugo opresor,



para que ahora, descabalgados nosotros de la eterna rebeldía, no entendamos a los rebeldes.

Secundaría mi postura don Juan, el socio que llegó a ser edil de los liberales y se enfrenta de palabra a don Justo casi a diario; suelen persuadirme sus razonamientos, y con frecuencia los tomo prestados. Nos unen tres o cuatro nexos de fuste, y la gente lo ignora. Procedemos ambos de una misma comarca palentina: él, de Amusco, donde su abuelo, descendiente de vizcaínos y cántabros, representaba a una casa de maquinaria agrícola establecida en Rioseco; y yo, del Priorato de Santa Cruz de la Zarza, en el término municipal de Ribas de Campos. Aún tiene parientes en el pueblo de origen, y los visita con ocasión de las fiestas patronales; así que la tierra nos une.

Vine al mundo en una casita baja unida al molino, a unos pasos del convento de Canónigos Premostratenses. Ajeno al mérito de fábrica y adornos, en su bella iglesia fui bautizado; y siendo mi madre la encargada de proveer de óleo la lámpara del altar, y de limpiar el recinto, pasé largos ratos bajo la protectora mirada de las sacras efigies. “Crecido en esas condiciones”, me embroma don Juan, “sólo un milagro podía salvarte de la ordenación religiosa”.

Él mismo me colocó en el Casino. Pasaba en Amusco el día de San Pedro, y se acercó a Santa Cruz acompañado de unos amigos versados en arte románico. Mi madre debió de expresarle su disgusto porque abandonaba yo el seminario, perdiendo en la huida oficio y beneficio. Puede que se compadeciera de la buena mujer o que me hallara espabilado, el caso es que prometió encargarse de mi futuro si accedía a acompañarle a Valladolid dos días después. Coincidió que la Institución de la Acera de Recoletos, de la que era socio destacado, precisaba un joven de mi hechura y saber; y hasta ahora. Asimismo, di clases

particulares de latín a sus chavales, y a unos sobrinos de la esposa que lo precisaban; y como decliné la compensación económica, me regaló un traje a medida cortado en el elegante bazar “El Águila” de la calle Santiago.

Basándome menos en tales coincidencias que en su liberalismo, imagino a don Juan secundando mi valiente postura, la que recomienda cejar en el empeño de mantener las Islas Filipinas bajo nuestra férula, cerrando las heridas abiertas y la guerra en curso. Pasan de catorce mil los enemigos que han depuesto las armas, los que se han rendido a otra fuerza mayor, pero ellos mismos y los que admiran su ejemplo, volverán a intentarlo en condiciones más prósperas. Dícese, también, que al general victorioso le espera una alta recompensa oficial, y que los vítores al ejército salen espontáneos de todas las gargantas. La reina despachaba variados asuntos de su competencia en la cámara privada, rodeada de damas de compañía, cuando recibió la esperada noticia con vivo entusiasmo. Una nube de tristeza oscurecía, no obstante, el brillo de su mirada al manifestar la aflicción por los sucesos de Cuba, pues hubiera deseado recibir de allí un informe como el de Filipinas. A ese propósito responderá el viaje del liberal José Canalejas, supongo. A más de pretender elevar los ánimos de los soldados y entregar algún recado a sus jefes, querrá hacerse una idea ajustada de lo que ocurre, formarse una opinión aventajada que pueda imponer fácilmente por haber sido gestada *ibídem*. Escribe el político gallego desde la provincia de Las Villas, una de la más conmovidas por la rebelión después del Departamento Oriental, y asegura que la realidad no es tan mala como se dice en los despachos de la metrópoli.

Sin deseo manifiesto vuelve mi atención hacia la noticia del crimen sucedido en Villanubla; va a la letra impresa buscando más lazos,

consulta el ejemplar del día siguiente, deseando enterarse de lo que el informador de sucesos locales, el señor Rubio, ha podido conocer antes de dar por terminadas sus pesquisas. Resalta del texto un nombre que es toda una promesa: Felicitas. Y describe a quien tal nombre usa, como una joven en exceso agraciada, dueña de un rostro pintado mil veces por artistas de todos los tiempos, en un intento vano de retratar a la Virgen María. El pelo endrino enmarca unos ojos que son manantiales profundos donde los mozos se precipitan sedientos, buscando el agua fresca de la que una sola gota los calma. Tiene Felicitas una perfección de trazos, nariz y comisura de los labios, hoyuelos de las límpidas mejillas, que ni los cálculos más exactos logran concretar su hipótesis. Cuando se incorpora del sillón de costura, se mueve el aire con ella agitando aromas del campo: romero, espliego e hinojo. En su cabeza despierta bullen al menos cien proyectos: se imagina esposa, y en ese ejercicio lleva al surco a Tadeo las mejores tajadas de las ollas de lomo y chorizo; se piensa cosiendo a la puerta los pantalones gastados del hombre, transformando en hogar la cabaña, cuidando conejos y gallinas que al sustento ayuden, creciendo a los hijos con caricias y ejemplo. Y tiene lo que hay que tener para ser una mujer de las que hacen la felicidad de una casa: es honesta y discreta, hacendosa, limpia y ahorradora.

Qué suerte la de Tadeo, que no siendo nada le ha correspondido en el reparto de amores tal hembra. Bracero del campo, su par de mulas sale el primero a las tierras y vuelve el último, cuando ya las estrellas rodean a la luna. Es quien ara más recto y profundo, el que sube a la ajena panera más sacos de trigo; no entra en pendencia sin haber agotado las palabras, y nunca golpea a quien yace en el suelo. Carece de cantero donde sembrar unos ajos, y la casucha que habitará el matrimonio cuando se case con Felicitas, le ha sido proporcionada por un anciano pariente que se acogió

a la Tienda-Asilo. Pero cuando el amo rico le ceda en renta algunas de las tierras que labra, y sea labrador como otros, podrá ahorrar bastantes duros para comprar las fanegas de cultivo que se tercién. Fea hubiera amado Tadeo a Felicitas, pero no pone reparos a la perfección de los rasgos, le llena de orgullo; se sabe envidiado y, a veces, le sube por dentro un temor sin sentido. Desde que era una niña deliciosa le llaman a su moza los vecinos “pimpollo” y, por costumbre, así la siguen nombrando. Posee una de esas bellezas rurales, en que las maneras ingenuas añaden encanto a la suavidad de la piel, a la tersura del rostro, al perfil fino de los labios, a la mirada ancha de sus ojos bien abiertos; una de esas hermosuras campesinas que reciben innecesario refuerzo de la inocencia y del candor; antiguas pastoras tantas veces cantadas en la antigüedad. Felicitas Martín es su nombre, y el apodo está tan bien puesto que va por las calles surgiendo como surgen del capullo las flores, con tal viento en el ruedo de sus vestidos, con tal gracia en el movimiento de sus brazos y talle, con tales fragancias, que no es posible sustraerse al interés y admiración que suscita su paso. Viven en el pueblo sus padres, y un hermano que es un trasunto de ella en buen mozo. Mas Felicitas trabaja de sirvienta en casa de don Félix, el médico; allí come y duerme y, vistiéndose con poco, ahorra el jornal íntegro para hacerse un ajuar abundante.

Ramón ha visto crecer a Felicitas, con avidez le ha seguido el paso de chiquilla a muchacha, y no quiere mal a Tadeo. Sueña con la chica dos veces cada noche, y la obsesión está llegando más allá de sus fuerzas. Si pudiera, partiría en dos al mundo, lo cortaría por el ecuador con su navaja cabriterera, y pondría en su mitad a Felicitas y a Tadeo en la otra. De ese modo la tendría a su lado sin barreras, podría admirar día y noche su rostro de diosa, recibiría el agua y el aire, esenciales fluidos, de esos labios perfectos: rocío, musgo, gajos de jugosa y dulce mandarina,

sangrante coral. Podría con su posición pretender a cualquier otra, pero ha de ser Felicitas, se dice a sí mismo, o se quedará soltero.

En la sección de noticias breves, el diario destaca que en la calle de Santiago fueron decomisados ayer –se refiere al día veintidós- dieciocho pellejos de aceite de oliva. Dos empleados de la Arrendataria de Consumos, de talante grave, se presentaron en la tienda y, ante un grupo de curiosos, procedieron a su incautación. Al parecer, entró la mercancía de manera fraudulenta por uno de los portillos de la capital.

Desde la cercana Palencia cuentan que un incendio de pequeñas proporciones -prendido de manera casual por las ascuas de un brasero- ha destruido la estación de Cabañas, pueblo que se encuentra en la línea férrea que va de aquella capital a Santander. Gracias a la diligencia de los vecinos que acudieron al toque de quema, no ocurrieron desgracias personales y se ha podido salvar la documentación y el mobiliario.

Ha regresado a París la famosa bailarina Cleo de Merode, después de una estancia de cuatro meses en la ciudad de Nueva York, donde no ha tenido un momento de descanso mostrando su arte. Cuenta y no acaba de la sencillez de los americanos, de su admiración por la cultura europea. Viene encantada y es comprensible su encanto, pues trae una cantidad de dinero equivalente a veinticinco mil duros, cosechados por medio de un bien surtido repertorio de piruetas, del que destaca su famoso *petit pas*. El grueso de la suma procede de las representaciones particulares, celebradas en lujosos salones de los aristocráticos hoteles de la ciudad, a dos mil francos la *soirée*. Ha reunido la agraciada artista, a mayores, una cantidad considerable de valiosas alhajas, regalo de sus devotos.

Desde la América lejana llegan novedades de la actuación de los políticos *yankées*, que propalan insidias y noticias falsas, buscando que caiga la fruta madura, de un árbol que ellos talan poco a poco con

serruchos de podar jardines. Existe por aquellos pagos un tal mister Sherman, vecino honorable que da un buen hachazo al tronco; pidiendo, a los ciudadanos un tanto simples que por allí respiran, alimentos cuantiosos, vacuna contra el hambre que, asegura el buen señor, mata lentamente a los escuálidos cubanos de la manigua. Olvida que luchan con tanto brío los desnutridos supuestos, que ponen en jaque a nuestras fuerzas cada tres por dos. Otro compatriota suyo, mister Wilcox, desgarrar con su cuchillo de monte la corteza y los vasos subcutáneos por donde circula la savia, proponiendo en el senado de su natal Georgia, que todos los presidiarios de ese estado sean enviados a Cuba con aspiraciones de refuerzo a la insurrección, confiándolos a la disciplina insumisa del general Máximo Gómez y de don Quintín Banderas. No es de extrañar que extravagantes oportunistas de segunda línea, organicen festejos a nuestra costa, si su Presidente, don Guillermo Mc Kinley, en el mensaje dirigido a las Cámaras, presionado por la intensa campaña de William Randolph Hearst a favor de la guerra entre las dos naciones, lanza diatribas y durísimos cargos al rostro curtido del general Weiler, marqués de Tenerife. Descalifica la política española puesta en práctica por el militar, tachándola de inhumana. La prensa comenta que la solapada actitud de Mc Kinley, obedece a una campaña mucho más temible de lo que parece; su sierra, bien lubricada con grasa de castor, profundiza en la base del tallo. Califica de brutal la guerra desarrollada en Cuba por Valeriano Weyler, y de cruel el régimen de concentración iniciado en la isla por el general; pero olvida la actitud de su nación frente a los indígenas, exterminados o reclusos. Y eso no es todo, aún va más lejos el señor Presidente de la U. E. A., pues se jacta de haber conseguido de España la libertad de los norteamericanos acusados de favorecer la insurrección, y afirma muy ufano, que la subida al poder de los liberales

obedeció a indicaciones del Gobierno de Washington. Si al señor Guillermo Mc Kinley, una de nuestras gitanas le dijera la buena ventura, quizá le pronosticara un final violento, pues es bien sabido que quien siembra vientos recoge tempestades.

El domingo pasado hubo baile en Villanubla y, a lo que se oye, sonado. En este número el periódico sigue con el amplio relato del suceso que conmueve a la gente, ya que ha optado por las entregas sucesivas debido al mucho espacio que ocupa. Incluida en las alborozadas fiestas de la Navidad, se celebró el domingo, explica, una grata velada de baile. Ramón, garduña que amenaza el corral ajeno, pretendiente al trono ya conquistado por otro -como quien coloca sobre uno de los seis naipes del juego del almendrero todos sus haberes- se jugó el día anterior su felicidad a una sola respuesta. Creyendo que de las dos posibles, el sí contaba con la mitad de oportunidades, dejando al no el resto; se decidió a pedirle a Felicitas que le acompañara, asida de su brazo, a la danza. Pronto se demostró que las ciencias no cuentan cuando dicta el corazón, y las posibilidades de éxito, en las que fiaba, eran inexistentes. Siendo Tadeo el novio, y siendo ella una mujer de principios, era para ambos como si estuvieran casados, pues se habían dado palabra de compromiso ante el altar de San Antonio. En vano juró que la amaba por encima de todas las cosas, sobre todas las personas; en vano puso en juego toda su valía, las tierras llanas que dan tanto trigo, la casa solariega, los pares de mulas; en vano apeló al sentimiento y la pena, prometiendo que se mataría si lo rechazaba. Felicitas no se movió ni un centímetro de su no razonado, y siguiendo el camino emprendido, roto por dentro su ánimo, hecha un mar de lágrimas, se acostó antes de la cena pretextando algún mal pasajero.

El domingo apareció nublado, una niebla persistente se asió al suelo hasta bien entrada la mañana. Poco a poco fueron levantando los jirones de neblina restante y, a eso de las doce lucía un sol poderoso. La humedad del ambiente se evaporó, y tanto la hierba de las eras como el barro de las calles fueron hierba y barro secos. La misa pequeña se anunció casi sin repiques, tres punteos cortos acabados en un sonido romo, en dos sonos cortados, o en tres, según el orden del toque. En la misa mayor, por el contrario, voltearon las campanas, y los bancos del ayuntamiento se vieron completos de concejales, presididos por un señor alcalde orgulloso del bastón de mando. Se jugó a la tanguilla y a las tabas, se tomó el *vermouth* con aceituna y anchoa, y se comió mejor que otros días; hasta turrón hubo en los postres, y una copita de mistela.

Después del café y la partida de cartas, más allá de la merienda en las bodegas, el pueblo se abrió a las idas y venidas de chicas y chicos, juntando parejas de novios o cuadrillas de amigos. Los iniciales compases de la orquesta se escapaban del salón e iban por las calles reclutando bailarines y espectadores, pues ninguno quería ser el primero en llegar y los músicos empezaban a impacientarse. La música conquista corazones y a todo el pueblo interesa el tumulto, por eso los caminos, los cien senderos del salón de comedias, son tan transitados. A unos les lleva la intención danzarina, a otros el ver quienes bailan; comadres hay arruinando famas de mozas con sus cuchicheos, descubriendo noviazgos mentidos, leyendo las amonestaciones de próximas bodas aún ignoradas; hasta los niños, que tienen prohibido el paso, arremolinándose en la entrada, buscan la propina de los parientes mozos, para comprar con ella un refresco de orange en el ambigú contiguo.

Los pasodobles marciales ponen su ritmo endiablado en los pies y en los brazos, los desgarrados tangos abren los corazones al sentimiento,



las jotas saltarinas ennoblecen las ideas, los vales ensanchan el mundo necesitados de espacio, temerosos todos ellos de la raspa triste que marcará el final de la sesión.

Tadeo y Felicitas llegaron a su debido tiempo, pues hubo de esperar el mozo a que la moza terminara de arreglarse. Tadeo, en ayunas del intento de Ramón, se mostraba macho satisfecho luciendo a su hembra. Ramón, acompañado de los mozos viejos, se dejó caer muy próximo al descanso; venían de la bodega algo achispados, sin dar importancia, en apariencia, al asunto de las novias, principal para otros. Ya en la segunda parte, Tadeo y Felicitas encararon todos los bailables con la dedicación de quien está ajeno a la tragedia que se acerca; él por ignorante de causas y, ella, por ver que el tiempo transcurre y nada sucede. Sentado en un banco con los de su cuadrilla, Ramón llevaba de cuando en cuando la mirada perdida hacia la pareja. La orquesta atacaba los ritmos de buenas maneras, como si fueran músicos de la capital, lentos o raudos según fuera necesario, mezclando los sonos con cierta maestría.

A una hora del término, los amigos solos de Tadeo, quisieron arrastrarlo al ambigú para tomar un vaso, pues desde que tenía novia apenas se veían. No aceptaban las firmes negativas de él a ir sin Felicitas a donde hubiera que ir, al ambigú o al infierno, pero ellos eran más y ganaron. Al fin cedió a la costumbre, y la novia quedó con las amigas que aún no tenían pareja. Proseguía la música, ajena a estos manejos, y Ramón tuvo el atrevimiento suficiente para acercarse. Le pidió baile con juramento de que después de acabado -uno sólo- se iría, dejándola en paz por los siglos. Vio en el pedido Felicitas la ocasión de zanjar el problema, y aceptó complacida del trato. Fue un pasodoble corrido, y el mozo la llevó en volandas a lo largo y a lo ancho de la sala, para que todos vieran que era capaz de conseguir a la moza si se lo proponía. Cumplió la

primera parte de lo dicho, cruzándose con el novio que regresaba a su puesto. Al tiempo que la pena de los más iba haciéndose evidente dada la efímera existencia de lo bueno, a eso de la media noche les llegó el turno a la conga y a la raspa y, tras ellas, el silencio de los instrumentos musicales dejó la tarima del salón sin pisadas.

Se ha publicado un nuevo artículo del señor Pi y Margall, en el que trata muy extensamente la cuestión cubana. Es profundo y razonable, como nos tiene acostumbrados de siempre. Su opinión respecto a la autonomía está en oposición con lo que espera el Gobierno, y con la idea más extendida en el país. Cree el señor Pi, que es imposible alcanzar la paz en la gran Antilla por medio del nuevo régimen autonómico, y asegura que muy pronto nos convenceremos de lo inútil del esfuerzo hecho por el pueblo español, tratando de conservar aquella rica parte del territorio nacional. Con el fin claro de evitar grandes males y, sobre todo, la ruina de la metrópoli, Pi y Margall aboga por que, cuanto antes, se negocie la independencia cubana con los propios insurrectos que hoy nos combaten, con los que incendian los ingenios y las plantaciones. De este modo -está persuadido el autor del artículo- se obtendrán resultados beneficiosos y no llegaremos al extremo de tener que abandonar la isla por falta de recursos de guerra, vencidos. La negociación estribaría, según él, en conceder la independencia a los cubanos a cambio de que nos otorgaran mayores ventajas comerciales que a ningún otro país, y se obligasen, de un modo solemne, a pagar la deuda contraída por España bajo la garantía de la isla. El artículo ha sido objeto de numerosos comentarios y protestas, pues todo el mundo asegura que la paz vendrá dando la mano a la autonomía, al igual que en Puerto Rico. Hay un punto inadmisibles que hace inaceptable el resto de no serlo por sí: el de pactar

las condiciones con los adversarios. Probablemente sea pan de cada día en política, pero el pueblo llano no puede entenderlo.

No sé si se harán ustedes una idea exacta del pesar albergado en mi interior, temeroso de que a esta noticia, debido a sucesos más recientes, no se le preste la atención debida en la tertulia de esta tarde. Procede mi sentimiento de las posibilidades retóricas que atribuyo al trabajo del señor Pi y Margall, y a su mucha valía. Es, según creo, lo más sensato de lo dicho sobre tal asunto y durará un tiempo la polvareda levantada. Pero en el día de hoy, ya metidos dentro de 1.898, puede haber sido ganado en interés por algún hecho o dicho de Valeriano Weyler, Ramón Blanco, Sagasta o Martínez Campos, pongo por ejemplo; puesto que los sucesos, en estos momentos de incertidumbre, se producen sin descanso siendo engullidos por otros posteriores.

Veo a don Juan frente a don Justo, ambos encabezando su sección, rodeados de los otros al modo del tiro de la soga, como en las peleas de gallos de ultramar. No habrá apuestas porque son señores, no habrá jaleos de ánimo a las partes, pero no será por falta de ganas. Oigo lo que don Juan diría, de darle ocasión; y lo que respondería don Justo; enfrentados en lo dialéctico hasta no hallar ningún punto de compromiso, y situados, sin embargo, a un palmo de distancia el uno del otro en el plano humano.

-Una y otra vez hemos alzado los puños amenazadores liberando la soberanía que nos era arrebatada; buscando los cuerpos invasores cortaron el aire nuestros domésticos cuchillos, los viejos trabucos nos reventaron en las manos tratando de rechazar a los asaltantes de nuestro territorio. Contra Roma luchamos en los valles y en las montañas, enfrentados al Islam libramos la más dilatada pendencia que recuerdan los siglos, dispararon nuestros cañones a los soldados franceses. Formamos parte de un país guerrero de la libertad, un país en permanente custodia del

albedrío, y entendemos que en la eventualidad de las tierras descubiertas libramos una batalla por la independencia propia. En cada ocasión - esquina o ribazo- en cuanto observamos el más leve indicio de que intentan someternos, salta un resorte interior de nuestro pueblo y reacciona como mordido por el áspid. Sin embargo, no aceptamos la misma conducta de quienes hemos colocado bajo nuestro dominio. Estamos convencidos de que la independencia es una sola y acotada, y de entregar la que a ellos corresponde, en la misma medida perdemos la nuestra. Y no es cierto. Como la llama es la libertad, como el fuego es la independencia de los pueblos; no sólo no disminuye si encendemos otras, sino que aumenta el resplandor de la hoguera resultante y, todas juntas, se protegen de los enemigos.

No les falta a los partidarios de don Juan nada más que aplaudir su disertación. Se ve en los ojos encendidos por la emoción que están orgullosos de su jefe de filas. Pero dura un momento, porque inmediatamente quedan a la espera de respuesta adecuada de don Justo, que no tarda en llegar.

-Así es, cada día dependemos más de la opinión internacional, de lo que diga de nosotros el concierto de naciones que observa de continuo nuestro comportamiento. Los periódicos nos advierten a la mínima salida de tono: ¡cuidado, que nos miran! En el fondo, dicen: no estropeemos ahora tantos siglos de gloria, no manchemos por una simpleza nuestra brillante hoja de servicios. Es la reacción del débil, del que no confía en sus fuerzas. Un ejército poderoso nos haría libres, pero desde los Tercios no lo hemos tenido, y antes tampoco. No por carencia de soldados valientes y decididos, que nos han sobrado; ocurre que no hemos engendrado generales. No hemos sabido hacer guerras, sino guerrillas; no hemos tenido jefes, tan sólo guerrilleros, capitanes de partida. Somos individualistas, y lo exhibimos a la menor ocasión porque nos agrada ser

así considerados. Ante el enemigo no presentamos un ejército, sino veinte; múltiples facciones que serán una tras otra aniquiladas.

A lo que sus fieles seguidores, notario, doctor en obstetricia y el empresario de toros y lotero, don Aldibundo, asienten con devoción. Sin duda consideran en su fuero íntimo que ha estado el alegato a la altura del oponente, mas no se vislumbra ganador y las espadas continúan en alto. De modo que se predisponen para una larga ofensiva, quedando a la espera de la contraria andanada, como el artillero que ha disparado la suya y está por un instante satisfecho.

-Tengo para mí, que está usted en un error voluntario, cuando descubre la necesidad de un ejército fuerte.

Deja caer don Juan la frase envuelta en la sorna que le es característica, en la socarronería expresada cuando quiere acusar a alguno de mendaz, y no desea que el contrario se sienta ofendido; cuando trata de herir suavemente sin que el oponente pueda acusarle de malvado. Se trata de un solo disparo y produce el efecto de la descarga de un pelotón de fusilamiento. Cuenta sin lugar a dudas con el incondicional apoyo de los suyos: cuatro o cinco amigos, un abogado de pleitos pobres, el director de la Institución de Enseñanza y el ya mencionado don Segismundo: hijo y nieto de condes, conde él mismo, producto de la declinación que diez generaciones alcanzan casándose en familia por sumar recursos, hasta llegar en dos o tres ocasiones al borde mismo del incesto. Se sabe arropado por ellos y por el presidente, el señor Saelices, que no suele entrar en peticiones directas, pero considera a don Juan su representante en las lizas. Otro tanto sucede con don Justo y el señor Molpeceres, jefe de la actual oposición. Los generales no se han de ensuciar el uniforme en escaramuzas sin mayor alcance, pues su emperifollada guerrera ofrece más dificultades a la compostura y limpieza. Así que don Juan prosiguió

contento del resultado obtenido por su pistola de un solo disparo, por su estocada certera.

-Un ejército fuerte es contrario a la paz; el ensayo de la guerra no le basta, y como el uso de la energía es su natural estado, de no haber defensa iniciará el ataque. Es sabido que con las copiosas lluvias que agitan los ríos, enturbiándolos, los que no tienen escrúpulos, medran. Sirven las guerras a intereses bastardos de los menos, que siguen su curso desde prudente distancia. La cuestión cubana es un asunto económico desde el principio, como lo fue la Conquista. España buscaba oro para expandirse por Europa y mantenerse en América. Había emprendido una huida hacia adelante, persiguiendo retrasar el desastre de su desequilibrio entre ingresos y gastos. Todo evoluciona, y a la apetencia del precioso metal se añadirá más tarde la necesidad de materias primas para elaborar productos acabados y, siguiendo la lógica evolución, una vez abastecido el mercado interno, harán falta compradores foráneos; proceso, como se ve, puramente económico. Y los Estados Unidos, conscientes de esta histórica realidad, buscan en Cuba separarse un poco más de Europa. Ansían la posesión de toda la América hispánica y lo hacen empujando a España hacia su casa europea. Los cubanos han de saber, alguien tiene que decírselo, que cuando acaben de luchar contra nosotros, habrán de empezar a librarse de los Estados Unidos.

Llegado a este punto se paró don Juan para tomar respiro, y allí, en el angosto recodo, le esperaba don Justo con todas sus reservas y cuatro o cinco socios que habían llegado un poco tarde, a manera de tropas de refresco, refuerzos puestos a su disposición por algún aliado.

-No voy a negarlo tan rotundamente como me gustaría, pues algunos aspectos del presente navegan entre dos aguas. Puede que ahora parte de los intereses sean económicos, pero en los inicios, España fue a

América siguiendo un ideal religioso, el mismo que inspiraba la reconquista. Las sucesivas guerras libradas por el imperio en los teatros europeos, tenían su origen en la defensa de la religión. Iglesia y Estado eran uno en esos fines, aunque reconozco que se separaron cuando el Estado necesitó oro y territorios para seguir su alocada carrera expansionista.

Ante el titubeo, como una saeta se lanzó don Juan al cuello de don Justo, sin dejarlo acabar.

–No hubo una sola reconquista ibérica, como tampoco fue única la conquista americana. Cada reino, cada virrey, luchaba para sí; mirando de reojo, no la tarea restante, sino el desequilibrio existente entre lo que unos y otros habían conseguido. No era el sable, la lanza o el mosquete, la herramienta más utilizada por los señores, sino la cinta de medir, constantemente desenvainada para establecer comparaciones. Porque en el avance desparejo, en el crecimiento desigual, estaban agazapadas las agresiones que entre ellos se daban.

Entre réplicas y contrarréplicas seguirían la controversia, utilizando argumentos análogos, hasta las tantas. ¿Entienden a lo que me refiero cuando expreso mi pena porque no se discuta este asunto en tertulia? Pues si así sucediera, no tendría ocasión de tomar partido ora con don Justo ora con don Juan, soltando como por azar alguna idea oportuna en cada corro de fieles. Porque a mí lo que me llena es la discusión, la diatriba, ya que si los contendientes son razonables, es la verdad la que gana y, con ella, todos salimos beneficiados.

Un grupo de entusiastas lo ha logrado. Hace tan sólo un año parecía una quimera, y hoy existe el edificio y los dineros que en unos meses modificarán su aspecto. Tabiques nuevos irán configurando las distintas dependencias, salas, despachos y pasillos; un blanco inmaculado vestirá

paredes y techos; los robles de nuestros montes tomarán la forma de sólidos muebles, mesas, estanterías; una tienda de antigüedades proveerá los adornos. Albañiles, pintores, ebanistas, irán completando, como en un rompecabezas, la sede del Ateneo de Valladolid. Las arduas gestiones han dado su fruto, y no sólo la ciudad, la región entera gozará de un espacio abierto a la cultura, una ventana por la que entrarán raudales de luz y corrientes de aire fresco originarios de otras latitudes, renovándonos. Poetas, escritores, artistas plásticos, pensadores, y una larga relación de intelectuales, se darán en él cita para proseguir la búsqueda. Gracias al trabajo de unos pocos, muchos podrán hacer notorios sus conocimientos e inquietudes, y conocer los trabajos ajenos en fértil intercambio.

Se ha recibido en la redacción del periódico un poemario que lleva el título de Fútiles, cuyo autor es el distinguido poeta de esta localidad don Narciso Alonso Cortés. El cuidado de la forma, el valioso contenido, la fluidez de las palabras surgidas como de una fuente rumorosa y cristalina; colman de belleza el libro haciendo agradable su lectura.

Era ya la hora en que las personas cabales se habían recogido en sus lechos, incluso aquellas que estuvieron en el baile. Quedaban en pie los jóvenes a los que toda la diversión se les hace poca, o aquellos que no encontrando ninguna de su agrado vuelan de flor en flor como mariposas. De tal manera iba Ramón de corrillo en corrillo, buscando algo que no se atrevía a definir con nitidez, no fuera el caso que, definido y concreto, lo dominara. Se encaminó hacia la iglesia, pero no era el rezo lo que buscaba, sino la cantina de Juan Fernández, muy próxima. Andaba deprisa como si la sed fuera el móvil de sus pasos todos, pero quiá, ya había bebido bastante en una noche completa de tragos. Quedóse a la puerta, a la espera oculta de que saliera alguien; no alguien cualquiera, sino alguien bien determinado, el hermano de Felicitas, mozo noble y



honrado que hacía suspirar a las chicas cuando, reunidas en alguna portada intentando el zurcido de las prendas ralas, hablaban de noviazgos.

Al cabo de un rato salió; iba acompañado de un amigo, quinto de este año. Y en ese momento, como por ensalmo, surgió de las sombras Ramón haciéndose el encontradizo.

-¡Hola! cuñado, qué casualidad, ahora mismo acabo de dejar a tu hermana en la reja del médico, donde hemos estado de palique desde que ella despidió a Tadeo. Con moza tan guapa me veo a escondidas, en mis brazos tuve su talle cuando bailamos a hurto del novio, porque es a mí a quien prefiere. A ese muerto de hambre que la pretende ya le daré yo para el pelo. Pronto se sabrá nuestro amor, pues esta noche, tras el último beso, me ha prometido hacerlo notorio.

-¡Calla, deslenguado! No manches la fama de Felicitas ni nombres a Tadeo, que pisa muy alto sobre tus ruindades. Retira lo dicho o pensaré que son palabras las tuyas que dirige el vino, y esperaré a que estés sereno para pedirte cuentas.

-Apártate Emérito, deja que resolvamos solos nuestros pleitos, que los asuntos de familia no requieren la presencia de extraños. A por ti voy, cuñado, que no ha nacido hijo de madre que me acuse de mentiroso o bebido.

Con este diálogo como preámbulo se enzarzaron en un cuerpo a cuerpo colmado de ímpetu. Ramón, vacilante, confuso. El hermano de Felicitas, sereno; buscando más una defensa legítima que un ataque alocado. Diéronse puñadas, se rasgaron las ropas de domingo, y acabaron los dos rodando por el embarrado suelo. Mientras, otros quintos formaban grupo junto a Emérito, sin ver la necesidad de tomar partido. Parecía que iba a quedar en nada la disputa, faltos de disposición los contendientes, así que los observadores entraron en conversación desentendiéndose de

ellos. Mas como no es la permanencia virtud que destaque en la naturaleza, de repente, todo el panorama cambió tomando un cariz trágico. Estaban ya los quintos inmersos en sus cosas: las rondas nocturnas, el baile de la noche vieja; cuando brillaron aceros a la luz de la luna y navajas abiertas prolongaron los dedos. Fueron rápidos los movimientos que deshacían un abrazo breve. Se retiraron ambos como para tomar carrera, y el hermano de la joven hermosa, echándose al vientre las manos al tiempo de doblar su testuz sobre el pecho, hincó las rodillas en tierra. Con el paso vacilante de quien ha empinado el codo más de la cuenta o se duele en disimulo, partió Ramón del encuentro, llevando en la mano, goteante aún, la navaja cabriterera; y al cruzarse con los quintos, les dijo:

-Recoged a ese, que ya ha recibido lo que le correspondía; y sabed que a mí no se me insulta en vano.

Verdad era, dos puñaladas mostraba el caído muy juntas, y de ellas salía a borbotones la sangre. Entre tres le llevaron a su casa, mientras un cuarto mozo dio aviso al médico con extremo cuidado, para que Felicitas, allí servidora, no supiera que era su hermano el herido.

Pocas novedades se han originado en el conflicto de los panaderos. Un número elevado de expendedores de pan ha aumentado el precio a 40 céntimos desde los 36 a que se daba cada uno. En su defensa alegan que antes los panes pesaban 800 gramos y ahora tienen el kilo completo. A pesar de ese aserto, en algunas casas particulares, tratando de conocer el verdadero peso de la mercancía, han pedido a tiendas inmediatas de su total confianza el favor de pesar algunas piezas; de esta manera han podido comprobar que las vendidas bajo la base de un kilo tenían hasta ocho onzas de menos. Una vez conocido el bando de la alcaldía, los panaderos han mudado de actitud y el grueso de ellos está dispuesto a

cocer. Hay, incluso, quienes piensan amasar más que de ordinario -en previsión de que alguno no encienda el horno- y aprovechar así la oportunidad de aumentar la parroquia.

Ya eran más de las tres de la tarde y yo seguía embebecido en los periódicos. Mi joven ayudante atendía visitas o escribía a máquina siguiendo mis indicaciones, y la señora de la limpieza estaba a lo suyo en el piso de arriba. Abstraído en pensamientos insondables, volví a encontrar en mi mente a don Juan y a don Justo, enzarzados tal como los dejé en una disputa de hondura. Llegué a ellos a tiempo de oír que el liberal decía:

-Le aseguro a usted, que el problema de España estriba en que sus regiones, debido al mucho tiempo que han permanecido cerradas en sí mismas, presentan disparidades evidentes. Y usted me contesta que el problema de España hay que hallarlo en la mezcla de razas que aquí se ha dado. Exactamente al revés de cómo yo lo veo. Nuestros razonamientos avanzan en la misma dirección pero en sentido contrario. Partiendo de este punto, si somos lógicos y consecuentes, coincidiremos en la necesidad de llevar a España al federalismo; opción respetuosa de las diferentes voluntades regionales, pero solidaria frente al objetivo común.

-Disto tanto de usted en el diagnóstico de la enfermedad, que el tratamiento que prescribo ha de ser, forzosamente, muy otro. Una voluntad única y decidida es lo que pondría en vereda a este país hacia la grandeza. En las cuatro o cinco ocasiones grandiosas con que cuenta nuestra historia, así ha sido. Precisamos con urgencia una personalidad excepcional, dotada de una visión clara del lugar hacia donde debemos ir, y de la energía necesaria para llevarnos. Usted le llamará dictador y yo le llamaré guía; tampoco en torno al nombre nos encontraremos.

Como un beodo que no acierta a poner los pies en el suelo, como un herido de muerte que se duele de un daño irreparable, sin disimulo ya, sangrando, camina Ramón de casa en casa, en solicitud de socorro, en exigencia de favor.

-¡Ayuda, que me desangro! Me han herido y necesito remedio. Por caridad, abridme. Soy Ramón Asensio y me muero. Salid, atreveos a negarme una cama, un sofá, una manta del ganado. ¡Cobardes!

Con la desesperación que domina a quien ve el final de su vida reflejado en los charcos; con el abatimiento del que, apretando la herida con la mano izquierda, fracasa en el intento de contener la abundante hemorragia; desalentado, amenazando al destino con la abierta navaja cabriterera, da Ramón patadas a las puertas que por pertenecer a dueños medrosos no se le abren, y manotazos que dejan su huella ensangrentada. Ve, sumido en la desesperación de quien se encuentra solo cuando más necesita a la gente, como se corren visillos a oscuras; presiente los ojos puestos en su imagen terrible de moribundo que avanza a trompicones, y nota el respiro cálido en el vaho de los fríos cristales, el aliento contenido de los que observan y callan. Decide entonces ir a lugar seguro, donde por la fuerza del corazón le auxiliarán.

-¡Tadeo!, soy Ramón y estoy malherido. Voy a la ventana de la moza que tanto te quiere, a la reja de la mujer a quien amo más que a mi vida; ansío verla por última vez, de ella quiero despedirme. ¡Tadeo!, que seáis muy felices.

En su caminar desorientado se apoya en los quicios para tomar resuello, y a duras penas sigue su camino agónico. Va cayéndose a intervalos cada vez más cortos, levantando apenas su cuerpo arqueado. Llama en la casa de don Fernando, el fiscal, sin ninguna confianza; por eso no espera y sigue su andadura. Golpea con el puño -sin soltar la

navaja- en la ventana de la alcoba donde duerme el sacerdote, dejando el confuso mensaje de su voz moribunda. Llega, por fin, a la puerta del médico, y allí su palabra se entrecorta en un angustioso reclamo, mientras cae de su mano la navaja carnícera que queda amenazante sobre el bordillo de entrada.

-¡Felicitas!, vengo a pedirte perdón. ¡Felicitas!, vengo a despedirme; que tu hermano, por defenderte de mis malas palabras, me ha muerto. Mira si el doctor le puede asistir, que yo, enloquecido por tu desamor, lo he matado.

Caído en el zaguán, que una apresurada salida dejó abierto, tiene el herido un momento de calma después de su largo decir ahogado. Llegan Mateo, el párroco y el fiscal, a tiempo de ver con alarma el cuerpo ensangrentado y la navaja inquietante. Ábrese la puerta y aparece Felicitas explicando que el doctor ha salido en socorro de un acuchillado. Introducen el cuerpo desmadejado, sin sentido, y Tadeo le explica a su novia lo poco que sabe. Ciega la luz el pensamiento de la joven e, iluminado el camino, el dolor descende hasta el corazón, comprimiéndolo. Pretende su voluntad lo imposible: partirse en dos mitades. Un pedazo anhela correr presto adonde se pierde la sangre ofendida, y el otro, impulsado por el deber, acepta sin resistencia asistir al ofensor herido. Desconcertados, sin saber qué se ha de hacer en estos casos, entre los cuatro libran de estorbos el pecho desgarrando las ropas; bañan la piel magullada, y con algodón hidrófilo y agua oxigenada limpian las heridas diluyendo los rojos hilillos de sangre que aún fluyen. Despierta el herido de su inconsciencia, abre unos ojos desmesurados, los traslada de Tadeo a Felicitas y, con una voz que no es sino un murmullo débil, solicita indulgencia para sus actos infames, el olvido de todo el mal causado. Tras una pausa forzada por la congoja, deseándoles dicha y

prosperidad en su matrimonio, ante testigos de tanta talla como el magistrado y el sacerdote, les pide que el primer hijo que tengan, a quien desea pagar los estudios, lleve su nombre para lavarlo.

Quiere la suerte, que el doctor, hecha la primera cura al hermano de Felicitas, y habiéndolo dejado fuera de peligro, regrese en esos cruciales instantes. Su presencia tiene la virtud de serenar los ánimos alterados, y auxiliado por la circunstancial enfermera, intenta reanimar a un ser en trance de dejar de serlo, que gasta el postrer respiro en retractarse de sus nefandas acciones. La que hubiera sido su última palabra no llega a salir de los labios, porque cerrando los ojos deja caer la cabeza, y exhalando un hondo gemido expira. De manera obligada abandona a su suerte a mundo tan disparatado, donde el amor, que es vida, y la muerte, que es destrucción, caminan juntos o se suceden.

Mi vista se detiene más en los periódicos recientes, los de sumo interés, pues en ellos ha de hallarse, destacado, el predecible asunto de la tertulia de hoy. Leo los titulares uno tras otro, y sólo si descubro en ellos busilis me interno en el cuerpo de texto. Cuando acabo de hacerme con la actualidad del país, una campanada suelta, procedente del reloj de la Cámara de Oradores; anuncia el primer cuarto después de las seis. Salgo al paso rápido del coronel para desearle un buen año; y a continuación compruebo que todo está en orden: biblioteca y salón de lectura, el ambigú y la Cámara, espacio donde las charlas tienen lugar. Observo que Jacinto, circunscrito al área del vestíbulo, progresa en el desarrollo de su incumbencia; y a la pulcra Encarna en el mostrador, ayudando a Ricardo, su marido, dándole impulso.

Recibo a don Juan, a don Justo, me felicita el señor Saelices, y poco a poco el año niño muestra su andadura repitiendo los pasos del viejo. La tertulia se inicia como si las cosas que ocurren tuvieran razón de ocurrir, y

nada pudiera ser de otra forma. Se comentan los sucesos de manera que parece pesar sobre ellos el carácter de ineludibles, como si estuvieran previamente determinados por el confuso e inexplicable destino que nos abarca a todos. En los parlamentos se trata, pura y simplemente, de analizar antecedentes y prever consecuencias, de adquirir un loable saber científico; pero nadie se ve incitado a la acción, intentando eludir o modificar los efectos si son perjudiciales, de ampliarlos siendo ventajosos; nadie pone voluntad de mejora. Dejamos que el río de los hechos, por su propio impulso, hienda el cauce. Se habla de la visita del general Weyler al señor Sagasta; de si procede o no, a la vista de los hechos allí ocurridos, levantar las garantías constitucionales en Barcelona; del fracaso que ha supuesto la suscripción promovida por el Círculo Conservador, con miras a erigir una estatua al señor Cánovas tan sólo unos meses después de su asesinato. Noticias que mañana habrán perdido su vigencia, y otras más novedosas las sustituirán en nuestra atención. Así de efímero resulta ser todo, así de inexorable se muestra el olvido.

Decir que en estos momentos, principio de 1.898, finales del siglo XIX, España entera es un Casino, puede parecer exagerado. Por desgracia, aún son numerosos los ciudadanos que no son socios de ninguna entidad parecida; por no hablar de los campesinos, de los hombres del mar, de los mineros, del pueblo llano en suma, hecho al trabajo y a la opinión general sin entrar en detalles concretos. No obstante, las fuerzas vivas, las cabezas pensadoras y los que en tertulias cultas pasan las más de las tardes, sí que semejan estar metidos en la gran controversia de un inmenso círculo cultural y recreativo. Hablan mucho, manifiestan con vehemencia su pensar, se lamentan de la situación, pero no son capaces de mover una mano procurando el remedio. Y aquí estoy

yo, decidido por fin a tomar la pluma para dejar a los hijos, dos que tengo, chico y chica, el testimonio de este mi tiempo.

\*\*\*



## **El desvelado misterio de la Casa de las Ánimas**

La casa hacía esquina, y entregaba una pared a cada uno de los dos callejones que contribuía a formar, abiertos a la calle Rica por el ángulo. Recuerdo que cuando estaba en su ser -era yo un muchacho de pantalón corto- careciendo de zaguán, un portalón embaldosado de ladrillos recibía desde la calle a las visitas, y las llevaba cortés a la cocina, a la estufa tibia, a una cuadra en desuso y al patio. Se asentaban en el portal, del lado opuesto al pozo, los peldaños que subían a una panera -suficiente no siendo mansión de labradores- y a las cuatro alcobas. Moría la escalera iniciando un desván, al que no me permitieron subir por temor a que manchara de polvo mi trajecito azul de las fiestas. El pozo, tan profundo que era voz común la carencia de base que sirviera de asiento a las aguas, se perforó en tiempos remotos dentro de un cercado que daba acomodo a un palomar y a varias colmenas, populoso de romeros y otras plantas aromáticas. Al levantar la casa se valoró la utilidad del agua en su interior y los muros lo acogieron. Veinte metros de soga se tendían, que aparecía seca en toda su longitud hasta llegar a unos palmos de la herrada. Si caía algún objeto o se soltaba el caldero de su engarce, ni rebañadera ni garfios lo prendían.

Por aquel entonces –cuarenta y tantos años hace- la “Casa de las Ánimas” estaba con frecuencia vacía; los habitantes, tal vez obreros de año en alguna labranza fuerte, se mudaban a los pocos meses de llegar. No sé muy bien si partían como resultado del cese en el trabajo, o si la causa de que abandonaran la labor provenía de hacerse insoportable la continuidad en aquella vivienda. Más esto último, si hemos de hacer caso

a las habladurías. Un temor extremo habían de sentir para abandonar la secuencia de sus pasos, marchando tan aprisa y tan lejos. Fueran reales o supuestas las razones que los impulsaban, eran las sorprendidas desde su punto de observación, y ahí no podemos entrar. En cualquier caso se debe tener en cuenta que el sobrenombre de las Ánimas, indicativo de propiedad, no viene de un día o de un suspiro, sino que es el grito acumulado en decenas de lustros. Apelativo y reputación convocan olvidadas situaciones que, quiérase o no, influyen en la valoración de los acontecimientos. Pasado el tiempo, repetidos los recuerdos, acción y reacción se mezclan echándose una mano, y entonces resulta imposible distinguir la consecuencia de la causa.

Ha sido práctica corriente en las familias, que a los chiquillos demandantes de sucedidos sorprendentes, acomodados alrededor de las brasas en las anochecidas invernales, los más dispuestos de los ancianos describieran el misterio de las ánimas que dan nombre a la casa.

En el estallido de las tormentas, de sus paredes se escapaban borbotones de lamentos; quejidos de quien ha gastado toda esperanza, clamor de almas en pena que arrastran los pesados fierros de su despiadado destino.

Otros dos prodigios asegurábanse la permanencia en la frágil retentiva de los abuelos. Del penetrante pozo -brocal oculto tras la puerta de entrada- a veces surgía un agua clara y fresca que inundaba el portal, la cocina, la pequeña cuadra y el corral donde se criaban gallinas y conejos; salía a la calle por el albañal e iniciando una corriente mínima alcanzaba las malvarreales del callejón, para emprender desde allí la marcha, convertido ya en improvisado arroyuelo, y enviar su flujo calle Rica abajo al Corral del Ganado, saciando en aquel punto la sed del guarizo.

Del conducto utilizado para enrojar la estufa, boca abierta en el portal a tres palmos bajo el suelo, en ocasiones coincidentes o no con las del rebose del pozo, escapaban el fuego y el humo con peligro cierto para las personas y las cosas. Llamaradas sorprendentes y humareda que ocupaba los dos callejones, cubriendo de hollín los muebles y las ropas, ahumando las enjalbegadas paredes a la manera del curado de la matanza.

Al parecer, con una periodicidad imprecisa, se percibía en la hornacha la agitación de dos cuerpos sumidos en el fragor de la lucha, formados por las cambiantes pinceladas de unas llamas azules y blancas, amarillas y rojas; cabeza, tronco y extremidades de dos personas enfrentadas en la corriente ígnea. Se presentían dos cuerpos desleídos en el agua somera del pozo, que se aborrecían según opinión de los menos, o se amaban, en el decir de los más. Y si la visión venía acompañada de indefinidos sonos, se escuchaban entonces las quejas de quienes penan disueltos en el vivo fuego, escondidos en el terso líquido.

Volví, no hace aún diez años, en Valdepero, al lugar exacto, territorio delimitado por las dos callejas sin salida. De lo que fue la “Casa de las Ánimas” quedaba en pie el metro y medio de pedregoso muro, base sólida del conglomerado de tierra, paja y cantos -conocido por el nombre de tapial- que elevaba la pared hasta la altura de un piso sobre la planta baja. En el suelo yacían tabiques enyesados, vigas de resistente leño, tablas y tejas que antaño culminaban un conjunto firmemente erguido. Arrancadas de su engarce las fallebas, idos con ellas los contrafuertes de tabla y rotos los vidrios por unos muchachos que precisaban blancos para probar su tino; los moderados huecos de los antiguos ventanales permanecían cuadriculados por las vetustas rejas, íntegras, salvo por un ligero orín que las cubría.

Miré interesado hacia el fondo del saco que forma el callejón izquierdo, y allí estaba el viejo Severino, sedente en el deslucido sillón de mimbre, a la puerta abierta de su casa. Tutelaba el lento crecer de las malvarreales, y el sueño intermitente del asno compañero. Desde su puesto de vigía divisaba el mundo, lugar mínimo donde la calle Rica se dobla para ir al encuentro de la calle Mayor. Casi doscientos años llevaba esperando los acontecimientos, siendo testigo del viento desgarrado que aúlla, que brama, que bufa; del granizo que golpea insistente el caldero puesto a recoger agualluvia bajo el canalón, del suave descenso de la nieve mansa, de los beneficiosos efectos de los tibios rayos de sol sobre los huesos dolientes, de los equívocos provocados por la pálida luna. Inició la actividad su bisabuelo, y la hizo llegar hasta él a través de los varones; vigilantes todos ellos de los diarios sucesos desde mil ochocientos veintiocho, el año preciso en que se reabrió la mina de plata, un montón informe de tierras profundas abandonado en la orilla izquierda del camino que va a Villagimena. Casi dos siglos de continuidad en el nombre, en el testimonio y en la narración. Alguien que toma nota mental de lo que ocurre diez, veinte, treinta metros a lo largo o a lo ancho; enmudeciendo si nadie se decide a preguntar; explayándose, exhibiendo sus conocimientos complacido si alguien se interesa.

Metido yo de lleno en los menesteres de relatar pasados acontecimientos, creí conveniente dirigirme al depósito mismo de la memoria, el anciano testigo del desigual acontecer. Sin embargo, por no dejar ayudas ocultas, quise escudriñar antes la verdad de las ruinas ganadas por las plantas silvestres; pues si había en ellas alguna traza, de no mediar un curioso investigador se iba a echar a perder como carne sin salmuera. Escarbé en el montón de escombros y, a más de cascotes y tejas quebradas, nada encontré que pudiera dar pistas o marcar caminos, a no

ser una veleta, remate de una cúpula de hierro, oxidada sobre el negro del humo. Entonces sí, portando en la mano la férrea pieza, y mostrándola a guisa de asidero de la charla, me acerqué a Severino, informador que por resultarle indiferentes los oscuros sucesos no iba a eludir su evocación.

Dos almas dedicadas al ejercicio de su penitencia según él presume, dueñas de los tornadizos rostros vislumbrados -agua y fuego- y de los tristísimos lamentos, gritos y susurros escuchados. Espíritus desgajados de los cuerpos de dos hermanos mozos, muertos violentamente -mil ochocientos veintiocho- en circunstancias trágicas. Intérpretes ambos de una pasión desbordada, que penan en la casa como otros lo hacen en cualquiera de los siete círculos del infierno o en las no menos estremecedoras elipses del purgatorio; lamentando sus yerros, gimiendo y quejándose en las noches de tormenta, cuando el agua brota espontánea y el fuego ocupa las habitaciones. Dos hermanos, braceros del campo carentes de tierras propias, sembradores de trigo, centeno y morcajo; cazadores de liebres y perdices, vencedores ambos del tiro de la sogá y del recto surco del arado romano. Ramas de un tronco común y savia compartida, pajarillos habitantes de un mismo nido cálido, nudos de una escala única, competían los hermanos con todos los demás en juegos y ejercicios; ganando a los niños, después a los muchachos cuando ellos lo fueron, y a los mozos de su edad y aún mayores llegado el caso. Mas entre ambos se asentó la paridad cediéndose el uno al otro la victoria.

Acercá de la belleza de la hiladora, de su candor, de su espontaneidad y de su gracia, se puede hablar sin objeciones; y así la ve Ángel, el menor de los hermanos. Pero sucede, además, que la devanadora es pulcra, abnegada, de ánimo fuerte y decidida a la hora de las resoluciones; y de ese modo la ve Alejandro. Se llama Valentina, a imitación de una abuela o de una tía paterna. Son los dos hermanos

distintos de una diversidad tangible, altos los dos, los dos fuertes, nobles y emprendedores. Ángel posee un carácter plácido, valiente, equilibrado, audaz, conciliador; y sueña con un valle verde de pastos, fresco en el verano, resguardado en la estación fría, salpicado de vivos arroyos y de esponjosas ovejas. Alejandro, afable, apasionado, abierto, impetuoso; imagina sementeras alargadas y cosechas abundantes. Valentina y los hermanos crecen juntos. Juegan en el callejón de ella, más diáfano; se esconden en el otro, donde el viejo Severino monta guardia, más oscuro. La chiquilla está siendo educada a su albedrío, gusta por ello de la libertad y es, para su edad, madura. Dos trenzas rubias, agitándose al correr, la distinguen de las muchachas morenas; rubios tirabuzones la hacen diferente de sus atezadas amigas, suaves bucles de oro, guedejas sobre su frente rosada. Los dos muchachos, cuatro y seis años mayores que ella, cada uno a su manera, la quieren

-Serás mi novia, mi amada, mi sensatez, mi pensamiento, mi punto de partida -dice Ángel.

-Te casarás conmigo y serás la señora de la hacienda -asegura Alejandro.

-No os dais cuenta, ¡soy una niña!

-Te esperaré, haré un hueco para ti entre mis brazos, asentaré mientras el edén en Vallelpozo -promete el menor.

-Corre, salta, apresúrate a crecer, camina en línea recta, sigue los atajos, -anima el otro.

Y crece perfilándose una espléndida joven que todas las demás copian. Pelo largo ella, y todas pelo largo. Vestido de cuadrillos y todas vestido de cuadrillos. Se corta el pelo, y la peinadora no da tregua a las tijeras; trenzas, melenas, como espigas en agosto. El interés de los hermanos aparta a los otros, que se limitan a mirarla de soslayo sin

atreverse a más. La sutileza de sus formas declina sustituida por la precisión, evidenciando a la mujer inicial; y de las labores del hogar aprendidas de su madre, hacendosa, pasa a usar la rueca para conseguir los hilos tenaces y los delicados, que habrán de hacerse bayetas burdas o suaves y cálidas mantas en las fábricas de Amusco y Palencia.

Nació Valentina de un matrimonio desparejo –una muchacha de carácter, maestra de escuela en ciernes, y un joven pastor de bella estampa y corazón noble -llevado a cabo contra la voluntad del abuelo materno, labrador de dos pares de mulas que rompió cualquier vínculo con los nuevos esposos. Educa su madre a Valentina teniendo en cuenta las virtudes y defectos de su propio estímulo, un amor cazado a lazo, montado al galope, e intenta unos días que no fije sus ojos en menestrales, y otros quisiera repetir la experiencia. Así que la muchacha está desconcertada y no sabe que partido es su partido: bella y fina tentación, flor en pedregal, capullo entre espinas, brote en medio del desierto. Hay situaciones que se explican por sí solas, de otras no existe fácil interpretación y se especula. Tiene a los hermanos un cariño que la edad acerca peligrosamente al amor, y ama a ambos porque son distintos; se desvive por la mezcla resultante, fundidas las bondades en un crisol de caracteres: fuerte y suave, soñador y práctico, erguido y flexible. Da a los dos muestras de afecto, a los dos da señales de indiferencia, y siempre por los mismos motivos. Así, un día, palabras tiernas, incluso un ligero beso acepta tirado al aire y recogido con fruición, una leve caricia prolongada. Y al siguiente, iluminándose de pronto, recuerda algunos dictados de su madre y es arisca. Los sentimientos llanos de los hombres no saben distinguir la causa de cambios tan acusados, de conducta tan mutable.

Cuando Valentina se encuentra a solas con Ángel, tiene miedo de las palabras que llegan a sus oídos; cálidas como vedijas de lana en las



madrugadas invernizas, conmovedoras como los sermones del predicador forastero que viene por la fiesta. Se siente a gusto con el muchacho y daría al tiempo lo que pidiera por detenerse, por quedarse quieto al remanso del frutal cercado o del palomar de arrullos.

Si Valentina está con Alejandro a solas, sabe a que atenerse. Ha de estar al lado y separada de él, lo suficiente de cada postura. Se siente protegida por los brazos fuertes, por el pecho hirsuto, por los latidos poderosos del noble corazón; y se advierte combatida por las mismas defensas. Cuando pasean juntos desea la muchacha que las tardes agonicen lánguidas, con la morosidad de las ovejas al regreso del pasto.

Sabe Valentina que ha de esperar todavía un tiempo prolongado. Su madre lo afirma y ella lo repite: “Aún soy una niña”. Anteayer jugó a la campana en las aceras de la calle Mayor, a la comba en el Corro y al escondite en las bodegas; esta mañana, sin ir más lejos, estuvo ordenando sus muñecas. Pero ha cumplido dieciséis años y trabaja en el taller de hilado. Dicen que cardando lana se aprende mucho de la vida, que las conversaciones llegan lejos; sin embargo, no van más allá de la cuestión eterna de la mujer y el hombre: bocado y hambre, estopa y fuego. Sale al camino que lleva a la mina, por si los hermanos vienen; ni el menor ni el mayor, ambos. Y cuando uno pregunta ¿me quieres?, ella responde, os quiero. Hay que dar tiempo al tiempo.

Sus labios, sus manos, qué distintas; su manera de ser, qué diferente. Teme más a Ángel, se teme a sí misma más con Alejandro, porque lo que dicen y la manera de decirlo se le meten muy dentro, donde los recuerdos se adormilan; y luego, en la noche, despiertan y ocurre lo que le da miedo que ocurra, lo que su madre advierte. El contacto de la piel, qué misterioso efecto. Una mano de ellos en su mano, en su brazo,

en su cuello, en su mejilla; qué ardiente brasa. Los labios en sus labios, en la frente, cerrando sus párpados; qué devastadores.

Van al monte a buscar manzanilla o a por agua a la fuente de la Atalaya, y la suben cuatro brazos a lo alto sobre los aguaderos y el asno. Tan mayores y, sin embargo, necesitan la respuesta de una niña, esperan la reacción de su recado.

-¿Me prefieres a mí?

-Os prefiero a vosotros dos entre todos los mozos, tanto del pueblo como forasteros.

No les basta, quieren que la definición divida y se concrete; y para demostrar que son distintos entran en habitual disputa, trabajos del campo y trato en el hogar. Rivalidad de extraños enfrentados, mostrada entre hermanos que se aman a raudales y darían al otro la vida propia si le fuera precisa.

Su unión se resquebraja, y da comienzo la interminable pugna que busca establecer un ganador. Nace el ignorado egoísmo y cada uno ansía quedar por encima y dominar más campo. Reabierta en aquel año la antigua mina de plata, la fantasía de los soñadores adquiere su máximo grado de ilusión. Además de los cultivos ajenos, del cuidado de los animales, queriendo hacer fortuna para ser de la moza preferidos -el mayor primero, el pequeño unos días después- se inscriben como picadores ocupándose en abrir a la tierra sus entrañas. Caída la tarde y hasta entrada la noche, aguijonean, cavan, horadan; buscan el filón, la veta que les haga ricos -a uno más que a otro- para ofrecerle a la moza, el más afortunado, el milagro que prefiera: las estrellas frías, la atemperada luna o el ardiente sol.

Los días festivos del invierno el campo reclama pocos cuidados, la mina da descanso a los que hurgan y, a primera hora, los hijos echan una

mano en casa, empleados en trabajos domésticos que entran en la jurisdicción de los varones. El fatídico domingo los padres salen de buena mañana con un saco y un canasto; sin duda tratan de recoger mielgas y amapolas para alimentar a los conejos. Más tarde será el tiempo del aseo y de la muda de ropa, después vendrá el ir a misa y el ver a Valentina en el atrio. Antes, la ligera tarea encomendada.

Sirviéndose de la manteca del cerdo, lubrica Alejandro el ingenioso mecanismo que cubre la chimenea –veleta dueña de la voluntad de una chapa dependiente, encargada de orientar la salida del humo a remanso del viento cuya dirección señala- y en cuanto logra el muchacho un giro sin trabas al solo empuje de su soplo, se dispone a enrojar la estufa con sarmientos y paja de trigo. Ángel, entre tanto, saca agua del pozo con la que ha de llenar la pila del ganado, los cántaros y la artesa. Mientras el caldero sube o baja silba una canción de enamorado. Es un cantar de amor que exacerba a su hermano, al recordarle a una Valentina propicia tanto a sus requiebros como a los del competidor. Un puñado de paja arrojado con rabia a las llamas marca el comienzo de la violencia. Alejandro se yergue con un impulso de resorte, sorprendiendo a su hermano que cesa de silbar y libera la cuerda. El pesado caldero se desploma, raso de agua, ya casi a la vista. Se desliza vertiginosa la maroma detrás de la herrada, a la manera rauda que tiene el cuerpo de seguir a la cabeza. Dada la fuerza que el colmado recipiente alcanza en su caída, un nudo hecho al cabo para que se atranque en la polea y no se pierda, es aplastado por la férrea y estrecha embocadura, y entera pasa la sogá cayendo al pozo de manera inexorable.

Sin armas, que las hay y muy temibles: una garía de punzantes guinchos, una hoz bien afilada, la azada y el atizador de hierro, rojizo del fuego que le incendia. Se desconocen enfrentados, se saben sólo de sus

juegos, de sus peleas fingidas resueltas siempre en tablas. Los puntos fuertes del otro advierten en el primer tanteo; se pulsan, se miden, se tasan, felinos cazadores acechándose. Como caballos alzados muestran los retadores cascos, como toros ofrecen enemiga la testuz. Mueven lentamente las manos desnudas, dibujando un círculo que busca la atención del contrario. Los pies cambian de lugar milímetro a milímetro, iniciando un rito guerrero que tiene por objeto distraer al oponente, entregar información errónea, ganar el tiempo preciso para establecer la táctica. Ya madura el rencor: la callada queja se hace acerba inquina, la amargura atropella el discurso de la sangre, la rabia enturbia el claror de la mirada y todo empuja al desagravio.

Toman contacto, se asen dedos contra dedos doblando en arco inverosímil las palmas; se escurren como peces, resbalan, van hacia las ropas, hacen presa de los pliegues, el cinto encuentran, alternan el izado de los cuerpos en inestable equilibrio, caen al suelo sobre los ladrillos encerados, ruedan; ya son un tronco unido que va de pared a pared, ya se parten por el centro; ora Ángel es superior, ora está debajo y es Alejandro el que domina. Hacia el hogar giran donde el fuego hierve en llamaradas. La espalda de Ángel y su cabeza se someten al calor insoportable, y un alarido desgarrado escapa de la garganta. Lo oye Alejandro y afloja el abrazo, el envite, el empujón; dolido en la carne de su hermano que es su propia carne. A instancias de Ángel gira el torbellino de sus cuerpos hacia el centro del portal, y allí se levantan a medias, con dificultad se yerguen. Abrazados como están y de rodillas, las puñadas van al estómago cuando se libran por un instante de la prisión de los brazos oponentes. Ángel alcanza una ceja de Alejandro con la mano apretada en la que ha concentrado toda su energía, toda su búsqueda de victoria; y la sangre brota, derramándose en cascada sobre el ojo que se cierra en defensa

refleja. Ángel, quizá compadecido porque ve la sangre suya salir de la herida de su hermano, cede y con un pañuelo sucio de sudores, de un apresurado revés que es caricia delicada, limpia la brecha que queda, rojiza y blanca, abierta a la intemperie. Y otra vez los golpes, y otra vez la rabia, y otra vez Valentina elevada a lo alto como premio; de nuevo la indagación de la debilidad del otro para ponerla de su lado. Ya de pie, las piernas afianzan trabas, quieren tumbar la vertical y dominarla, dar en tierra con el hermano y derrotarlo. Pero no se ve un campeón, no se vislumbra una flaqueza, y los intentos de derribo, las patadas que hierran y las que alcanzan, los van llevando hasta el brocal al que se acercan con tal ímpetu que nada los detiene. Quedan peligrosamente doblados sobre el círculo de piedra que remata el profundo agujero. Por un instante se intuye un vaivén imperceptible entre la mitad que asoma al hueco y la mitad que cuelga fuera; en ese tiempo ínfimo Ángel se hermana más si cabe al cuerpo de su hermano, y Alejandro trata de soltarse y de soltarlo, mientras la polea, sin soga que la fije, bambolea lentamente con un áspero chirrido. Ángel muda el intento y Alejandro se unifica; si soltara uno el otro podría aprovechar la desventaja, y no hay posible acuerdo a estas alturas, han ido ya muy lejos. El pozo abre su angosta garganta deseando admitirlos, viajeros de su alargado y oscuro camino sin retorno. En el último momento parece que hay arreglo, se distienden los miembros, los cuerpos se liberan y los brazos agitan toda su potencia para llevar las manos a cercanos asideros que sujeten el peso. Las piedras húmedas son jabón, son sebo, son grasa de los ejes; y resbalan los dedos, las uñas no penetran, no hay entrantes blandos ni salientes sólidos. Los troncos siguen de cerca a las cabezas y las piernas, solidarias, llevan a los pies tras el principal del cuerpo. Caen separados, cada uno convertido de nuevo en sí mismo, diferenciado del otro, y sin embargo jamás tuvieron tanto deseo

de unidad. Alejandro va primero, Ángel ha perdido milésimas de segundo en el desesperado roce con la pared, en choques sucesivos que le envían de un lado al otro lado, piedra primero, después tierra, roca nuevamente, arcilla humedecida. Caen como un sueño lento y pesado que va cerrando párpados, apretándolos para que la luz se quede fuera, para que la oscuridad invada el cerebro y la inconsciencia expulse los dolores. Alejandro baja, desciende su cuerpo ingrávido, lentamente se desliza como una pluma frenada por el viento, deseoso de horizontes próximos, de distancias pequeñas y de capas alternas de aire frío y cálido. Ve su vida representada en la arqueada superficie que va dejando atrás con exagerada parsimonia; entiende pasado, futuro y presente con igual nitidez, como en un lejano cielo sin nubes, a modo de telón oscuro que las estrellas marcan. Parece que espera en su caída a quien viene detrás, cayendo, apreciando los actos todos de su vida bosquejados, figurados en la pared ante la que discurre su vertiginoso descenso, dotado de la celeridad del acero puntiagudo, de la saeta que busca abajo al objetivo y acelera su marcha para lograrlo cuanto antes. Parece que desea alcanzar al hermano que le espera suspendido en el aire, flotando, para fundirse con él en un abrazo final. Y a pesar de la eternidad de que disponen y de los confluentes deseos, no se encuentran.

Sus gritos, ayes y lamentos, salen del pozo por el brocal, alcanzan la calle a través de la puerta entreabierta, llegan al fondo del callejón donde Severino toma nota mental de lo ocurrido y retornan a la casa alcanzando las habitaciones de arriba. Alaridos, quejas y sollozos quedan adheridos al techo y las paredes; se apropian de los silencios, de la tranquila convivencia de los habitantes sucesivos, y prometen permanecer allí mientras la casa eleve piedra sobre piedra.

Corriendo el riesgo de romper los mitos propiedad de pasadas generaciones, y de quebrar el derecho a ellos de las venideras; cuajado de dudas sobre lo legítimo del acto, en nombre de la verdad que se explica a sí misma, me dispuse a indagar en el misterio de las voces, de los alaridos; en el enigma de la mudada dirección de humo y fuego del hogar, y en la incógnita del agua del pozo que rebosa, inundando las estancias de la planta baja, el alcorque de las malvarreales, la calle Rica y el Corral del Ganado.

No procedían los quejidos de las llamas, ni de los borbotones del agua o del fondo del pozo; no procedían del centro de la tierra ni de lo alto del cielo; pero al común de los mortales no le vale la explicación más lógica, la del viento abriendo sus entrañas en la afilada esquina de la casa que daba dos paredes a los callejones, en la veleta que coronaba la chimenea. No, la gente quiere más, desea llegar todo lo lejos que sea posible, alcanzar alturas o profundidades misteriosas. Por eso la fábula extendida. Sin embargo, el viento produce en las cuerdas vocales la palabra y la música en las flautas.

El efecto de la humareda cesó en los largos intervalos en que la casa estuvo deshabitada y, definitivamente, cuando derribada la chimenea por el abandono se inició la ruina de la casa. Sospechaba yo de la metálica pieza recogida en los escombros, dando por sentado que su rara estructura encubría la lógica de varias explicaciones. La formaba un anclaje de cuatro patas, prolongación de la chimenea sobre la que siempre estuvo, y el ingenioso mecanismo movido por la veleta. Tratábase ésta de una flecha unida en su giro a una incompleta corona de chapa, capaz de obstruir la entrada del viento; de forma que si mudaba éste, giraba ella, y el humo salía siempre a remanso por el hueco posterior.

Es de imaginar que el ancho decreciente de la angostura, obligaba al aire a acelerar su paso, imitando acaso los sonos humanos de queja y lamento. Y lo que es más importante, falto de cuidados el dispositivo -limpieza y engrase resueltos por el mayor de los hermanos- resulta natural que se oxidara. Supongo que la herrumbre lo soldó en una posición estable que señalaba perpetuamente el Sur; quedando en tal caso el flanco Norte abierto a las corrientes. Por eso cuando soplaba el Cierzo -lo que es frecuente en el lugar- entraba a saco por la chimenea, empujando primero el humo y después las llamaradas hacia su lugar de origen, proporcionándoles salida impropia: portal, alcobas, ventanas y ambos callejones.

Alcanzado este punto, sólo el fenómeno del agua surgida del pozo quedaba sin explicación. Aseguraban los vecinos que a pesar de estar cubierto el brocal con una losa, el agua seguía fluyendo si las tormentas liberaban fuertes lluvias. Dadas las referidas circunstancias, siguiendo el impulso de una corazonada, acudí en Palencia al organismo que se encarga de los estudios del terreno. Son calizas las laderas del páramo -yeseras hay como prueba fehaciente- y están formadas por dolinas que filtran gota a gota el agua. En algunos casos y con el apoyo del sosegado discurrir del tiempo, cuando en el interior se disuelve la caliza, se desploma una reducida superficie descubriéndose un hoyo, una sima pequeña. Sumidero que actúa como albañal, los días oscuros en que las tormentas traen abundantes chaparrones y dan lugar a un torrente subterráneo. Dos capas impermeables de lo que llaman los campesinos, peña; separadas por tres metros de greda y arenisca -lo sabían bien quienes excavaron las amplias bodegas, imposibles en los pueblos colindantes- propician la formación del conducto estanco, que



convenientemente lleno de las aguas de tormenta, convierten al profundo pozo en artesiano, es decir, en momentáneo surtidor.

Halladas las razones expuestas, que asumen el rechazo de los que prefieren a la imaginación libre de cortapisas, antes de partir eché una ojeada al callejón. Allí seguía el viejo Severino, vistiendo su raído traje de estameña, chaleco abotonado y tensas presillas; tocado con una gorra gris de visera que ocultaba un cabello ralo. Permanecía el anciano pensativo en su sillón de mimbre, a la puerta abierta que su morada descubre al callejón dándole paso, al lado mismo de las crecidas malvarreales y del burro compañero. Observaba el ir y venir de las personas por la calle Rica, intuyendo que en su recorrido alcanzaban la calle Mayor y el arco que inicia el Arrabal, para tomar los caminos que recorren el país y el mundo. Casi doscientos años lleva, alargado en tres generaciones, siendo testigo y explayándose a gusto con aquel que se decide a preguntar.

\*\*\*

## **Navajas**

A poco más de la media noche, los agosteros, movidos por un muelle interno, se alzaban de los camastros. Cruzaron al momento las mulas unas calles desiertas que van a las eras; moderado, medido, se oyó seco el acompasado ruido de los cascos. En la noche prieta traquetearon los carros siguiendo unos caminos cruzados de magulladuras, obra del agua atormentada y del trajín de las ruedas de hierro. Entre dos luces las arrancadoras bostezaban con los ojos ciegos, buscando a tientas la palangana mediada de agua para sus abluciones. Humo salía de las chimeneas que al contraluz se elevó sereno, calmo; las mujeres prendían fuego en los hogares a la llamada de leña iniciando el día interminable. Descargado el primer viaje, sobre el carro para no perder tiempo, a esa hora temprana mordisquearon los hombres la raja de tocino y el coscorito, dando el primer tiento a la bota. En el interior recio de los chozos de piedra de los corrales -llanura del páramo- vestidos durmieron los pastores en colchón de nías, y antes del alba desayunaron unas sopas de leche recién ordeñada, recibida de la ubre misma en cuerno de vaca o en escudilla de madera. Quejábanse de su encierro las ovejas con insistentes balidos, y puestas en pie, impacientes, arremetían contra las compañeras. Deseosos de aprovechar el avance de la siega que empuja la caza y la arrinconada, madrugaron también los cazadores; les esperaban los resacos montes, los valles verdes, las calizas laderas. Recostados en las lindes, rendidos sus cuerpos, los segadores rumiaron un zaraballo de pan moreno, a la espera de la señal que los pusiera, encorvados, en el duro tajo. De

modo que al encaramarse el sol a las encinas del monte, y orientar desde allí sus rayos al pueblo, el campo era un hervidero de gente dispuesta.

De una voz fuerte, cargada de indignación, se pasó a los apóstrofes, a las interjecciones, a las blasfemias, a los gritos; y desde ellos se llegó a las manos, a los pies, a la cabeza. A baladros la emprendieron, a insultos, a acusaciones mutuas. El sol calentaba lo suyo ya en el nacimiento, refulgente y enceguedor; señor de un cielo sin nubes que lo hicieran de menos. Se ha ido inflamando la mañana, sumando rojos tizones a la sangrante hoguera, que cruza lo alto y no tardará en alcanzar la vertical del medio día. Quienes barruntan las mutaciones meteorológicas, debido a alguna lesión antigua o a la metódica observación, auguran una tarde de tormenta.

Lo que comenzó siendo asunto de dos, se ha hecho pleito común de cuantos rondaban por las inmediaciones viendo u oyendo lo que acontecía. A puñadas se acometen, a sopapos, a empellones. Mas el hecho originario de la desavenencia permanece inalterado, bien visible. Al parecer, entraron las ovejas en sembrado de cebada y comieron múltiples cabezas de la orilla; podían verse todavía los pajones acéfalos, junto al destrozo de espigas secas abatidas contra el suelo, obra, sin duda, de los animales, de sus patas inquietas, de sus voraces dentelladas. En suma un cuarterón de grano y un real de vellón de desarreglo, treinta y cuatro maravedises de contante; ¿y por tan poca monta se organiza una trifulca que pone en peligro la integridad de los partícipes?

Lo que pasa es que llueve sobre mojado y los labradores se la tienen jurada a los pastores. Lo que ocurre es que los cazadores no respetan lo ajeno: cruzan los cultivos y los pastos haciendo sendero serpeante, y tanto labriegos como zagales les tienen ganas. Espantan la caza los segadores en su lento avance, aseguran los cazadores; aunque en

esas circunstancias, ojo avizor, aprovechan los tiros como nunca. Desposeídos de sensatez sus reproches, acusan a los segadores de procurar la progresión de rastrojos que dejan a las piezas sin resguardo. Perdices, codornices, torcaces, liebres y conejos han de buscar arroyos o linderas pobladas de zarzas, si es que no abandonan el lugar desprotegido. Los desarraigados segadores -forasteros atraídos por una ración de pan de tres onzas escasas, media libra de carne y un tercio de azumbre de vino, a más de un real de plata por jornada de corte- se ponen del lado de quien los paga y abandonan su desasosiego en la pelea. Los pastores quisieran romper a garrotazos los límites que levantan a sus pies, a las torpes pezuñas del ganado; y aunque el pago de Villazalama sea el sitio menos oportuno, dada la abundancia de yerba, memoria tienen de épocas y lugares ingratos. Los hortelanos aprovechan la ocasión de castigar a los pastores que rompen con su rebaño -si no éstos, otros de la misma calaña- las presas. Los de Husillos buscan resarcirse de las afrentas recibidas durante siglos de los de Valdepero, y éstos de los otros. Y los aprendices de bandolero encuentran en el lance oportunidad de curtirse. Las dos mitades del mundo se encaran en la pradera. La verdad es que todos se duelen de un destino duro que no les da ocasión de levantarse contra nada, ni de elevar quejas a un cielo dotado de oídos sordos.

Con esa hechura, el fabulador que da cuerpo y alma a la historia, se imagina la reyerta; y sabiendo que pudo suceder conforme a lo pensado o de manera aproximada, busca intervenir en pasadas épocas, recreándolas. Mas pone sobre aviso a los lectores acerca de su invención, y asegura que sin dar por probados los hechos, a la vista de las indagaciones previas, bien pudieran haber sucedido a la manera del cuento.

Suspendieron su exhaustiva actividad los consumidores del fielato, cuando la columna salió de Palencia por la puerta de Monzón. Algunos

soldados habían formado parte de la guardia nocturna, otros estuvieron de francachela, pero todos cabalgaban erguidos, marciales. Dando escolta a dos carromatos tirados por mulos, partida en dos, avanzaba la formación con premura, sin descomponerse ni un ápice. La seguían, al margen, dos oficiales de vistoso uniforme cerrando la marcha.

Palencia posee el encanto del comercio bien surtido, y unas calles abiertas a lo extraño, que acogen gente de muy variada catadura. A mayores, los asuntos oficiales, que causan gran respeto a quienes poca formación y mundo alcanzan, en Palencia, sin remisión posible, han de resolverse. Dista Valdepero una legua de Palencia, y alrededor de media de los pueblos linderos entre los que descuella en población y territorio, por lo que suelen sus naturales ufanarse ante los forasteros de un cierto imperio injustificado. Las más de sus familias viven de la labranza, sacando un provecho añadido a los rebaños de ovejas. El pastoreo ocupa no sólo a rabadanes y a los que cinchan queso, sino también a quienes cardan la lana e hilan al pulgar, a más de aquellos que portan madejas hasta los telares de Palencia y Amusco o elaboran en el pueblo estameñas. De ordinario se relacionan sus gentes con las de Villalobón debido a la proximidad y a lo liso del terreno, amén de por ser dueñas de las mejores tierras del término vecino, las cercanas al arroyo Mayor. El camino real que desde Palencia lleva a la región cántabra -transitan por él diligencias y valijeros- une a Valdepero con Monzón; y cualquier labrador puede, en una mañana, llevar trigo en grano a la fábrica de harinas y volverlo molido. Las llanadas de Valdepero, Monzón de Campos y Husillos, están situadas en distintos planos -Valdepero arriba- y unidas por un desnivel brusco que convierte en cansado el paseo que los separa. A pesar de ello un diario ajeteo se empeña en enlazarlos.

Haciéndose raya natural entre Husillos y Valdepero, discurre plácido el río Carrión: tan sólo un fragmento exiguo al pie de las laderas. Traza allí una hoz abierta, por donde el agua se desliza sosegada; y las lavanderas, quienes buscan un higiénico remojón o persiguen la pesca de barbos, tencas, cangrejos y truchas, desde Valdepero acuden a la hoz. Baja a ella la senda de Vallejo, una de las tres que unen ambas villas -la más ventajosa debido a que su pendiente es poco inclinada- y al encontrarse con el río lo bordea hasta alcanzar el camino que baja por la Cuesta. Ese es el más corto de todos, pero el de mayor peligro, pues dado lo abrupto del terreno y lo estrecho del carril, no resulta raro que caballerías y carruajes se despeñen. Por no hablar de la ordinaria presencia de bandoleros, prójimos poco compasivos, dispuestos a suavizar la carga de los transeúntes. Sucede que a la distancia de una voz de la senda, ocultas a la vista, existen unas covachas sumidas en la humedad y lo oscuro, viviendas de quienes no tienen otra: desheredados, malhechores perseguidos por la justicia y algún eremita. Un poco más al mediodía, cerrando con su presencia cárcavos de considerable hondura -maravilla labrada por la naturaleza indómita, desfiladeros que a duras apenas franquean los asnos- baja el camino conocido como de Villazalama, por unir con tal pago a Valdepero y a Husillos. Se alarga esta tercera vía unas doscientas varas hasta encontrarse con las otras dos, y la recorren, más que nadie, pastores guiando rebaños. A partir del punto de unión, hecho ya camino único de veinte pies de firme, se dirige a la embocadura del puente que cruza el río a la entrada misma de Husillos. Señorío éste cuya iglesia fue en tiempos abadía afamada y poderosa colegiata.

Las laderas que dificultan las relaciones entre villas, aparecen salpicadas de endrinos, acederas, carambucos y plantas aromáticas:

romero, espliego, manzanilla; y las cubre una hierba recia muy apropiada para el pastoreo. Pastura que en el pago de Villazalama es comuniega y la disfrutan con iguales derechos los ganados de Valdepero y Husillos. Una abundante fauna de conejos, algún que otro zorro, y el huidizo lobo, a más de los volátiles, dueños de un cielo azul, tiran de los cazadores con fuerza; y es frecuente verlos, ojo avizor, recorrer los senderos de cabras flanqueados por galgos.

Sabino, zagal de Valdepero; y Tirso, zagal de Husillos; mozalbetes ambos que presumen de bozo y de una sombra de barba sobre el mentón, están hechos a pastorear sus rebaños desde niños. Se encuentran con frecuencia en los pastos de Villazalama y -hablando de lo suyo y de lo ajeno, jugando, lanzando piedras para probar el tino, peleándose por tantear sus fuerzas- mientras las ovejas retozan y enredan los canes, han forjado una amistad que se muestra inquebrantable si es sometida a prueba en discusiones o porfías. Mastines les ayudan a avvicinar el ganado sin mezclas; pues aunque uno a uno conocen ovejas, chivas y carneros, da mucho trabajo poner a cada cual en su sitio. Se basta y se sobra cualquiera de ellos en esas circunstancias para cuidar de los dos rebaños, así que pueden, a la vez, llevar a cabo alguna tarea en los corrales o acercarse a Palencia bordeando la Miranda. Los amos aprecian el provecho de su destreza, pues crías, leche y lana son más abundantes desde que ellos apacentan. Sabino, mozo alto y recio que la peste dejó sin familia, quiso acercarse a la capital en día de feria, hace de ello casi dos meses. Tirso, joven apacible, primero de siete hermanos, tañendo la flauta hecha con su industria a partir de una caña cortada al borde del río, quedó al cuidado de los hatos. Cruzó Sabino los prados, las tierras pedregosas, los sembrados ralos; pasó cerca de las yeseras, de las canteras de roca caliza, hasta dominar el cerro del Otero y la ermita del Santo Cristo, horadada bajo la



cumbre terrena que le sirve de techo. Recorrió en Palencia la ciudad y la Puebla; se acercó al mercado de la calle Burgos, que extiende sus mercaderías ante la iglesia de San Lázaro y el convento de Santa Clara, junto a los soportales, cercano a la salida que lleva a Villalobón y Astudillo. Compró un zurrón en buen uso y una manta de las llamadas de viaje y, sin prisa, recorrió algunas calles que saciaban su interés. Se echó al estómago un buen trago de agua, o cuatro para mayor exactitud, pues en la plaza Mayor probó de los cuatro caños de bronce; y en el pilón redondo de piedra jaspe bañó el rostro acalorado por la caminata. Atraído por la curiosidad, se acercó a la soberbia fábrica de piedra y ladrillo que da cuerpo al Hospital de San Antolín y San Bernabé. Institución benéfica tan poderosa, tan rica, que sólo en Valdepero posee casi dos centenares de aranzadas de tierra, donadas por personas piadosas en forma de viñas, en su mayoría descepadas y puestas en arriendo a buen precio. Pasó ante la mansión de don Manuel Peñalba, de admirable apariencia; y distrajo su curiosidad en la calle mayor mirando escaparates. En el comercio del italiano Julio Mesina halló una herramienta que parecía esperar su llegada; y la mirada inquieta se quedó fija en ella: pezuña de chivo la cabeza, las cachas de cuerno de toro y una hoja que impone respeto. Entró, preguntó el precio de la navaja, y dicho por el dependiente, salió de la tienda para pensar un momento. La vio de nuevo en la vitrina, y sintió la llamada del acero, de sus reflejos destellantes. Penetró en la tienda deseando tenerla en la mano. Un corte facilitaba a la uña el gesto de aprehender la cuchilla; probó la apertura, probó el cierre, el perfecto alojamiento de la hoja en la cama, en la hendidura puchítera, y la atracción se le hizo irresistible. Se acordó Sabino de Tirso y fueron dos utensilios iguales los que compró, sabiendo que allí se quedaban todos los ahorros y los necesarios zahones de cuero. Volvió dando saltos de contento al subir

la ladera de La Miranda, desandando el camino hasta llegar a Villazalama, donde, los perros primero y después su amigo, lo recibieron con franco alborozo. Mostró Sabino su navaja y Tirso quedó boquiabierto. Era tal la fascinación prendida en la mirada del amigo, que abreviando su gesto generoso, dijo: "Es tuya". No acababa de creérselo Tirso y cuando la duda más le acuciaba, sacó Sabino del morral la otra para convencerle de que la suerte tenía dos maneras idénticas de presentarse favorable. Como en sueños se expresaron: "Mataremos cabritos, desollaremos corderos, formaremos figuras de leña, vaciaremos cuencos de madera, cortaremos lías de esparto; y nos jactaremos".

Mas hoy, casi dos meses después, en los inicios de una recolección que no los deja fuera del todo, en el mismo lugar, sus pensamientos mozos siguen derroteros serios y el diálogo tiene como asunto el incierto porvenir.

-Estaremos aquí, ¿te parece?, en la pradera, en los corrales, hasta que nos tome el ejército para servir al Rey. Con el botín de las guerras haremos dineros y, hechos unos señorones, vendremos en favor de los nuestros. -Declara Tirso.

-Qué se nos da a nosotros del Rey... ¡América!, a América iremos; a Cuba, a Puerto Rico, a Río de la Plata, a su inmensa pradera. El Rey, llámese José, Carlos o Fernando, que se sirva a sí mismo. -Discrepa un Sabino exaltado.

Hablan luego de las inquietantes noticias que dibujan un país sumido en el desconcierto. No saben nada de política pero están recelosos. Y en eso se organiza en el extremo opuesto el revuelo ya mencionado: un segador y un pastor comienzan su perturbadora riña por causa de unas ovejas que han penetrado en el denso sembrado de cebada seca.

Ese día concreto, cinco de julio en el calendario, caluroso ya a prima hora, de buena mañana, los que bregan en la cuesta de la Media Legua junto al camino real de Cantabria los ven acercarse. Los que en las Altas siegan las cebadas -dichas del canónigo Ribera- pertenecientes al célebre Hospital, los ven venir gallardos y amenazadores. Cabalgan orgullosos en sus corceles negros, enhiestos, fieros, de mirada inhóspita; arrojando a dos carrromatos vacíos, y son lo menos treinta. Hay algunos jóvenes, otros de mediana edad; en sus cabezas revolotean recuerdos de la tierra madre, de parientes y amigos que quedaron lejos. Buscando un equilibrio inexistente, a las renunciadas contraponen las imágenes de gloria que alcanzan a vislumbrar, las condecoraciones, los ascensos, el bastón de mando. ¡Franceses!, ¡soldados franceses!: la voz corre como el agua desbordada. Casi un mes antes se posesionaron de la capital; de arrasar Torquemada venían, de acuchillar a los vecinos todos, niños y mayores; de quemar el pueblo, de arruinarlo desde la propia base. Se trata de bárbaros, de bestias inhumanas; ruinas y cenizas dejan a su paso. Los ven con temor y asombro los agosteros que tienen su faena en el Altillo, y uno de los mozos, caballero en su burro, menos airoso que los franceses pero más rápido, se acerca al pueblo para prevenir a los vecinos.

Llegados los soldados al señorío secular de Valdepero, se dirigen, como era de esperar, a la plaza del Ayuntamiento; descabalgan y, antes que nada, fijan al poste dos edictos. Uno de ellos requiere la colaboración de los vecinos en la requisa, aportando al ejército amigo legumbres, grano, mantas, harina, y brazos fuertes para cargarlo todo. Traen la paz y la democracia, la instrucción de los ignorantes, las obras públicas y la igualdad de los pobres con los ricos; asegura el cartel. Y a modo de explicación, trencilla que ata el deber de unos y el derecho de otros, añade que ellos son "los conquistadores de Europa, enviados por Napoleón a

todos los confines para descubrir a las gentes diversas su unidad de destino". Firma, dando al contenido fuerza de ley, el General de División Lasalle, Conde del Imperio. El segundo cartel no es más que el bando del mismo militar dado el 17 de junio en Palencia, por el que la nueva autoridad prohíbe portar armas, blancas o de fuego, incluidas las habituales navajas, herramienta imprescindible en muchas tareas. "A quien en un cacheo le sean halladas será considerado soldado enemigo".

Encuentran el ayuntamiento cerrado y al alguacil a la puerta, haciendo guardia, dispuesto a servir a la autoridad de hecho, sabedor de la venida de lo que él llama "destacamento aliado". Le ordenan premura en abrir el Consistorio y buscar a los mandatarios del municipio y, a escape, deja franca la puerta y emprende el camino. Aprovechan el lapso los soldados para dar agua y pienso a los caballos, comer un bocado de pan con tasajo y beber un jarro de vino en uno de los dos mesones -el que está junto al arco de la puerta Hondón, seguramente- visto al llegar. Pasado ese tiempo tan prolongado, se personan el Teniente Alcalde Mayor y el Alcalde Ordinario, puestos por el Duque de Alba al frente del pueblo. Ambos conocen las atrocidades cometidas por los soldados en su avance imparable, y traen calculada la resistencia pasiva que pueden oponer a la guarnición de la capital -medio millar de soldados, avanzadilla de un ejército numeroso y dotado de toda clase de pertrechos- y al piquete que acaba de llegar al pueblo. Basados en ese razonamiento, recriminan su acción a las incendiarias de los dictados franceses sorprendidas por ellos al llegar a la plaza. La iglesia y las ermitas son, en su pensar, previsibles objetivos de los invasores: pinturas, tallas, objetos de culto, cruces, copones y patenas, oro y plata. Esas riquezas han oído que buscan. El trigo del Pósito, el grano de las paneras, las legumbres de alacenas y despensas, el ajuar hospitalario, y los lechazos resguardados en los

apriscos de las rondas. Queda claro que los vecinos han de contribuir al sostenimiento de los ocupantes. Chorizos y lomos en aceite pueden disimularse, dentro de sus orzas, en los pajares. Lástima que a los marranos -sustento del próximo año- tan alborotadores, no se les pueda esconder en sitio alguno. Tardan en manifestar un aprensión alojada en lo oculto de la mente, un miedo que como padres o esposos no pueden restringir: las doncellas; hay soldados muy jóvenes que no tendrán miramientos, y disponer su guarda puede manifestarse insuficiente. Si los bandidos se conforman con víveres e imágenes, en interés del pueblo, la inteligencia conviene en entregárselos. Peor será si se quedan, ya que el castillo y la Casa Grande pueden tentar a unos jefes que precisan aposento para hombres y bestias

Situados los regidores en presencia de los oficiales que mandan la tropa extranjera -el capitán Bonet y un segundo cuyo nombre no entienden- su tono es conciliador, de capitulación aparente. Por ignorarlo, hablan con el deje lastimero que a todos los déspotas agranda; y si algo dicen de verdad sobre las posibilidades de ayuda, esa verdad se refiere a las deudas contraídas por el municipio, a los censos pendientes de pago, y a las rentas debidas al Duque. El rédito de ciento ochenta mil reales comprometidos al tres por ciento, se suma a obligaciones y cargas, de modo que el compromiso anual alcanza un monto de trece mil reales largos. Esa verdad de su boca quejosa abarca a las malas cosechas sufridas en los granos, y a la merma de vino: "Si les ha llegado a oídos su fama, han de saber que es bien cierta: las uvas mencía y garnacha dan cuerpo a los mostos, sabor a frutas maduras, y un color granate de tonos muy vivos; las bodegas profundas, de temperatura constante, facilitan una fermentación ajustada; las carrales de roble de nuestros montes, cuna y cama, comunican un aroma a vainilla que tiene buen predicamento. Eso

es indiscutible, mas la cantidad es cosa divergente, pues si cuando éramos niños, de cada cinco obradas del término municipal -excluyendo montes y prados- una se destinaba a viñedo, ahora la proporción llega a una de cada diez. A mayores, las tierras libradas de cepas son de mala calidad y producen muy poco, algo de centeno, morcajo y avena, lo mismo que los peñascales de los páramos". Todo eso manifiestan los ediles a unos oficiales que escuchan sin entender la esencia. No han traído intérprete y tergiversan lo que oyen y dicen. Los militares gabachos, camada de Napoleón, pagados de sí mismos, se muestran incapaces de admitir virtud a esta tierra y lo mismo a sus gentes.

Han dispuesto los campesinos un tentempié con el fin de ganar tiempo, y mientras los oficiales prueban las bondades de lo ofrecido, queso, jamón y un vinillo del año pasado que ha salido soberbio, el pueblo entero se afana en ocultar todo lo que de valor posee. Ciérranse las mujeres jóvenes -algunas contra su voluntad, pues han oído decir que son mozos guapos los franceses y lucen bigotes- en el falso suelo del escenario, interior del salón de baile donde a veces se representan comedias.

El siete de junio, la invasión francesa, un paseo militar sin más tropiezos que el de Torquemada, llegó a Palencia. Es de dominio público lo acaecido en el pueblo ribereño del Pisuerga, a raíz de obstruir sus gentes el puente que lo cruza tratando de entorpecer el avance marcial. Se conoce, asimismo, que desde el mes de marzo se encuentran en Madrid los franceses; ensálzase el levantamiento del dos de mayo, y no se ignora que los fusilamientos de patriotas duraron tres días completos. Quizá esas noticias expliquen porqué, en la capital, el Obispo y el Corregidor Ortiz pidieron clemencia y muchos vecinos huyen a León. En vista de que han ocupado la ciudad como casa propia, y viven a cuerpo de rey en

residencias principales, se cree que los extranjeros han venido con la intención de quedarse.

Alaban los oficiales el paladar del vino, el color y el olor; tan a su gusto, que les parece francés. Se admiran del descubrimiento y piden dos bocoyes de sesenta cántaras. Bajo un sol ardiente crecido en su rigor se acercan al Pósito, dotado en números con seiscientas fanegas de trigo, pero se ultima la campaña y carece de provisión. Desconfía el capitán francés de los alcaldes, y pone a su lado al alguacil que parece más dócil, dirigiéndose a él en busca de información y respuestas. Cuatro cargas envasan en ocho costales que suben a uno de los carromatos. La pobreza del hospitalillo no facilita ocasión a los soldados de apoderarse de cosa apreciable, salvo unas mantas que el alguacil descubre recién llegadas del telar, reemplazo de las que aprovechan a los dos enfermos de tercianas, tan ralas, que se ve la luz atravesar trama y urdimbre, y manchadas, para colmo, del jugo de borrajas que los cura. De la ermita de Jesús Nazareno, pobre de solemnidad, sólo una capa del Cristo, bordada en oro, regalo de los humildes cofrades, pueden llevarse. Postergando la visita al castillo, cuya llave obra en poder del representante del Duque que ya ha sido avisado; y a la iglesia parroquial, al hallarse el cura administrando el viático a un moribundo, dirigen sus miras a la ermita de San Pedro.

Silvino, anciano ermitaño de la Virgen del Consuelo, y sepulturero del Cementerio Municipal, subido a la espadaña con el fin de asegurar bien el badajo de la campana, los ve acercarse. Tiene su vivienda de encargado adosada al campanario, y una parte de la huesera, libre de calaveras y tibias, hace las veces de huerto; así que ha ido desarrollando creencias sobre la otra vida que no son comunes. Sabiendo forzada a la autoridad no entrega las llaves que piden los alcaldes, y un soldado cualquiera da en el suelo con el cuerpo menguado y lo arrastra inerte

tirando de un pie. Es vano el castigo, Silvino no cede. Deciden reventar el portón usando como ariete un banco de roble -medio tronco serrado, el asiento; y las patas, cuatro ramas gruesas- donde suelen tomar el fresco el enterrador y su familia: una esposa encorvada y una hija moza de mediana edad con el entendimiento reducido. Resultan sólidas las hojas de la puerta, y aferrados a ellas se intuyen los cerrojos internos; unidad forman barras y tablones y, siguiendo el ejemplo del ermitaño, tampoco ceden. Por indicación del alguacil entran en la casa y sacan a las dos señoras, medrosas, asustadas. En sus mujeres violentan a Silvino; un infame uniformado rasga las ásperas sayas con una bayoneta de hoja brillante que araña la piel. Alma impetuosa en cuerpo gastado, el octogenario hace frente al soldado bandido, y recibe un culatazo en el rostro que basta para derribarlo y concluir su diario penar. La esposa, compañera en las encrucijadas, con tal de evitarle tortura facilita las llaves al capitán de la tropa invasora, y se abraza al marido agónico al tiempo de verle dar las boqueadas. El gentío que se ha ido arremolinando, vecinos incapaces para las labores del campo -abuelos de cráneo desnudo, indignadas mujeres y atemorizados chiquillos- observa la avasalladora actitud de los soldados franceses mordiéndose la lengua. Cargan en uno de los carromatos, de considerables dimensiones para los usos del lugar, algunos cuadros de autor desconocido, dos tallas atribuidas a Alonso Berruguete que forman trinidad con un Cristo, el valioso cáliz y una casulla bordada con hilos de oro. Un chavalillo atrevido -poco más de diez años- cruza un palo en una de las ruedas para que no partan los ladrones llevándose el botín. Un pescozón lo derriba; y un puntapié, ya en el suelo, remata la hazaña valiente de un militar sin entrañas. La madre del niño acomete al verdugo gritando improperios, pero éste la toma de los brazos desnudos, del talle, y la arroja rodando por la alta lindera que



bordea el camino de Taragudo y los montes. Los vecinos, con ademán hostil -tres docenas ya- debatiéndose entre el deseo de venganza y el miedo a las represalias, siguen a la cohorte extranjera, al alguacil y a los regidores, hasta el castillo. Los hombres que se afanan en el campo conocen lo que ocurre; esposas dolidas les llevan las noticias, y los motriles encargados del aprovisionamiento. Una orden, un ruego reciben del Alcalde Mayor, del Alcalde Ordinario: "Habéis de permanecer alejados de la villa; nada ganamos con el ataque, el destacamento es sólo una avanzada del cuerpo de ejército que ocupa Palencia".

En la explanada del castillo esperan los exigidos bocoyes, colmados del vino que los franceses encuentran suyo en todos los sentidos. Los soldados disponen los carrales de roble en el carretón, y los sujetan con maromas a las teleras bajas y a los travesaños firmes, sirviéndose de los costales para impedir que rueden. Al lado, los santos, acostados sobre las casullas, cubiertos de doradas capas pluviales, atados con cíngulos, parecen ausentes de su misión protectora. Las mantas abiertas, extendidas sobre sacos de yute pletóricos de garbanzos, lentejas y titos, que cuatro uniformados requisaron de vacuas paneras, colman los huecos y completan el carro. No habiendo llegado la llave, aceptan del alguacil la idea de acometer la puerta del castillo con el carruaje desocupado. Toman de las cabezadas a los mulos, los fuerzan a girar hasta alcanzar la posición contraria, y amenazándolos, golpeándolos, consiguen que cejen, que reculen, hasta fijar los corvejones en tierra y elevar al cielo las manos. Golpea la madera a la madera y en el pulso obligado, sin gran deterioro, cede la puerta. Entran los invasores, observan el patio, se acercan al pozo insondable, recorren las habitaciones, y juzgan el recinto pintiparado para albergar a la tropa y a las caballerías, muy apropiado como almacén de víveres y polvorín. En nombre del General Lasalle y del Emperador

Bonaparte toman posesión de la fortaleza; y aunque no dejan guardia, instruyen al alguacil para que el herrero ponga nuevos cerrojos y él guarde la llave. De la Casa Grande parecen no tener noticia, y se salva momentáneamente de la ocupación.

Don Pedro, el párroco, cincuenta años vividos, los diez últimos al espiritual cuidado de Valdepero; flaco, nervioso, recibe a los soldados con las puertas de la iglesia abiertas de par en par. Es pacifista y le producen espanto las armas. Tallas valiosas del altar mayor, madera oscura en su color natural; casullas de gala, tiesas de los hilos de oro que las adornan; la cruz de plata, el incensario del mismo metal, y la custodia que se muestra sólo el día del Corpus: todo ese tesoro deja Don Pedro que se lleven como si fueran baratijas, como si se tratara de viejos aperos de labranza. Rodeado como está de miradas coléricas, amilanado a la vista de los fusiles y los machetes, aturdido por incomprensibles palabras extranjeras, permite sin oposición que los objetos sagrados vayan a parar al carromato, y allí los acomodan entre cuatro tablas a modo de cajón. Tiembla don Pedro al lado de la sacristía; teme acaso que los soldados se acerquen al Sagrario, pues dentro está el Copón donde el Dios del Gólgota descansa tras su sacrificio. Eso hacen: al Tabernáculo se aproximan, y usando un sable como palanca saltan el cierre que no es sino un sortilegio, un ensalmo pensado para elevar al Creador sobre las criaturas, al Salvador por encima de los condenados; una clave válida para situar al Omnipotente arriba de los desvalidos humanos, que sólo arrepentidos de sus flaquezas -blanco el interior como armiño- son dignos de recibirlo en su oscura morada. Los ve hacer el medroso don Pedro, y enérgico de una furia que no sabe de donde le viene, como una exhalación se adelanta a los profanadores. Trata de tomar las Hostias consagradas -Cuerpo vivo de Nuestro Señor- quiere comulgar con todas ellas,

guardarlas en el recinto sagrado del alma. Ya no siente miedo; se ve gigante y desprecia a las huestes armadas de Satán, desoyendo las palabras sin sentido que profieren. Forcejea con un salvaje, un ateo, un volteriano, con un jacobino enviado del infierno; y lo hace porque ama a Cristo más que a la vida cargada de potencias. Un empujón recibe que lo lanza contra la verja, frontera defensora del *Sancta Sanctórun* frente a las asechanzas del mundo engañoso. Don Pedro, que padece frecuentes arrebatos epilépticos, se agita echando espumarajos por la boca, y bracea y patalea como un poseso. Retroceden los soldados al verlo, quizá creyentes, quizá supersticiosos, y es el propio capitán Bonet quien, para dar ejemplo, golpea reiteradamente el cuerpo con la culata del fusil, y atraviesa el pecho del sacerdote con la bayoneta de uno de los espantados.

Han recibido los agosteros recado de no reñir con los militares, mas las mujeres de Valdepero no entienden los intereses que animan la política, y ante la cruel y despiadada actitud de los franceses, piensan suplir a unos hombres que prestan oídos a la autoridad y se los niegan a la sangre. Hablan en concilio de cuatro, de seis, de quince, porque se van sumando valientes, acaloradas. Hablan de ir al salón de baile y rescatar a las mozas de su propia cautela, y todas juntas, las unas y las otras - armadas de cuchillos tocineros, de atizadores del hogar, de rústicas escobas- asaltar al destacamento francés y cerrarse en el castillo por si vienen de Palencia refuerzos. Ya lo hicieron sus tatarabuelas en 1521, fecha que está grabada en el frontispicio de la fortaleza para que ningún vecino olvide. La mujer del Alcalde Mayor les baja los humos a las cabecillas con unos humos más altos de alcaldesa consorte, y todo queda en intento.

Está bien avanzada la mañana y el calor aprieta de lo lindo, pese a que unas nubes oscuras nacidas al Oeste se acercan al sol. El alguacil, que

ha traicionado a su pueblo en varias ocasiones en lo que va de día, por una sola vez engaña al enemigo. En las indicaciones dadas a la patrulla que quiere ir a Husillos -sólo en él confían los oficiales- aconseja la parte más quebrada, el camino de la Cuesta, y se ofrece a acompañarlos. Almorzarán en las proximidades de la villa y visitarán la abadía, pues tienen noticia de los relieves valiosos que cubren sepulcros de gente principal. Dos chiguitos, previniendo a los que encuentran al paso, se encaminan a todo correr por el pago de las Brujas hasta Villazalama.

Precisamente en esos pastos ocurre la pendencia que enfrenta, unos contra otros, al mundo entero y verdadero. El bosque frondoso tuvo su principio en un insignificante brote, el caudaloso río fue una fuente; en ésta oportunidad el germen estuvo en un leve reproche, dirigido a un zagal por el segador que descubrió el desaguisado. Recibió como un cantazo el pastor la reprimenda, y contestó con alguna inconveniencia superior. Su agarrada inmediata resultó un imán para quienes se percataban de cerca o de lejos de lo ocurrido; y ahora, transcurrido un largo rato, salta el calañés por los aires, del jubón de bayeta se toman, del calzón de paño de Astudillo; a tirones descomponen la figura y dan con el oponente en el suelo. Allí las puñadas en el rostro, allí las trompadas en el pecho. Sabino y Tirso defienden antes que a nadie a los trashumantes, a los de chaqueta de piel de cordero, a los que huelen a leche agria; mas no tienen reparos en apoyar a los labriegos, ya sean de Valdepero o de Husillos, y a los segadores recién llegados. La contienda va perdiendo la intensidad inicial, y salvo los heridos a garrotazos que buscan desquite, el resto se acomete con desgana. Dos chavales llegan corriendo como galgos, y anuncian la cercanía de los franceses. Relatan en dos o tres frases -más no se necesitan- los crímenes cometidos contra el ermitaño y el cura, las heridas causadas a los indefensos, los múltiples robos. El

exceso de tensión mata la reyerta, llegándose a la única determinación aceptable.

-¡A la cuesta! -grita un segador- allí los sorprenderemos.

-¡A la cuesta! -repite una voz que es un eco de voces, la unión de veinte voluntades al menos- que cada uno mude sus trebejos en armas: dalles, hoces, rastrillos, horcas, navajas, garrotes. -Añade el segador que parece más decidido.

-Poco somos si no recuperamos a los santos y vengamos a muertos y heridos. Poco somos si dejamos marchar a los soldados franceses sin escarmiento. -Así se expresa un desconocido Tirso en la parrafada más larga que de él se recuerda.

Alargan los chavales su carrera para dar aviso a los de Husillos y, al momento, horcas de guinchos puntiagudos -amotinadas, insurrectas- se yerguen amenazadoras; rastrillas de madera exhibiendo unos dientes desiguales, cual pendones de batalla o descabezadas cruces, se elevan hasta las nubes sombrías. Se enarbolan hoces de brillante filo, dalles temblorosos. Cachavas y cayados de fuerte apariencia bailan en el aire. Hondas giran preñadas de piedras. Óyese un fragor de batalla, un rumor de cortejo. Escopetas de relucientes caños se agitan buscando invisibles pechos franceses. Voces airadas maldicen a los culpables de la violencia y la rapiña, votos y juramentos prometen venganza. Sabino y Tirso descubren un uso agregado para sus navajas cabriteras, y de ellas reciben un valor crecido. Hombro con hombro marchan animosos en el grupo que se dirige a la Cuesta. Amigos, hermanos, una espiga forman los que antes se enfrentaban. No los separa el oficio, ni la circunstancia insignificante de haber nacido en un pueblo o en el otro, abajo o arriba; les une la defensa de aquello que les hace infelices, un albur que los lleva y los trae tras cosechas inciertas, a través de pedregales infecundos, apremiados por

inacabables obligaciones que requieren el tenaz ejemplo del sol para llegar a término.

En los cárcavos se apostan, en las linderas cubiertas de zarzas. Toman posición en los recodos del camino, en las grietas del barranco. Un cazador queda arriba, vigilante de la tropa, ceñido a su perro. Ya no pica el sol, el bochorno parece venir de las nubes moradas que cubren el cielo, de los pajizos rastrojos, de los sembrados enhiestos, de los polvorientos caminos. Llegan los franceses con sus lucidos arreos, con fusiles y sables; a lomos de sus caballos llegan, subidos al pescante de los carros. Son lo menos treinta y de sus frentes resbala el sudor. Piensan unos en sus padres, en sus novias, en las esposas dejadas en la tierra patria, en los hijos acaso; otros, los despiertos, los más perspicaces, se preguntan al paso medido de los cuadrúpedos, si es ésta la gloria que vinieron a buscar ilusionados; si es ésta la tierra, si son éstos los hombres, cuya derrota les ha de procurar la perseguida fama, si a contienda tan desapareja llamaba el emperador Bonaparte, y si los campesinos ven en ellos la grandeza de Francia: igualdad, fraternidad, libertad y progreso. Ya están al inicio de la cuesta y divisan Husillos, cuando unas gotas enormes se mezclan con la tierra suelta de las roderas, formando una mezcla que se hace barro denso. Cien truenos siguen de cerca a cien relámpagos o viceversa.

El diluvio es una realidad alejada del antiguo mito. Se ha concretado partiendo de un cielo negruzco, para precipitarse en un suelo ávido de líquidos, arcilla reseca. Ignorante de la zalagarda la columna entra en el declive con los carros situados en el centro. Uno va lleno y el otro esperan llenarlo en el pueblo que aparece allá abajo, al otro lado del río. Les ha dicho el alguacil que a la entrada hay una pradera y, en ella, un molino; espacio apropiado para acuartelarse. El camino se inclina por

momentos; y a la derecha o la izquierda se turnan el barranco y la alta ladera siguiendo un zigzag que busca suavizar la pendiente. Surge una jauría de perros: sabuesos, mastines y los indefinidos, hijos de cien mezclas; obediente a unas voces cuyo origen se ignora, la horda canina ladra a los caballos de los caballeros, a los mulos que tiran de los carromatos, muerde sus patas, espanta su decisión, muda el sentido de su energía. Se alzan de manos las bestias y algunos soldados besan el suelo. Se oyen disparos de escopetas emboscadas; no se distinguen las cabezas que miran a lo largo del tubo, no se ven los dedos que aprietan el gatillo. Cazadores, aprendices de bandido y los bandidos hechos han esperado mudos pegados a la yerba seca; respiran hondo, apuntan con tranquilidad y ninguno yerra. Cuatro, seis soldados se doblan en sus cabalgaduras y resbalan hasta quedar tendidos al borde del carril. En personas armadas de hoces se transfiguran las zarzas, de las cárcavas surgen cuerpos que el chaparrón difumina, en las grietas del barranco nacen figuras espectrales que agitan dalles, rastrillos y horcas. No basta la galga para fijar las ruedas a las hendiduras rodadas; crúzanse los carros, siguen la pendiente fácil y su peso arrastra a las mulas. Bestias y carretas descienden dando tumbos, soltando bocoyes de vino, costales de grano, imágenes sacras. Causando un ruido metálico las bayonetas prolongan cañones; se esparcen las órdenes a través de la lluvia, mezcladas con los gritos de pavor y las blasfemias. Los franceses reaccionan, y siguen al pie de la letra el manual que define las maniobras precisas en caso de emboscada. Un pastor cae malherido cuando la hoja ensangrentada de un sable abandona su pecho. Un gorro militar escapa de la cabeza aplastada por un robusto cayado. Cuatro, seis figuras armadas, procedentes de Husillos, se incorporan desde abajo al grupo atacante. Impetuosos caballos sin jinete se despeñan —ojos turbios en la líquida cortina, cascos torpes en el limo— sumándose a

los descoyuntados por las vigas de los carruajes: patas quebradas, pescuezos torcidos, vientres sangrantes donde las astillas se internan, tripas exhalando el olor de la cebada a medio fermentar. Se recortan en lo alto unos contornos esquivos; varios mozos de Valdepero se incorporan al combate. Momentos antes de esparcir su carga preciosa -el mejor vino de la comarca- los bocoyes aplastan a los que llevan las riendas en el pescante: uniformes empapados de caldo, voces reclamando un socorro que nadie puede prestar. El agua baja con poderoso ruido de arrastre, con rumor de torrente; lavándolo todo -rostros y vestiduras- manchándolo todo.

En su nuevo menester las navajas de los dos amigos logran el desquite: fisuras abren a los vientres quietos, a los costados esquivos, cruzan caras y marcan mejillas. Descubre Sabino que atacan a un raposo, a un hortelano de Husillos; ve que una pareja de ventajistas, militares de la Francia invasora, intentan matar a un prójimo de quien ignora el nombre. Bayonetas manchadas de sangre amenazan su vida, una por el pecho, otra por la espalda. Lo ve Sabino y salta como un tigre apretando la navaja en su puño acerado. Tirso observa el movimiento del amigo y lleva luego su mirada al espantado rostro de quien teme ser doblemente ensartado. Basta una seña -ellos se leen la mirada- y cada uno ataca a un soldado. Aprovecha el hortelano el trance y se escurre como anguila. Los franceses, adiestrados en su oficio, esquivan con facilidad los envites. La rabia que Tirso contagia a su brazo se disuelve en el aire sin más consecuencia. Fatalidad de fatalidades, el empuje que Sabino pone en su navaja, desorientado, se interna en el pecho amigo; y el corazón generoso de Tirso recibe a la hoja del hermano como hermana.

Cesa la catarata y se desvanecen las nubes descubriendo un azul muy intenso; el olor a tierra mojada, a nías húmedas, impregna el



ambiente. Sabino, dominado por una pena muy honda que lo ahoga, se sienta sobre una piedra blancuzca, truncada, solitaria; y desde ese punto de mira observa el tétrico paisaje de la cuesta, iluminado por un sol que ya ha traspasado la vertical hace tiempo.

-¡En mala hora compré las navajas! –Exclama Sabino a la vez que levanta la mirada dura y el puño cerrado hacia un cielo que ha recobrado la serenidad.

Ignora a ciencia cierta como se desarrolló el percance, más ya sabe que es el diablo quien temple las hojas de acero. Cree que su torpeza ha robado la vida al amigo del alma, y formando el ánimo amiga parte de la suya, queda él incompleto, amputado. La sangre que hace unas horas fluía briosa por las venas, alimentando sueños jóvenes, llevando a la acción los proyectos maduros, se mezcla ahora con el sucio légamo.

-Si en esto consiste la ansiada victoria -se dice asqueado- debiera ponerse sobre aviso a los contendientes antes de comenzar las batallas; porque si esto es la victoria, la victoria en las guerras no existe.

Pregunta su conciencia qué será de los seis hermanos de Tirso, de menor edad que el muchacho muerto, sin padre los pobres y con la madre enferma. En lo íntimo se hace responsable de su suerte, y la liga desde ese momento a la suya. Se irá donde haya dineros, los ganará y ayudará a la familia que él ha desgraciado.

A quince se eleva en el lado civil el número de bajas; cinco cadáveres y diez heridos de importancia diversa; cuenta entre los leves el alguacil, viajero en el carretón desocupado. Del bando militar no quedan supervivientes. Un grupo de caballos que ha salido indemne, mordisquea unos juncos al final de la cuesta, en el pequeño llano que cruza un regato mínimo. Hay soldados víctimas de sus mismas armas, sables, bayonetas, tomadas por los lugareños en defensa propia, en el propio ataque; pero los

hay que presentan heridas de navajas, de horcas, de hoces, y esos, ante el temor de una descubierta francesa que aclare el desastre, son llevados al pueblo y arrojados al pozo del castillo, a la insondable corriente subterránea en que se aprovisiona. Antes de dar parte a la tropa asentada en Palencia de lo acontecido en el pueblo, se ensaya el teatro que se ha de fingir. Hombres, niños y mujeres participan en la representación, para que a nadie se le escape un extremo que lleve al ovillo. Restaurada la confianza que en él tenía el Ayuntamiento, el alguacil se revela como un buen consejero. Los muertos propios, caídos a lo ancho de la Cuesta, se colocan en los escenarios del paso francés: el hospitalillo, el pósito, las ermitas, la puerta del castillo y la iglesia. Los vecinos proclives a aceptar en lo inexplicado la intervención divina, encuentran milagrosa la salvación de las tallas robadas al santuario del Consuelo, intactas cuando todo lo demás se ha hecho añicos. Acuerdan restituirlas al lugar de su culto, mas sin volverlas a los altares en previsión de nuevos saqueos; y emparedadas quedan en un esconce bien disimulado.

Inventan, con todo detalle, una explicación del suceso que los exonere de culpas: "Bebieron los soldados en el mesón hasta embriagarse, bebieron los oficiales en el Ayuntamiento; un alto hicieron para resguardarse de la tormenta y, abriendo la espita de los bocoyes, bebieron. Guiaron mal a los mulos que se despeñaron con toda su carga: allí están las duelas tronchadas de las carrales, allí las legumbres y el grano esparcidos, allí las vigas resquebrajadas de los carretones, allí los mulos mostrando sus vientres abiertos, allí están los cadáveres con aliento avinado. Los soldados abrieron pendencia unos contra otros, y unos contra otros los más se dieron muerte, desertando unos cuantos que conservaron la vida".

De la mano muerta de su amigo Sabino retiró la otrora atractiva navaja -puchítera de cabra, pata del demonio- y enlazándola con alambre a la suya -pezuña de lucifer- arrojó con rabia el odioso atado al pozo del castillo, tenebroso agujero, tras los cadáveres uniformados culpables de todo. Evitando enfrentarse a los franceses, temeroso de poner a prueba su rencor, sin tomar hatillo, sin despedirse; escapando de sí mismo e ignorando la causa, camina el desgraciado muchacho hacia el Norte. Se dice que va a agregarse a la cuadrilla de rebeldes encabezada por el Marquesito. Se dice que se suma a la partida guerrillera, porque odiando las armas odia más a los soldados franceses. Se dice que marcha a Lebanza donde quiere ser lego. Se dice que pretende llegar a Santander para embarcarse hacia América.

\*\*\*

## **El legado del rey**

Conviene antes de nada fijarnos al tiempo y al espacio, atarnos a algo sólido para impedir que el viento de la fábula nos arrastre. La urbe de Palantia es nuestra referencia inmediata, su proximidad amedrenta forzando a una actitud precavida. Tan sólo una legua hacia el Sur nos separa de ella, y la calzada sufre un trasiego constante: carretas que van y vienen cargadas de alimentos y tejidos, caballos al trote, transeúntes que marchan a buen ritmo. Somos dos pueblos libres, romano el suyo, celtíbero el nuestro, que convivimos y comerciamos a pesar de las diferentes costumbres y creencias. Guardamos, sin embargo, memoria amarga de los tiempos de hostilidad. Nuestros antepasados dejaron el relato de los constantes ataques sufridos por los vacceos, cuya raíz compartimos. Sobresale de entre todos el asedio de Marco Emilio Lépido a la Palantia original, situada a seis leguas de la nueva, en la confluencia de dos ríos. La rodearon los romanos, a muerte la cercaron, como serpiente abrazaron sus defensas. Nos pidió ayuda y enviamos soldados en su defensa. Heroico resultó el aguante. Una noche de luna llena la fuerza resultante rompió el cerco romano. Sobre ellos cayeron los cercados, animados por el auxilio singular de nuestra Diosa. En el fragor de la batalla, Aiana Luna se ocultó palmo a palmo, hasta agotar su resplandor. Se eclipsó del todo y la noche fue misterio de fábulas terribles, ulular de lenguas y gargantas, redoble de tambores improvisados –calderos invertidos, marmitas, búcaros o cántaros- espanto de las bestias. Huyeron los romanos perseguidos por sus miedos, espantados de la súbita desaparición de la Luna y de las causas misteriosas, mágicas. Sufrieron

tan dentro la derrota, que a no ser por la clemencia de los sitiados, los sitiadores, desorientados, hubieran perecido. Es tan sólo un ejemplo, puesto de relieve para afirmar que somos al poderoso vecino como avecilla para el águila. Asediaron los romanos a Palantia, una y otra vez hasta lograr su destrucción. Se apropiaron del nombre dándose a la nueva, levantada junto al río Nubis.

Aldea y castro forman el asentamiento de nuestra tribu; tierra llana de vegetación copiosa, y alturas suficientes para albergar los altares sagrados rodeados de matorros, árboles y arbustos. Ocupamos valle y ladera, páramo y llanura, monte bajo del este y las grises cuevas ricas en mineral de yeso. Fuentes, manantiales y arroyuelos salpican los campos de verdor y de alamedas; “lugar del agua que surge” lo llamamos por ello. El trecho fluvial que conviene al contorno divisor en el noroeste, abre puertas impensadas a nuestro proceder industrial, entregando a las azadas una vega fertilísima y sabrosos peces a las redes. Cuando miramos hacia atrás, resultamos ser casta compuesta de pueblos mezclados. Si bien enaltecemos las ramas ibera y celta situadas en el centro de nuestro ser, y nos consideramos hermanos de los vacceos, nuestros jóvenes están dispuestos a emparentar con cualquier miembro de otra tribu que busque pareja. En materia de raza, costumbres y cultos, en la verdad sacada de los hechos repetidos, demostramos ser opuestos a la ortodoxia intransigente. Independientes nos sentimos, permeables a las nuevas corrientes, aguas que toman la forma de los meandros sucesivos. A pesar de su tamaño, de igual a igual tratamos a Pallantia, que prefiere el acuerdo y nos respeta. Colectivistas, fieros y nobles: tres palabras nos definen que, sumadas, multiplican.

En otoño repartimos las parcelas del campo por sorteo. Aramos y sembramos cada lote usando cabeza y corazón, y almacenamos en común

la cosecha. Uno por uno vamos entregando todo lo recogido, para tomar del silo a lo largo del año según las necesidades particulares. El cultivo cereal y el cuidado de los rebaños de cabras y ovejas, reclaman el esfuerzo íntegro de nuestros brazos y nos procuran sustento. Lana hilan las mujeres, y tejen prendas de vestir que logran nombre allá donde llegamos como mercaderes de trueque. La doma de toros y caballos salvajes es servicio adecuado a los que poseen fuerza y empuje, destreza en el manejo de los lazos: soldados expertos en el uso de las armas, caballeros hábiles e intrépidos, mozos arriesgados. Los animales poco dispuestos para el tiro o la carrera, los menos nobles, se sacrifican en el Templo para propiciar circunstancias favorables a la vida, las que dan suelo y cobijo a los hechos amigos. Nos llegan noticias esporádicas, que hablan de inmólación de tiernos cuerpos de púberes muchachas en territorios alejados; mas los dioses son lo que sus pueblos, y nuestras humanizadas deidades -felizmente contagiadas de las leyes sociales que nos rigen- los rechazan.

En la falda del Pico Taragudo, al pie del Lugar Sacro, entre arbustos verdinegros y flores coloridas -rumor tranquilo del agua descendente- brota el venero salobre que sirve a los presagios. Caen al agua, arrojados con fuerza que la divinidad ayuda -brazo débil de la Primera Sacerdotisa- once guijarros de colores; verde oscuro, azul pálido, gris intenso, ocre desvaído, uno tostado y otro rojizo que estando junto al negro anuncia la muerte a manos de enemigos. Enturbian las piedrecitas el agua en su embestida, nubes de polvo levantan que cubren el escenario. Cuando vuelven los posos al fondo, enmascaran parcialmente el cuadro colorido de los cantos y, en la disposición de unos frente a otros, se entrevé el futuro que los dioses reservan al humano. Quien habla el lenguaje divino y entiende a la divinidad alzada sobre todas las cosas, es

hembra erguida de figura elegante y rostro bello; altiva dirige la mirada y acompasa la voz a los gestos de sus brazos, haciendo resonar la palabra en la bóveda bendita con respetable dignidad. Sólo ella interpreta fielmente los dictados y procura certidumbre a los mensajes.

Augur y sacerdote se hacen uno, complementándose para ensalzar a Aiana y ordenar su ritual. Son varón y mujer: él se ocupa del culto al Sol, ella entiende los cambiantes aspectos de la Luna, y sirviéndose de la adivinación ilumina a los demás el camino. Dual es nuestra Diosa, de ahí la duplicidad de elementos dispuesta en el santuario. Un doble umbral nos recibe, donde la Puerta de Oriente acoge los virginales rayos del Sol, y la Entrada de Poniente se alegra del triunfo momentáneo de la Luna. Fundamentos primigenios –Sol y Luna- unificados en Aiana; ninguno es más que el otro, se suceden en inalcanzable persecución y se necesitan ambos; juntos propician el orden y la falta de uno originaría el caos. El inestable equilibrio universal depende del renacer constante de su armonía. Asume Aiana la protección de los creyentes y revela los hechos que vendrán acompañando al tiempo.

La madre es en nuestras casas el sostén de la familia, la columna que sujeta el techo, la viga poderosa que mantiene las paredes en su sitio. Acoge bajo su manto a los críos como el ave cubre con sus alas a los polluelos, educa y saca adelante a la camada, dispone la comida y el vestido, ayuda en el campo y aconseja al esposo. Y lo hace en silencio, sin llevar la cuenta de los beneficios que se le adeudan. El padre, durante el día espacioso, labra la tierra, pastorea, ejercita sus fuerzas y habilidades, caza y participa en los asuntos comunales; de noche celebra con ruidosos amigos sus conquistas o se apresta -del mismo modo- a olvidar las tristes derrotas. Apenas conoce los nombres de sus hijos, y los confunde reiteradamente suscitando aflicción en los interesados y gran



alborozo en el resto. Mas llegado el momento de la iniciación, se ocupa de adiestrar a los varones en las complejas técnicas de labranza, en las habilidades de la lucha y en el arte del comercio; y lo hace con gusto, consciente de la importancia de su papel.

“Soy el primero, soy el último. Mi reino está en el precipicio y en la altura. El águila soy, soy el cordero; el toro bravo y el tímido ratón que no se atreve a salir de su escondrijo. En mi interior conviven los contrapuestos: ínfimo y supremo, apresurado y lento, ardoroso y frío. Desánimo y empuje lleva mi corazón hasta los brazos, y mis brazos le devuelven optimismo o descontento, dependiendo de que persigan insignificancias o intenten tareas de titanes. Al juicio de la Suprema Omnipotencia someto mis dudas, y si yerro siguiendo sus indicios, padezco igual congoja que ante los desaciertos inducidos por el desamparo. No seré yo quien culpe a los hados de mi extravío; quien denuncie a las luminarias nocturnas, imprecisas indicadoras del Norte, si me pierdo. En cualquier caso, se impone la cordura que aconseja drenar de angustias previas el proceder futuro. Y así un día y otro, sin desfallecimientos notables. Pagadas las desventajas a su justo precio, reiteradamente me sobrepongo a la calamidad; confieso, empero, que debo a mi madre el hábito adquirido, no es virtud que pueda atribuirme.

Con el excelso título de Centinela de la Justicia me anunciarán en la antesala del dios Sol y en el portal de la diosa Luna, y dirán, como explicación bastante para justificar mi renuncia indiscutible, que deseando descansar del encargo pido mi relevo. Tal eufemismo contempla la fórmula oficial y nadie lo ignora, así que no debo desmentirlo. Elogiarán los heraldos en mí al incansable buscador de saber, al perseguidor de la justicia sin desmayo, a aquel que sigue las sendas apartadas movido por el deseo de llegar a nuevos lugares, a quien ara tan profundo el campo fértil

como el estéril y pacta con los invasores hasta un millar de veces si con ello frena su avance. De mí afirmarán que fui para ver, vi para conocer, conocí para comparar, comparé para escoger y no me fue dada la elección. Añadirán que fui filósofo y amé la verdad anidada en el interior de los corazones. No denunciaron con verdad los escasos adversarios otro comportamiento mío, distinto al noble y recto en el que fui educado. Ni los que se oponen a mi paso añadieron a mi nombre mácula o sospecha para no caer en el descrédito. Nada hice en mi provecho que perjudicara a otros, nada que aumentara mi hacienda, nada que me atribuyera valores innmerecidos. Otra fue en verdad mi pasión, otra mi culpa”.

En los últimos momentos de mi respiro, yo, vuestro amado Rey, sereno como las noches estivales, desinteresado como el amor materno, deseo manifestaros mi parecer sobre la existencia, crecido en el fondo de mi pecho desde que tengo memoria. Como la urraca he ido atesorando momentos preciosos, llamativos; como la ardilla tomé lo provechoso y lo puse en la panera común a la espera del hambre; como la hormiga acumulé reservas suficientes para el invierno. Hice más las meditaciones de otros que me precedieron, enfrenté su contenido a los sucesos cotidianos -ordinarios e insólitos- y valoré la profundidad de su defensa y ataque. Corté, uní, me deshice de los adornos sin valor y de los reflejos brillantes. Hoy, cribado y ordenado todo el acervo, dispuesto está para salir a la luz en forma de palabras escritas. Ya no son las sentencias que tomadas como ley pudieran modificar vuestra conducta -por esa razón las guardé- son la opinión nacida de la experiencia de un hombre de voluntad recta. Sólo vuestro provecho persigue el código que mando redactar con esmero.

En él escribe así el escriba: “Una sola vida nos es dada, de manera que el fruto de la erudición propia ha de madurar temprano o no

alimentará nuestra conducta. Así como escapáis del fuego, habéis de huir de todo aquello que representa aflicción. Perseguid la felicidad antes que cualquier otro bien, porque la propia búsqueda os será útil y, si, afortunados, dais con ella, no la reservéis para el disfrute propio, compartidla; pues en la donación se reproduce, y guardada en urna se amustia y palidece. Para alcanzar la dicha nacemos; venimos a desarrollar facultades que mejoren lo que nos rodea, y de esa actividad obtenemos gozo. Aquí y ahora es posible encontrar el Paraíso, porque verde y fresco está en nosotros. A modo de serpiente disimulada entre las piedras que bordean el camino para no ser vista -temor o sigilo- así obrareis con los adversarios. De la manera en que consideráis inocente y sin castigo la conducta de la piedra desprendida del vallado sobre vuestro pie, así debéis actuar con los que os ofenden. Porque la injuria, para ser ella misma, necesita de ambos, del ofensor y del ofendido. Sólo con agravante no hay afrenta, sólo con afrentado no hay agravio. Tenaces seréis, sin embargo; perseverantes en la defensa pacífica de los asuntos que os conciernen: opiniones reforzadas por la experiencia, derechos nacidos del esfuerzo, libertad conquistada lentamente, vida que a los demás sirve, el indivisible acervo. Ese trance probará vuestra prudencia, hará patentes la medida y el tacto; madurez y sabiduría que concilian la paz y el legítimo disfrute de los recursos alcanzados”.

Aiana es diamante de múltiples facetas, día y noche a un tiempo, luz y sombra simultáneamente, vida y muerte que a la otra originan, oriente y crepúsculo en vecindad. Aiana es la esencia del espíritu femenino, poseedor de dos corazones prestos a amar al hijo y al esposo, a defender las posiciones conquistadas, a despejar su marcha. Labrada en roca dura está -Diosa enaltecida por los seguidores- afianzada sobre el Ara firme. Ofrendas debidas al Sol, inmolaciones entregadas a la Luna,

ocultan montañas y ríos de la Tierra Ignota, puesta de escabel por su esposo Pergio el día feliz en que nació Muradis, hijo de ambos. Los pies desnudos de Aiana caminan perlando de beneficioso rocío los campos, protegiendo de las asechanzas a los fieles, fertilizando el suelo que pisan. Bajo su pétrea imagen, serena y dulce, se encuentra la doble losa del sacrificio. Allí la quietud, allí la tregua, allí los miembros laxos y el respirar pausado de los sueños beatíficos, el recogimiento y la meditación. Dos suaves tramos de sencilla escalinata -veintidós peldaños labrados en tosca piedra traída del páramo cercano- dan acceso al lugar de los ritos, cada uno por su margen. Bajo ellos, la cueva misteriosa y ténebre oculta huesos de animales sacrificados: équidos, bóvidos, ovinos; y las lanzas, espadas y puñales que acaban con la vida persiguiendo la más prolongada de las existencias, la eternidad infinita. Parten dos canales de la roca labrada, y en sendos pocillos logran su término. La sangre del sacrificio llega por ellos al fondo de la caverna, y allí la toman sacerdotes y sacerdotisas, entregándola en bebedizo mezclada con vino, a los fieles adoradores de una u otra vertiente de la Divinidad. En los lavabos que ocultan las puertas de entrada, ahondados en las columnas del arco, los ejecutores del sangriento sacrificio se enjuagan las manos. *Me ofrecerás la vida inhábil y no quedarán en ti huellas del sacrificio:* exhorta un renglón del Mandato.

“Soy el señor de las pálidas laderas ricas en cristales de yeso, el caballero de los verdes valles bien labrados, el poseedor de los yermos calizos, el soberano de la ribera del río y de los arroyos numerosos, el gobernante de la tierra oscura que sacia a quien la cultiva. Sólo aquel que barbecha con igual diligencia todos los pagos, puede decirse agricultor. En socorro voy de la viuda que carece de bueyes, del infante que llora a su madre difunta, del anciano que no puede enderezar la espalda. Vuestro

servidor soy. Soy aquel que en la paz advierte sobre los daños de la guerra odiosa, y en el combate aborrecible escudriña la fecunda paz. El que tiende la mano abierta soy; el que no ataca hasta haber recibido el séptimo ultraje. El que ayuda al discrepante a comprendernos desenredando malentendidos, razonando diferencias; el que concilia voluntades contrarias -pájaro y culebra, lobo y cabrito- y nada le sujeta de forma permanente. El que conserva a los jóvenes al lado de sus madres, novias y esposas, el que proporciona prosperidad al poblado. Ese soy, el de la mirada alta puesta en el último horizonte hacia donde dirige las pisadas, el que está dispuesto a mudar el objeto de sus actos si la razón lo dice. El que ve el mal como gruta lóbrega, y encendiendo hogueras avanza miradores a la esperanza. El que no se rinde ni se entrega al desánimo, porque sabe que su despensa interior guarda recursos bastantes para el más largo de los asedios”.

En las noches de plenilunio cercanas al solsticio de verano - triplicidad de fiestas que dan contento a los dioses- internos a un círculo de antorchas los jóvenes danzan siguiendo el son de gaitas, flautas y trompetas. Como muestra de acatamiento de la voluntad divina, saltan a lo alto y caen en tierra forzando la genuflexión. Entre dos volteretas apuran vasos formados de terracota que de mano en mano pasan, continentes del vino y la sangre de la expiación. Hasta el amanecer repiten los frenéticos ritmos y la progresiva cantinela: doscientos veintidós salmos, doscientas veintidós piruetas. Si de la cópula sagrada a que se entregan los célibes iniciados se deriva un nacimiento, Aiana lo protege y para sí lo reclama. El signo grabado en el brazo de la criatura, la convierte en elegida en medio de los demás infantes. Al mostrarse la adolescencia en el cuerpo y los modales, ingresará en el Templo e iniciará su preparación sacerdotal. Por entero se dará al estudio de las artes y las

ciencias, al análisis profundo de los trescientos treinta y tres renglones del Mandato, a la inteligencia de los misterios divinos; intensamente se aplicará a la predicción hasta dominar las enseñanzas. En temible ceremonia, tensa y prolongada como maroma de la que tira un caballo, cuajada de pruebas complejas -caminar un pasillo de tizones encendidos, reprimir el pavor a la serpiente, aceptar sin herida la humillación de la ceniza en los cabellos- será consagrado al servicio de Aiana Sol si varón fuese, de Aiana Luna de ser hembra. Gloria de su familia son los hijos entregados a la misión religiosa, la madre sube un escalón y andando el tiempo, una de entre ellas llegará al Consejo Real. A más del conocimiento exhaustivo y del cumplimiento escrupuloso del Mandato, se les exige la virtud que prometen en la ordenación; con pena de suplicio y muerte se castiga su desdoro. Los jóvenes, esposados en tan magna ceremonia, intactos hasta entonces, siguen aún nueve meses separados, para situar con seguridad en la solemne unión el origen del parto. *A mí vendrán immaculados, de mi partirán fértiles; noches de plenilunio, previa y dorsal del solsticio de verano. El fruto de su amor me satisface.* Señala en el Mandato, otro renglón.

Me quedan aún siete días de existencia y no trataré, en imposible quimera, de mejorar lo ya hecho; el río no regresa a la fuente. Sólo me resta incluir en el código que dicto al escriba, el relato de últimas intenciones -fruto de la experiencia adquirida- esperando que pueda ser útil a mi sucesor y al pueblo inquieto. Criadas con mimo fueron las terneras, en ausencia de roces y rasguños; sangradas por completo en su sacrificio. Su finísima piel, persiguiendo el pergamino perfecto, ha sido dispuesta por el calígrafo: raída, adobada, estirada y seca. Y dicto al escriba: “En primer lugar desnudaré cuerpo y espíritu de toda pertenencia. Tan desvalido como soy me veréis, tan frágil como sois me veréis, tan

incierto como soy me veréis; tan animoso, tan recio, tan pujante, tan esperanzado. Todo lo extraño es superfluo, todo lo prescindible es ajeno. Poco necesitaba de lo que he poseído, nada me quedará de lo que tengo. De mi ajuar, una muestra elegirá el Depósito de Elementos Tribales, acopio de la memoria de nuestro itinerario; el abundante resto -en ausencia de hijos que se reclamen, de mí, herederos- pasará a los más necesitados, que dejarán de serlo sustituidos por otros a la espera de mejora. A mis súbditos y a sus descendientes confiaré mi pensamiento, libre como la marcha inexorable de las cosas -lluvia y aves, viento y aroma de las flores- montaraz como las cabras que en los picachos se alzan sobre las patas traseras. Y mis obras, buenas y malas, a la opinión de los que me conocen, a la historia; árbitro cuyo veredicto no temo”.

Dentro de siete días tomaré voluntariamente el bebedizo que el Gran Ungido traerá en el Cuenco de la Alianza. Me imagino en trance tan riguroso, y desde el pasillo central del Templo veo avanzar a su Venerable Ancianidad con pies cansados, hierático, revestido del morado sobrepelliz, símbolo del poder que la Trinidad otorga. Aprecio sus albos cabellos ralos, su larga barba agrisada, ocultos a medias por la tiara protectora que inmuniza contra las pasiones más comunes. Lo escoltan dos filas de jóvenes esbeltos, gráciles, ensabanados de níveas túnicas de lino, testimonio de continencia y candor -once sacerdotes a la derecha, once sacerdotisas a la izquierda- encabezados por el Sumo Sacerdote, por la airosa silueta de la Sacerdotisa Máxima, mágico contraluz de las llamas vivas sobre la pared oscura. Las manos temblorosas me entregan el Vaso del Desagravio, y apuro hasta la última gota por si ella fuera imprescindible para que el conjunto surta efecto. Será la única vez que beba en la Copa de la Concordia; Aiana, Pergio y Muradis están en su exterior representados, soberbio relieve de escenas cotidianas. El día de

mi entronización decliné ese privilegio en servicio de la humildad y de la sencillez. “El Primer Ungido -responsable del culto a la Trinidad, intérprete de los deseos divinos, juez supremo en asuntos de iniciados- y mi bondadosa Madre, fomentaron en los hijos varones aptitudes ajustadas a la ocupación de Rey; nos advirtieron de los peligros que acechan la ruta de quien gobierna, y la grave responsabilidad contraída, demandante de soporte sólido a cada uno de los pasos. Sobre el orgullo alertaron: hace creer al gobernante merecidos los cargos y empleos, los elogios recibidos; construye un pedestal al que lo eleva y le inclina a mirar a los demás, sus iguales, por encima de las cabezas, suponiéndolos bajo él en razón de los méritos. Y entre asuntos que a mí me parecieron baladíes, nos avisaron del mal que acarrea beber en crátera de oro vino reposado menos de diez años.” No es de hoy, de siempre las madres, con mirada previsor, estuvieron atentas a los revulsivos que alejan el peligro de sus tiernos tallos bien amados; Reina Madre, la nuestra, no iba a serlo menos.

“Las potrancas son preñadas por el viento Cierzo, en acción delegada de Pergio, Dios de la Tierra, que Aiana esposó sobre un campo de avena alta y verde. Quedan fecundadas las yeguas mediante su soplo y paren potros tan veloces que no pisan la tierra, de ahí que se les piense voladores; pero ocurre verdaderamente que la rapidez de movimientos y la agitada polvareda impiden ver los cascos apoyados en el suelo, tomando brevemente el impulso que los eleva gráciles. Con reiteración observé el fenómeno, estudié su galopar desde todas posiciones y el misterio descubierto os confío”.

“Muradis, único vástago de Pergio y Aiana, mora en su propio santuario junto al erigido en honor del Padre, alejados ambos un tiro de flecha del templo materno. Los devotos jóvenes del Hijo, piadosos y fornidos mocetones, piden con ahínco el crecimiento de la capacidad



guerrera o amatoria, y se esfuerzan tanto por conseguir la perfección, que convierten en innecesario el respaldo divino. Esta experiencia he constatado, y el misterio repetido os abro y descubro. No desmantelo sólidos tejados porque sí, tras la verdad camino; mas os prometo que si sé de algún milagro al punto os lo diré”.

“Desconfiad de quien alcanzó fama de virtuoso sin vivir en consonancia con la virtud. Abrid vuestro corazón al malhechor arrepentido. Dos unos juntos -producto de la duplicidad de nuestras creencias- y sus múltiplos, deciden cantidades relativas a las cuestiones más dispares, lo que prueba la poca importancia que la acumulación posee. Podría ser otra la cifra resultante en muchos casos, pero se fuerza, alargando o reduciendo, hasta que se ajusta a lo aceptable”. Junto al once permanente de la tribu, el oráculo señaló al siete como número sacro de mi reinado. Sus labios femeninos, tan delicados que de haber sido efigie el escultor alcanzara en ellos la perfección y fama inaudita; los labios de la pitonisa, Sacerdotisa Máxima, tan primorosos, liberaron profecías satisfactorias sobre el período de mi dominación: prosperidad que florece en la tierra abonada de trabajo, alianzas provechosas, tranquilidad en las fronteras La boca amada fijó, por añadidura, la hora y la forma de mi muerte”.

De modo que dicto al escriba: “Manos a la obra me puse. Sabiendo reducido el tiempo disponible, y conociendo su límite exacto, fui a lo concreto, evité divagaciones inactivas. En la cripta del templo depositó mi madre, en legítima oposición al destino desvelado, un odre lleno de vino joven, cosecha del anterior otoño, que había de envejecer aprisa ganándole dos años y medio al presagio. Dentro de una semana daré cumplimiento al vaticinio que me reserva un fin conocido en todos sus detalles; privilegio de reyes que agradezco más que ningún otro. La

madurez del jugo de la uva será insuficiente para obrar en mi favor, la cueva de las divinidades no acelera el proceso. Aunque debo decir que nunca creí en el poder salvador del vino aún siendo la década cumplida; habladurías de comadres, supersticiones ignorantes, opiniones dictadas por el interés torcido de los mercachifles”.

Calló el oráculo la causa de mi muerte, que se pensó enfermedad o herida en la batalla; por lo que a punto de llegar el tiempo fijado, a la vista de mi aspecto saludable, y disfrutando nuestro pueblo de una larga temporada de paz, los descreídos dieron por errado el augurio. No sucedió así; mi amor, concentrado en la Máxima Sacerdotisa de Aiana, desde tiempo atrás correspondido, se conoció en esos días. Tras una semana extendida por el tormento de la espera, a muerte nos condenaba el testimonio múltiple del rumor popular. Al cabo supimos que el Consejo Real y las Tres Palabras fijaban la consumación del duro castigo, justamente el día establecido por mi amada en su función de pitonisa.

La promesa solemne de castidad que obliga a la Sacerdotisa Máxima, le hace más culpable; mi posición de Rey agrava los hechos. Plumas movidas por el viento del destino con tal de darse a sí mismo cumplimiento, nos juzgan los más afines. Mas no es cierto, libres fuimos para amarnos, sólo nuestros corazones marcaron el sendero. Nos admiramos en secreto -pecho dolorido, impotente voluntad- desde el día de mi coronación, en la que participó ella por razón de su rango. Recuerdo sus armoniosos dedos sujetando etéreamente la preciosa corona, compitiendo aventajados con la plata y las piedras preciosas que la forman. A la altura de su suave seno la elevó, avanzó con ella palpitante, ligera y firme sobre sus pies desnudos, alcanzando al Ungido junto a mí para entregársela. Un rubor vivo encendió la rosa de sus mejillas al pronunciar las palabras rituales, mis ojos y los suyos se encontraron en el

cercano infinito durante una breve eternidad. El septenio incompleto nos vio padecer y gozar de la afinidad nacida, respirando el mismo aire sin poder hablarnos, diciéndonos con la mirada y la sonrisa tanto como pueden expresar las palabras y las manos; siendo el uno para el otro objetivo y fin de sus actos, deidad sustituida. Ahí está la culpa, ahí los celos divinos se justifican.

Hasta la feria de Oriente y Occidente -gran fiesta de Aiana- no se concretó nuestra pasión. Coincidían después de veintidós años Solsticio de Verano y Plenilunio, las festividades de primavera y estío quedaron unidas, la alegría popular se desbordó en cataratas que todo lo inundan. Por doquier el fuego parpadeaba sus recados galantes. Árboles y arbustos, la hierba acogedora, el aire cálido, los aromas del romero y del espliego invitaban a dejarse llevar por la corriente. Nos abrazamos hasta el alba, cuerpo a cuerpo luchamos, y un triunfo doble premió nuestro esfuerzo. Incógnitos nos vimos, confundidos con las parejas que apenas se ocultaban en la nocturna oscuridad del campo. Aiana, ofendida y halagada a un tiempo, justa finalmente, iluminó con su faz de Luna nuestros rostros dichosos, y fuimos conocidos sin lugar a dudas. Primera y única ocasión de colmada felicidad, pecado punible con la muerte. Desaforado castigo que acepto parejo a la causa que lo motiva. Otra y mil vidas diera por repetir de nuevo el encuentro. Se conforma mi afán y, como afirmando, se interroga satisfecho: ¿No valió la pena, acaso, conocer el Paraíso, entrar en él, sentirlo propio?, ¿no corona mi vida y la suya, unidas, Amor de tan altos vuelos, de tan holgada magnitud como el logrado por nuestra espera?, ¿no hemos de agradecer a los dioses el caminar que el castigo interrumpe, si el sentimiento albergado nos torna mártires de nuestra voluntad?, y ¿no habremos de preferir la muerte

cuando la vida nos condena a una separación indefinida? ¡Dulce final por tantos envidiado!, termina mi afán por exclamar.

“¡Respétese el oráculo hasta en sus mínimos detalles, sí! En nombre de mi madre acátese el oráculo, obedézcase el auspicio en nombre del pueblo, en nombre de las divinidades tenga la predicción exacto cumplimiento. Llévase a puntual observancia el oráculo porque es la voz una y múltiple del pueblo, el verbo rígido y sagrado de los dioses, la expresión flexible y amorosa de la madre del Rey. Si se hiciera caso omiso de la coincidente voluntad del Consejo Real con las Tres Palabras, se cuartearía el arranque de nuestra civilización, pues sabido es –se enseña a los escolares - que nuestra cultura tiene su basamento sólido en la firmeza de esos pilares invariables: Pueblo, Dioses y Maternidad. Si se desoyera la voz de la profetisa, nuestra forma de vivir enraizada en las costumbres tantas veces probadas, se resquebrajaría. No seríamos nosotros, otros seríamos y por otro nombre debería conocerse”.

Pero ¡ay! de la Augur si por su cuenta sentenciara, siguiendo impulsos del corazón variable; ¡ay! de la Vidente si no fuera simple instrumento del destino; ¡ay! de la Adivina que buscara algún provecho, que tuviera voluntad de mejorar situaciones, o se inclinara de uno u otro lado; ¡ay! de la Pitonisa puesta al servicio de causas justas o injustas, que no hiciera de mero cauce para la intención divina. Sus padres, sus hermanos, sus íntimos amigos, serían repudiados por el pueblo y no obtendrían el descanso de los tiempos inacabables. Ella misma sería testigo de la extinción de su obra antes de morir lapidada, desasosegado el espíritu por el abandono del cadáver al hambre de las alimañas. Escrito está en el Mandato.

“Puedo eludir el destino así trazado, me es dado circunvalar el peligro; la barca del poderoso siempre encuentra salida en los puertos de

la desgracia, un viento favorable empuja la popa, olas propicias permiten el avance de su quilla, pero ¡cuidado! un Rey dispone de recursos que no son suyos”.

Ofrecería todo lo terrenal por librar a mi amada de los doscientos veintidós azotes que ha de recibir, y yo debo infligirle. Hoy, en la ceremonia inicial, se leerá la sentencia ante las enfebrecidas gentes que sueltan rienda a sus instintos. Calmados los gritos de venganza o de piedad, yo arrojaré veintidós veces mi amoroso brazo contra el dorso desnudo; rasgará el aire desvalido mi látigo, cortará la piel indefensa y sometida, marcará a fuego su abominable contacto; y por si no bastara, dos personas elegidas en legítima representación del pueblo -Consejeros Reales- sobre el campo de batalla ensangrentado descargarán sendos golpes de fusta. Desde mañana hasta los instantes extraordinarios que preceden a nuestra inmolación forzada, a razón de una cada día, seguirán seis tandas de treinta y tres flagelos. “Daría cualquier posesión, todas juntas incluso, porque saltara el tiempo del castigo como un atleta brinca sobre el foso de arena, pero qué virtud representa entregar lo que no podré llevarme. Haría de otro mis méritos a cambio de librarla del suplicio y del baldón si Aiana aceptara”.

“No quiero, sin embargo, huir con mi idolatrada como es sin duda nuestro deseo; explícito el de ella, oculto el mío. No, no lo haré; pondría en juego el honor que con reiteración ha sido mi verdadero patrimonio. Dos caballos, blanco y negro, opuestos en su tiro, desgarran mis músculos, descoyuntan mis huesos. Alerta mantengo la voluntad, unida con firmeza al cerebro, prevenida del deseo sin respaldo ortodoxo. Un Rey debe conocerse y dominar sus vehemencias, de otra manera, ¿cómo logrará superar a sus enemigos, por qué mérito le seguirán sus partidarios, qué derecho invocará en la aplicación de la justicia?”

En la corta entrevista concedida por el Consejo como favor postrero, ella -mi amor único, mi sentir desbordado, mi criatura predilecta- angustiada de certidumbres me suplica que reserve mi vida sin renunciar ella al duro castigo que merece. El suplicio recibido de mis brazos a modo de caricias, y la muerte liberadora, bastarán. Aiana se considerará pagada con su exclusivo sacrificio, asegura vehemente mi verdadera vida -sangre de mis venas y aire de mi respiro- conocedora e intérprete del divino pensar. El Primer Ministro, camarada, traicionando sus juramentos, me ha ofrecido el más rápido de los corceles y salvoconductos extendidos por su mano. El Primer Sacerdote, apiadado, traicionando su fe, me habla de un disimulado pasadizo que llega hasta el valle, donde espera un carromato de seis ruedas presto a la partida; incluso una noche propicia ha pedido a la Trinidad y una lluvia fina que borre las huellas de herraduras y envejezca las rodadas recientes. Dos bolsas repletas de monedas de oro -aceptadas en todos los confines y estimadas por los romanos por encima de la plata- he rechazado a un grupo de súbditos leales, agrupados en facción defensora.

“No, no, y mil veces no. No existen pontanas ni troncos tan largos que alcancen los dos lados del río ponzoñoso de la culpa. No me refugiaré en el regazo materno, protector y cálido. Justo es que entregue el óbolo de mi sangre inflamada en la ceremonia de la expiación. Mi conciencia sensible exige que soporte la carga debida. Forzar un paso entre los escollos, por estrecho que sea, es labor que rechazan mis convencimientos. Aceptaré el destino en la forma mostrada por la conjunción de piedras en el agua. Hace casi siete años que la muerte compañera fue aceptada a ojos ciegos por mi virtuosa Madre, presidenta ya del Real Consejo, fiada de mis fuerzas. Garante de la rectitud de los actos que desgranase el reinado, entregó su honor en prenda de mi

voluntad, por humana, débil. No debió hacerlo, pienso, pero una madre da su carne en alimento filial, da su sangre en bebida, el aire de sus pulmones da en respiro del hijo; y nada espera a cambio, nada desea más allá del bien que inunde la vida desprendida de sus entrañas.

Quién iba a pensar que las muestras de cordura dadas por mí, su segundo hijo, la formación adquirida en los viajes a países amigos, el interés puesto en el desarrollo de los hechos y en sus causas ciertas, la curiosidad por las ciencias y las artes, la intención recta y la entrega ardiente a los asuntos de todos; quien podía pensar que esas cualidades mías iban a quedar ocultas tras el amor prohibido. Tales valores, considerados necesarios en un monarca, contrapuestos al espíritu apático de mi hermano mayor, descartada mi hermana por su expreso deseo, indujeron a nuestra madre a designarme príncipe, heredero del Rey mi tío. Quién podía sospechar, reitero, que todas esas virtudes manifiestas habrían de tener el punto flojo, la duela desprendida, en mi corazón sensible y permeable, incapaz de oponerse al amor, en el comportamiento honesto que me impide matrimoniar por intereses de Estado. Mas el futuro reserva sorpresas a las madres, cuando los hijos se sirven de la propia voluntad y desarrollan un carácter libre. Así torcí el camino de sus pretensiones, y lo zanjé para los futuros pasos familiares; esa herida le produjo en conciencia, hija y nieta de madres de Rey, señora a quien su propio vientre da la espalda.

Si en mi reinado disminuyeron la pobreza, la guerra y la injusticia, mérito y beneficio al pueblo corresponden. Si fracasé en empeños bienintencionados o caí en olvido de valores que la gente tiene derecho a demandar a su soberano, por injusto que resulte, es mi Madre quien erró al elegirme y rendirá de ello cuentas. Al destierro le condena también mi manera de reaccionar, acorde con las creencias íntimas; mi aceptación de

la culpa y el castigo. La fuerza mi conducta a salir de esta tierra que es la suya, y la de sus antepasados hasta donde los legajos prueban: vega fértil del arroyo Grande, llanuras arboladas y laderas grises, manantiales y pozos donde se abreva el ganado, páramos pétreos y montes de encinas. Triste compañía será la memoria del hijo caído en quien cifró su mayor deleite. ¡Ah!, pero mi deshonestidad, mi cobardía, mi huida a través de los países amigos con falsas credenciales y monedas verdaderas, hubieran agravado su deshonor, pisoteando el bancal fecundo de los méritos familiares, condenándola a un suplicio añadido al suplicio de por sí cruel, descrito con minuciosidad en el Mandato: *Serán arrancadas y disgregadas las piedras de su hogar, una tras otra hasta los cimientos.* Mi conducta, valiente y sacrificada, será el asidero de su conformidad, cuando, en el crudo invierno, se arrastre mendigando una manta para mitigar el frío. El orgullo legítimo habitará aún su pecho, cuando vista *andrajos en paraje de zarzas y ortigas, fuera de poblado respetable;* cuando *sea su morada un muladar y se alimente de despojos,* cuando los mentecatos, para sentirse alguien y divertirse, *arrojen cernada sobre su cabeza.*

“Tenga, pues, fin completo mi poder; es conveniente y razonable. No resulta prudente que los monarcas permanezcan como ahora en el trono según su voluntad, se dan abusos, todo acaba plegándose a sus deseos. No favorece a la concordia, empero, que los gobernantes cesados caminen sin la túnica de Armiño, pueden seguir deseándola y dedicar sus esfuerzos a la intriga. Hagamos para ellos un lugar en el Consejo, su opinión será provechosa. Soy consciente de la impopularidad de una norma que corone reyes de término previsto; mas ese límite convierte el sacrificio en llevadero, y el honor recibido al ejercer la nueva ocupación



de consejeros esmerila el final trágico, tornándolo aceptable. La gente acabará acostumbrándose y apreciará las ventajas”.

El mayor castigo, al aplicar las penas de muerte, lo recibe el verdugo forzado; remordimientos roen su corazón en adelante, día y noche. Por eso me alegro de morir en cuanto remate la séptima tanda de latigazos que mi brazo, traicionando a mi corazón, descargará sobre la espalda amada. Entre los gritos gozosos o apenados de los asistentes, densas lágrimas recorrerán nuestras mejillas -flagelador y flagelada- haciéndose barro en el hollado pavimento, fundiéndose con el polvo escarnecido. Después, todo sucederá vertiginosamente, y el sufrimiento se diluirá en la confusión del ánimo; instrumentos del destino seremos, voluntades rígidamente conducidas.

“Dejo mi cadáver a la tierra, pero también al agua, pero también al viento, pero también al fuego. Sólo mi corazón será enterrado, sólo mi tronco será cedido a la pira, sólo mis brazos y piernas se sumergirán en el río, sólo mi cabeza será lamida por el viento”: Así dicto al escriba el modo en que será repartido mi cuerpo. “Profundas razones asisten a la perseverancia que aún me empuja. Amo a mi pueblo en un presente interminable que abarca el futuro y el pasado. Es mi tronco mi lastre, mi condena, lo terrenal que en mi habitó, el inferior esclavo, el ímpetu confuso, el empuje irreflexivo. De haber sido explorador y aventurero, mis ágiles miembros se hubieran hecho alas capaces de conquistar la imposible altitud de las montañas, la ingravidez sobre las aguas río adentro, mar adentro; y conseguido el progreso en espacios alejados, fructuosos de misterios, regresaría yo cargado de conocimientos y frutos de la naturaleza. Si mi cabeza mantiene elevado el pensamiento y alta la mirada, durante el escaso tiempo que aún me queda, puedo sorprender los resortes ocultos de la existencia”.

“Al pie del templo dedicado a Pergio, Señor de la Floresta, Dios del Mundo Vegetal, agricultor primero, en la pira funeraria será incinerado mi vientre. Junto al santuario de Muradis -Señor de lo latente, de las facultades aún no afloradas- arderá mi abdomen. Las cenizas resultantes se dispersarán desde el Pico Taragudo -miradores abiertos a Oriente y Occidente del templo del Sol y de la Luna- un día tormentoso, cuando el viento enojado sople en mil sentidos opuestos. Cubrirá la tierra el corazón, bajo el sepulcro que rememora la brevedad de mi gloria. En el lugar destinado a la inexistente cabeza crecerán flores. Una virgen las regará con agua recogida en la fuente Atalaya y en el venero Amargo, inagotables manantiales surgidos de la sed divina que ansía ser saciada. Avivará el Cierzo una llama eterna en el lugar debido a mis pies idos, a mis manos escapadas. Pies que tantas veredas iniciaron, manos que a tanta idea dieron forma, que tantos dones entregaron. Mis ligeras y laboriosas extremidades -dueñas del espacio cercano y de las caricias- pasto serán de los peces en el trecho de río que circunda el noroeste, eterna corriente cada día renovada. Depositarán en la más alta cota del territorio, arriba de los páramos, mi cráneo, desarrollado y resistente; permanente cofre del pensamiento fluido. Situarán mi recia calavera en la cresta de la encina milenaria. Pulimentada al sol, radiante hueso, su fulgor alejará a las aves rapaces. Desde el lugar preeminente mi cabeza lo verá todo, todo lo oirá, y vendrá en concebir los más acertados raciocinios inspiradores de acción al nuevo Rey, al soberano que inicia, debido a mi conducta tachada, una nueva dinastía. Nace el monarca de mi muerte, en camino le pone el sufragio que elige su nombre entre los indicados al Consejo por el Ungido y la Virtuosa. Prestará mi madre de esa manera el último servicio a la Tribu antes de partir hacia la nada, hacia la Tierra Ignota. Cualquiera que sea mi lugar de reposo, amaré mi corazón a la

naturaleza íntegra; a piedras, plantas y animales tendrá en cuenta, presentada la oportunidad de interceder ante los dioses complacientes ".

"La fortaleza que me suponéis os entrego, no la debilidad que sentí estremecerme en los momentos difíciles. La confianza que pusisteis en mí me transformó en héroe; y si defendí vuestros intereses, no hice otra cosa que pagar mi deuda. Aceptasteis mi ayuda, y convencidos de recibirla en el momento adecuado, no os fue precisa. Qué enorme ventura alcanzo: soy el Rey siendo el padre, siendo el hermano, siendo el amigo, siendo el defensor; siendo el último soy el primero".

"A intervalos la flojedad me ataca, lobo hambriento ante oveja cerrada en el aprisco. Lucho, resisto, ataco y, agredido, me defiendo. No, no puede el Rey abolir la ley que le condena. No puede el Rey cambiar el renglón del Mandato que le impide unirse a la Sacerdotisa. Y aunque el Rey pudiera, el hombre que es no debe consentirlo. Acción cobarde, indigna, manchada de injusticia manifiesta. Pese a que lo comprendieran amigos y enemigos, aunque nos dieran su bendición Aiana, Pergio, y Muradis -Trinidad de Amor nacida de una pasión como la nuestra, incontenible, sublime, sublimada- no, el individuo social no debe consentirlo".

Si aceptara las propuestas tentadoras, si cayera en cualquiera de las múltiples formas que adopta la vileza, mi nombre sería excluido por el pueblo de las palabras nombrables. Y dicto al escriba: "Qué es la vida que nos mueve, sino la brisa agitadora de las briznas altas en la hierba del pasto; la leve turbación y el viento imperceptible que genera. Nada es; lo sé con certeza: una infección desarrollada en la piel abierta por el menor de los rasguños, la picadura corrompida de un insecto, unos minutos de agonía, juntos o por separado, la concluyen. Le da fin entre estertores un polvillo desecado, liberado de los fuertes colmillos de sierpes sinuosas,

menos activo que el que mata al zorro, inferior en efecto al que envenena al lobo. Me reconozco débil y sé que un viento del Norte, frío, bastaría para matarme. Un sol continuado, el hambre o el exceso de comida, el cansancio, el permanente aburrimiento. Miles de causas pudo tener la conclusión de mi respiro: el latir desacompasado de mi pecho, un mero desequilibrio entre el cuerpo y el espíritu. La pócima ideada por el aprendiz de brujo –raspaduras de un rizoma poco extendido, las hojas picadas de una planta poco común- compuesta en la proporción exacta se demuestra capaz de abatir a un guerrero. Cuánto mejor obraría la fórmula magistral, arcano heredado por el Brujo Maestro, explicativa de la sabia cocción de raros tóxicos aportados por la mitad cruel de la naturaleza. La mano ejecutora elabora el preparado cuidando cada uno de los pormenores, peso, humedad, temperatura; toma en cucharita de plata el extracto necesario, lo acerca al Cuenco Sacro mediado de vino a punto de cumplir los diez años de reposo, espolvorea porciones mínimas hasta completar la dosis exacta y agita la mezcla liberando energía bastante para lograr la dilución. Queda probado que cualquier desequilibrio puede alterar la vida humana; a veces, sin provocar reacciones de pesar en los más próximos. Porque si no es un medio para procurar el bien común, la vida es agua que se pierde en el torrente arrastrando tierra fértil en su huida. Por eso, porque la vida no es nada sin nobles sentimientos, sin actitudes magnánimas, me someto a lo dictado y arrojé las insistentes tentaciones al abismo”.

*“Igual arriba y abajo, igual lo grande y lo pequeño, igual lo negro y lo blanco, lo armónico y lo estridente, lo suave y lo desagradable al tacto; así es, todo lo creado, a mis ojos. Asentado en estas palabras de Aiana que un renglón del Mandato contiene, un decreto mío dio fin a la esclavitud residual que padecíamos. Floreciente en otros pueblos que*

basan en su comercio la prosperidad de las familias descollantes, temo que a mi muerte regrese de manera engañosa para ser normalizada después. Impídanlo los Dioses a los que suplico ahora, y el nuevo Rey que se opondrá sin equívocos”.

“Os dejo el tintineante parpadeo de las estrellas, el pálido reflejo de la Luna y los cegadores rayos del Sol. Las vastas praderas de mi sueño os dejo, los valles abiertos y los desfiladeros, los montes arbolados y el río Nubis, cuyas aguas arrastran plata, oro y transparentes piedrecitas de colores. Os dejo los grandes rebaños y los graneros repletos, crecidos por mi intención perseguidora de la prosperidad. Tratados eruditos os dejo, escritos por curiosos observadores de la naturaleza, que explican el modo en que se producen y la causa inmediata de los fenómenos naturales; fantásticas leyendas que las abuelas suelen recitar a sus nietos en las largas noches de invierno. Os dejo la nube que descarga lluvia suave, y el manantial fresco que calma vuestro ardor en el estío. También las minúsculas gotas que se desvanecen en las flores siguiendo el reiterado círculo del día. Os dejo el aprecio que tengo a la naturaleza y el afán puesto en respetarla y servirla”.

Los funerales de los Reyes son recordados por la curiosidad que suscitan, cercana a lo malsano. El pueblo ama a los monarcas más que nunca el día de su muerte, cuando los descubre personas linderas de su propia fragilidad. En ese momento admiración y odio se funden en un pesar liviano; oportunidad perdida de agasajo o sedición. Largas ceremonias funerarias prefieren los súbditos; ritos lentos y meticulosos, pausados, sincrónicos con el doblar de las campanas o el redoblar de los tambores. Desean ver de cerca troncos de caballos de bella estampa, negros como las tinieblas, blancos como el yeso molido, lujosamente enjaezados. Desfiles quieren de fornidos soldados, erguidos y adustos,

concentrados en su marcha al compás de los himnos. Mandatarios vecinos esperan ver, príncipes provenientes de lejanos países, portadores de presentes exóticos en prueba de buena voluntad. Plañideras que sequen sus lacrimales inagotables, y desgarren a fuerza de quejidos el manto celeste. Saltimbanquis, charlatanes, acróbatas, tragasables, comedores de fuego. Escribanos que analicen los hechos, les den coherencia y los fijen al pergamino, dispuestos a llegar con su noticia a las generaciones venideras. Cantores demanda la gozosa muchedumbre, poetas que fabulen insatisfechos el deslizar monótono de las horas, y engrandezcan los actos cotidianos sacándolos de sus justos términos hasta convertirlos en gestas memorables. Eso quiere el pueblo y lo tendrá abundante; la noticia ha volado sobre las alas del viento y desde espacios alejados vendrán observadores a nuestras exequias.

El dolor y la vistosidad de la ceremonia se darán la mano. Quedará resarcido el pueblo, incluso de la suerte adversa, porque la justicia es universal y a todos alcanza., a la Sacerdotisa Máxima y al propio Rey. La mujer íntegra, la hembra preservada cuya imagen virginal se fijó inmutable en mis pupilas, con gesto dolorido descubrirá la espalda. Mostrará las hendiduras labradas por el látigo insensible, obra directa de mis brazos. La amante enamorada, incapaz del odio y del rencor, suavizará el áspero rictus de sus labios vaciando con extraño deleite el mortífero contenido de la vasija sacra. Sorberá con fruición hasta la última gota librada a sus labios -agradable ponzoña- como si fuera un jarabe que actuara a favor de la vida. Se la verá pasar, durante breves instantes que parecerán eternos, de la placidez del gesto a las penosas convulsiones, recibiendo a la muerte deseada, redentora del sufrimiento atroz causado por las llamas que consumirán su vida. Por añadidura, los asistentes a la Ceremonia Final de mi dominio, en sus oídos dignos de fe

escucharán el estertor que agota el aire en mis pulmones, verán con sus ojos tan sinceros la horrible mueca que el veneno dibuja en mi semblante; comprobando por sí mismos que se da fiel cumplimiento al augurio: inflexibles palabras que Aiana dispuso -cruel ironía- en boca de la Sacerdotisa, Augur del Reino, que expira muy cerca.

El pueblo exige inmejorable aspecto a sus Señores, reclama a los Monarcas una luminosa figura que eclipse la antigua memoria. Magnífica planta y caminar decidido, don de gentes, dominio de las artes venatorias y de los deportes arriesgados. Ricas túnicas, brazaletes bruñidos, fíbulas de plata, piedras preciosas y cálidas pieles sobre los hombros, marfil y perla. Mas amortajados, ese mismo pueblo observa a sus soberanos con actitud incierta, teme hallarse ante fingidores de la postura o ante magos que realizarán el prodigio de la resurrección cuando convenga. Tras los ritos funerarios busca en el rostro embalsamado la serenidad de ánimo. De todo ello recibirá mi tribu hasta saciarse.

Acostado sobre el lecho crematorio, expuesto a las miradas indagadoras, exhibiré la corona y el cetro de plata maciza que forman parte del Tesoro Regio y son patrimonio del Estado. Pasan de unos monarcas a otros a lo largo de los años, siendo testigos mudos de la conflictiva historia y de la conforme. La ausencia de piezas tan codiciadas en los enterramientos, y de adornos valiosos, contribuye a que los ladrones de tumbas pierdan el antiguo interés por su oficio. Vestiré el jubón bordado en oro fino que tan bien se me acomoda, sucinto bajo la túnica de seda de mi coronación; los brazaletes enredados como serpientes al antebrazo enérgico, y el afiligranado torque que oculta parcialmente el pecho; joyas de precio suficiente para comprar un ejército si fueran enajenadas. Sujeto al cuello por el broche argénteo que figura una pelea de caballos erguidos, colgará de mis hombros el Manto de

Armiño, símbolo de la imparcialidad de la justicia. Defenderán mis pies los borceguíes de piel de potrillo; ceñirán mis piernas las calzas tejidas por primorosas manos de maestras artesanas. Mostraré la espada fiera que los romanos han copiado; su estudiada empuñadura, la vaina protectora y los correspondientes arreos trabajados con pormenores muy apreciados. Todo ello colgará luego -el arma y su arnés- en la pared norte del Salón Real, haciendo compañía a similares objetos cedidos en las exequias precedentes.

Luciré tales galas por segunda vez, de las tres que el Mandato preceptúa: coronación, esponsales y honras fúnebres. Su conservación y custodia es obligación de la esposa diligente, y yo, a pesar de los reiterados apremios del Consejo -empeñado mi amor en empresa imposible- hurté al pueblo las bodas reales. Fastuosos desposorios de ostentación y alegría, inacabables ferias que el pueblo vive intensamente. Ceremonias prolijas enfervorizan a los espíritus dispuestos, músicas vertiginosas conducen a las danzarinas, descalzas sobre estrados cubiertos de flores. Calderas repletas de condumio expanden aromas de guisos consistentes, hogueras de sarmientos retorcidos doran lechazos muy tiernos, vinos traviesos abandonan los jarros en los ocurrentes brindis festivos. Mozos ágiles hurtan sus cuerpos a toros jóvenes que envisten a ciegas, revoltosos infantes se agitan en esparcimientos sin fin. Celebración que, pasado el tiempo, continúa la gente reclamando sin convicción alguna, persuadidos de haber perdido la oportunidad de contemplar juntos el real atuendo y el albo vestido de la desposada.

Aunque la dinastía se aseguraba a la postre la continuidad en mis sobrinos, si por convenir a la vida social hubiera elegido compañera, y en consonancia con los deseos del pueblo, dada mi condición, hubiera firmado el contrato matrimonial ante los altares de Aiana y Pergio; en los



luctuosos instantes que se avecinan, la elegida permanecería a la cabecera del lecho mortuario durante el largo desfile de condolencia. Revestida de manera sencilla –níveo peplo sobre rústico sayal- agradecería la esposa durante horas las muestras de dolor de mis súbditos. Conservaría esas ropas, sin otra mudanza que la debida al aseo, mientras el uso incesante no las convirtiera en harapos. Hasta ese día, constatado por el Consejo, durarían su aflicción y su luto. En adelante podría regocijarse y contraer nuevas nupcias.

Alumbra mi mente la imposible visión de dos túmulos bien distintos. El mío fastuoso, el de mi amada austero. Alejada de mí yace la Sacerdotisa Máxima: vestidura de lino cerrada hasta el cuello, ejemplo de sobriedad; cingulo apretado a la cintura, mirto oloroso en las manos unidas sobre el pecho, sandalias de esparto anudadas a la pantorrilla. Efecto claro del mortecino sol que camina lentamente hacia el Ocaso, aparece sonrosado su pálido rostro, perfil de líneas bien dibujadas, trazos precisos de un artista inmortal. Los finísimos cabellos, sujetos por el arco de la diadema, enmarcan los ojos cerrados de una faz dormida. Dibuja su frente límpida una arruga somera e intuyo que ha sufrido al tomar el tóxico. Mi deseo de perfección desharía ese pliegue, de modo que en su rostro se asentara la belleza absoluta. Permaneceremos expuestos durante un día entero; y las gentes no desaprovecharán la ocasión histórica de contemplar, aunque espaciados, a los protagonistas de una historia de amor prohibido que la aplicación de la condena convirtió en gesta inolvidable.

“A punto de concluir su tarea, mi mente formula una hipótesis sobrado arriesgada: la semilla prendió en sus entrañas y en ellas una vida nueva pugna por independizarse. Si así fuera, ¿no se estaría condenando a la mismísima inocencia? Me interrogo en soliloquio que no obtiene

contestación. *El hijo del pecado no es pecado, en él aflora la gracia y prospera la honestidad*: Lo dice el Mandato. Nunca sabré si se produjo el milagro, si engendramos un embrión que desarrollaba tejidos elementales en el momento de la ejecución, un tierno infante dotado de inteligencia, bondad y hermosura; un heredero sin posibilidad de reinar tras mi sucesor. Debiera posponerse la ejecución de la sentencia hasta lograr certidumbre; y convencido el Consejo de que otra vida aleteaba en el vientre de la Primera Sacerdotisa, el instante del parto o el final de la lactancia señalarían, ya sí, la hora de su envenenamiento y cremación. No, ni entonces; si se priva de madre al recién nacido, de uno u otro modo le alcanza la condena paterna. ¿Qué será de la hiedra altiva sin tutor ni sustento sino planta rastrera! Saberme padre me hubiera consolado, pues una parte de mí proseguía el camino. Las enseñanzas escritas en este legado, leídas por mi hijo, incrementarían el provecho perseguido. La vida se aferra a la vida con todas sus fuerzas. La vida reclama un espacio a su misterio, quiere explicarse y espera una oportunidad. El hombre no tiene derecho a cortarla pues cercena con ella potencias, y los dioses que las normas inspiran deberían saberlo”.

Tras el lamento humano de las trompetas, se presentará el quirurgo portando el cuchillo afilado y el hacha terrífica. A la vista de todos tomará mis despojos, y con modos carniceros los irá troceando. Pero ya no me importa. Si ella ha muerto y arrebatan cualquier oportunidad a nuestro hijo, lo que hagan con mi insensible cuerpo carece de importancia. Qué se me da a mí si el quirurgo separa o no la cabeza del resto, si retira o no el corazón del resto, si aparta o no las extremidades del resto, si desliga o no el tronco del resto. Ni siquiera la sangre acudirá a la llamada del filo enrojando el empedrado. No podrá lamerla mi perro entre aullidos de pena. El can compañero abandonará el recinto murado, renunciará

definitivamente a vivir en palacio, y se empeñará en velar mis pedazos dispersos en interminable recorrido. Uno éramos, dueño y animal, en la caza y en los juegos; sus lametones sustituían con ventaja a los bálsamos en mis heridas, mis caricias tranquilizaban su impaciencia. Siento abandonarlo a una suerte negra, al vagar desesperado, a la soledad sin consuelo.

“Os dejo mi ejemplo en aquello que para vosotros constituya modelo, en la aceptación de las leyes, en el cumplimiento del Mandato; civiles y religiosas seguí las normas, las más duras incluso, lo mismo aquellas que, obligando a los demás, por mi condición no me obligaban. Y si como hombre he fallado, la causa fue noble -pasión irresistible por hembra de tanta valía- y esforzado y orgulloso acepto el castigo que acompaña a la incorrección. Mi temple en la batalla, mis afanes por construir una paz laboriosa y ubérrima, el respeto procurado al vencido y la actitud serena ante la adversidad os dejo. Os dejo mi vida, y sobre ella mi muerte, que la dignifica. Escrito por el escriba al dictado de mi corazón sobre delgado pellejo de becerra, en calidad de Real Legado os dejo mi conducta recta, pero también la desviada, porque, a buen seguro, de las dos extraeréis enseñanzas”.